

POBRE GENTE

Fedor M. Dostoievski

InfoLibros.org



SINOPSIS DE POBRES GENTES

Pobres gentes es la primera novela de Fiódor Dostoyevski, que pertenece al subgénero epistolar. Fue publicada en 1846 y recibió buenas críticas desde entonces. Un estudio crítico plantea que esta es la primera novela social que se conozca. El argumento es bastante simple, aunque no por eso menos interesante.

Todo se centra en la correspondencia que se envían Varvara y Makar, unos parientes lejanos de la ciudad de San Petersburgo. Allí relatan su vida personal, asuntos de trabajo y también sus puntos de vista acerca de la sociedad en la que están inmersos.

Ambos son pobres y esto los hace sentir empatía el uno por el otro. Varvara es una joven que vive con su padre y madrastra, y Makar es un funcionario del gobierno. A pesar del cariño que va creciendo entre los, parece que la vida no tiene planes de unirlos.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

[Pobres Gentes por Fedor M. Dostoievski en InfoLibros.org](#)

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [Poor Folk author Fyodor Dostoyevsky](#)
 - Portugués InfoLivros.org: [Gente Pobre autor Fyodor Dostoyevsky](#)
 - Francés InfoLivres.org: [Les Pauvres Gens auteur Fyodor Dostoyevsky](#)
-

Si quieres leer y descargar más libros de Fyodor Dostoyevsky en formato PDF te invitamos a que visites esta página:

- [Libros de Fyodor Dostoyevsky en formato PDF](#) en InfoLibros.org
-

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF](#) en InfoLibros.org

PRIMERA PARTE

Mi inestimable Varvara Aleksiéyevna:

¡Ayer me sentí yo feliz, extraordinariamente feliz, como no es posible serlo más! ¡Con que por lo menos una vez en la vida usted, tan terca, me ha hecho caso! ¡Al despertarme, ya oscurecido, a eso de las ocho (ya sabe usted, amiga mía, que, terminando mi trabajo en la oficina, de vuelta a casa, me gusta echar una siestecita de una o dos horas), encendí la luz, y ya había colocado bien mis papeles y sólo me faltaba aguzar mi pluma, cuando, de pronto, se me ocurre alzar la vista, y he aquí que..., lo que le digo, que me empieza a dar saltos el corazón! ¡Ya habrá usted adivinado lo que ocurría! Pues que un piquito del visillo de su ventana estaba levantado y prendido en una maceta de balsamina, exactamente como yo otras veces hube de indicarle. Así que me pareció como si contemplara su adorado rostro asomado un instante a la ventana y que también usted me miraba desde su gabinetito, que usted también pensaba en mí. Y ¡cuánta pena me dio, palomita mía, el no poder distinguir bien su encantador semblante! ¡Hubo un tiempo en que también yo tenía buena vista, hija mía! ¡Los años no proporcionan ningún contento, amor mío! ¡Ahora suele ocurrirme que me baila todo delante de los ojos! En cuanto escribo un ratito, ya amanezco al día siguiente con los ojos ribeteados y lacrimosos, hasta el punto de darme vergüenza que me vea nadie. Pero en espíritu veía yo muy bien, hija mía,

su amable y afectuosa sonrisa, y en mi corazón experimentaba sensación idéntica que en aquel tiempo, cuando la besé aquella vez, Várinka.

¿Lo recuerda usted aún, mi ángel? ¿Sabe usted, palomita mía, que me parece

verla en este instante amenazándome con el dedo? ¿Será verdad, mala? La primera vez que vuelva a escribirme, me lo ha de decir sin remisión y con detalles.

Bueno, vamos a ver: ¿qué piensa usted de nuestra idea, me refiero al visillo de su ventana, Várinka? Magnífica, ¿no es verdad? Cuando yo me siento para escribir, o me acueste, o me levante, siempre podré saber así si usted me lleva todavía en el pensamiento y se acuerda de mí, y también si está usted buena y alegre. Si deja caer el visillo, querrá decir: «Buenas noches, Makar Aleksiéyevich, ¡ya es hora de irse a la cama!». Si lo vuelve a levantar, será para decir: «¡Buenos días, Makar Aleksiéyevich! ¿Cómo pasó la noche, Makar Aleksiéyevich? ¡Yo, gracias a Dios, estoy muy bien y muy contenta!».».

Ya ve usted, amiguita, qué delicada resulta la idea. ¡De este modo no necesitamos escribirnos! ¿Verdad que está muy bien pensado? ¡Pues he sido yo el inventor de esta idea tan sutil! ¿Y ahora, Varvara Aleksiéyevna, dirá usted todavía que no tengo imaginación?

Tengo que decirle aún, nena, que la noche última la he pasado en un sueño, muy bien, contra lo que me esperaba, por lo que también yo estoy ahora muy contento, sobre todo teniendo en cuenta que, por lo general, en una habitación nueva, por la falta de costumbre, no se suele coger el sueño; por lo visto, no siempre pasan las cosas como habrían de pasar. Al levantarme hoy me sentía enteramente..., tan, vamos, tan ligero de cuerpo y de espíritu..., tan alegre y despreocupado. ¡Es que hoy también ha hecho una mañana...! Abrí la ventana, y entró por ella el sol a raudales, rompieron a cantar los pájaros, impregnóse el aire de aromas de primavera, y toda la Naturaleza revivió...; bueno, también todo lo demás estaba como es debido, exactamente como debe estar cuando es primavera. ¡Con decirle a usted que yo me puse a soñar también un poquitín, claro que pensando sólo en usted, Várinka! La comparaba mentalmente con un angelito del Cielo, creado tan perfecto para alegría de los hombres y ornamento de la naturaleza. Y pensaba también que nosotros Várinka, nosotros, los hombres, que pasamos la vida entre angustias y sobresaltos, podíamos envidiar, por su despreocupada e inocente alegría, a los pajarillos del cielo..., y algo más también, todo por este estilo, me parece.

¡Quiero decir, que sólo hacía esas comparaciones remotas!

Tengo aquí,

Várinka, un librito en el que se habla de esas cosas, y todo se describe muy al pormenor. Digo esto para que se vea que, aunque siempre discrepan las opiniones, ¿no es verdad, querida

Várinka?, ahora que es primavera, se le ocurren a uno exactamente ideas iguales de placenteras y espirituales y fantásticas e idénticos ensueños de ternura. Todo el mundo se muestra a nuestros ojos con un viso rosa. Por eso precisamente he escrito yo todo lo que antecede. Aunque en su mayor parte lo he sacado todo del librito que le digo. En él expresa el autor el mismo deseo que yo, sólo que en verso:

¡Oh, quién fuera un ave, un ave de rapiña!

Etcétera. Luego vienen también otros pensamientos distintos, pero... ¡le hago gracia de ellos! Pero dígame, Varvara Aleksiéyevna: ¿adónde iba usted esta mañana? Aún no había salido para la oficina, cuando ya atravesaba usted, tan pizpireta, el portal, y como un pajarillo de primavera había dejado su nidito. ¡Y cómo se me alegró el corazón al verla! ¡Ah Várinka, Várinka! ¡No se aflija usted! Las lágrimas no quitan las penas, créame a mí, que harto lo sé, y por experiencia propia. Ahora lleva usted una vida muy alegre y distraída, y también está mejor de salud. Bueno..., pero a todo esto, ¿qué hace su Fiodora?

¡Ah y qué buena es la pobre! ¡Usted debería escribírmelo todo con todos sus detalles, Várinka, cómo se lleva usted con ella y si está usted contenta del todo! ¡Fiodora es a veces algo gruñona, pero usted no se lo debe tomar en cuenta, Várinka! ¡Dios sea con ella! A pesar de todo, es un alma de Dios.

Ya le escribí a usted hablándole de nuestra Teresa: es también una criatura buena y fiel. ¡Cuánto me han dado que hacer nuestras cartitas! ¿Cómo hacerlas

llegar a su destino? Hasta que quiso Dios que viniera Teresa, como enviada propiamente por Él. Es una chica buenaza, modesta y de buen genio. Pero nuestra patrona, ni que decir tiene, muestra carecer de toda piedad al esquilmarla como lo hace. La pobre chica no puede con tanto trabajo.

¡Pero en qué estoy pensando, Varvara Aleksiéyevna! ¡Todavía no le he dicho que vivo ahora en compañía! Antes vivía yo en soledad completa, bien lo sabe usted, con una paz y silencio que cuando volaba una mosca se la sentía. ¡Mientras que ahora..., todo es barullo, algazara y estruendo en torno mío! Pero usted no puede formarse la más remota idea de lo que es esto. Imagínese usted un corredor interminable, muy oscuro y muy sucio. A la derecha está la acitara, sin ventanas ni puertas; pero a mano izquierda, extendiéndose, como en un hotel, muchas puertas, una al lado de la otra. Y detrás de cada puerta hay su correspondiente habitación, número tantos, y en cada una de esas habitaciones viven juntas dos o tres personas, que entre todas pagan el alquiler. Cuanto a orden, no se le ocurra pedirlo; ¡esto es el arca de Noé! A pesar de todo los inquilinos son buena gente, en mi concepto, y educados y hasta cultos, sí señor. Tenemos aquí, entre otros, cierto empleado... que es un hombre muy leído: le habla a usted de Homero y de otros

muchos escritores, y le habla en una palabra, de todo...; nada ¡que es un hombre de talento! Tenemos también dos ex oficiales que se pasan la vida jugando a las cartas. Y, además, un marino, que da lecciones de inglés. Aguarde un poco, que voy a contarle algo de risa: ¡en mi próxima carta le describiré en estilo satírico a toda esta gente, pintándole a usted con todos sus detalles el modo como viven!

Nuestra patrona es una vieja muy pequeñita y muy sucia, que anda todo el día por la casa en chancletas y envuelta en una bata de dormir, y está constantemente insultando a la pobre Teresa. Yo vivo en la cocina, o, mejor dicho..., ya se lo figurará usted: contiguo a la cocina hay un cuarto (debo decirle a usted que la tal cocina está muy limpia y es muy clara y apañadita), un cuartito muy chico, un rinconcito muy discreto... o, mejor dicho, que lo será, la cocina es grande y tiene tres ventanas, y paralelo al tabique me han colocado un biombo, de modo que resulta así un cuartito, un número supernumerario, como suele decirse. Todo muy espacioso y cómodo, y tengo hasta una ventana, y lo principal, que..., como le digo, todo está muy bien y muy confortable. Este es mi rinconcito. Pero no vaya usted a imaginarse, hija mía, que yo lo diga con segunda intención, porque, al fin y al cabo, ¡esto no es más que una cocina! Es decir, hablando con exactitud, yo vivo en la misma cocina, sólo que con un biombo por medio, pero esto no significa nada. ¡Yo me encuentro aquí muy contento y a gusto, en completa modestia y placidez!

He colocado en este rinconcito mi cama, una mesa, una cómoda, dos sillas, sí, señor, un par nada menos, y he colgado de la pared una imagen piadosa.

Cierto que hay habitaciones mejores y hasta mucho mejores, pero lo importante en este mundo es la comodidad; sólo por esto vivo yo aquí, porque me encuentro así más cómodo..., no vaya usted a pensar que lo hago por otra razón. Su ventanita de usted cae enfrente de mi cuarto, por encima del vestíbulo, y el vestíbulo es también muy pequeñito, de modo que se la ve a usted ir y venir con toda claridad..., con lo que siempre estoy, pobre de mí, más acompañado, y también me resulta más barata esta combinación. En esta casa, el cuarto más pequeño cuesta, incluyendo la comida, treinta y cinco rublos al mes. ¡Y eso no lo podría soportar mi bolsa! Pero mi rinconcito me viene a salir sólo por siete rublos, y por la comida a costarme todo, en números redondos, treinta rublos, para pagar los cuales tenía que renunciar a muchas cosas: no podía, por ejemplo, tomar té siempre, y ahora, en cambio, me sobra dinero para azúcar. Así como se lo digo a usted: no puede usted figurarse la vergüenza que uno pasa cuando no puede tomar té, Várinka. En esta casa sólo viven personas que cuentan con ingresos seguros, y eso encocora un poco. Y para que lo sepa, sólo porque el otro toma té, sólo por el qué dirán, tiene uno que tomarlo, Várinka; porque aquí eso forma parte del buen tono. Si así no fuera, a mí me

daría exactamente igual, que no soy hombre que conceda mucha importancia a los placeres.

Hay que contar, además, con que se necesita llevar algún dinero en el bolsillo, pues siempre hace falta alguna cosa; pongamos, por ejemplo, un par de botas, un corte de tela para un traje y teniendo esto en cuenta, ¿qué le queda a uno libre? Así que a mí se me va todo el sueldo. Aunque no me quejo de que así sea, sino que, por el contrario, estoy la mar de contento. A mí me basta con lo que tengo. ¡Muchos años hace ya que me basta! Bien es verdad que de cuando en cuando tenemos alguna que otra gratificación...

Bueno, ángel mío, quede usted con Dios por hoy. Me he comprado un par de plumas, dos tiestos, uno de balsamina y otro de geranio... baratitos. ¿Le gusta a usted por ventura el reseda? Pues bastará que me lo diga por carta para que en seguida esté aquí el reseda. Pero escíbame sin omitir detalle, ¿no? Por lo demás, no creo, hija mía, que deba servirle de disgusto... nada de lo que haga ni el que me haya agenciado un cuartito tan cuco. Sólo lo he hecho por la comodidad, únicamente me he dejado guiar en esto por la consideración de encontrarlo tan comfortable... Pero debo confesarle también, hija mía, que he ahorrado algún dinero y puesto aparte alguna cantidad: ¡Oh, sí; poseo ya mis ahorrillos! No piense usted que soy pacato y tímido que una mosca pudiera derribarme con sus alas. No, hija mía, no soy tan poca cosa y tengo precisamente el carácter que debe tener el hombre que tiene la conciencia

tranquila y esa entereza que comunica el sentimiento del propio decoro. Pero adiós, ángel mío. Ya he llenado dos cartillas enteras y es la justa hora de ir a la oficina. Beso sus deditos, Várinka, y quedo suyo devotísimo servidor y fidelísimo amigo.

Makar Dievuschkin.

P. S. — Perdona, vuelvo a rogarle que me escriba extensamente, ángel mío. Le envío adjunto un cucurucho de dulces, Várinka; que los saboree con felicidad y, por Dios, no se preocupe de mí y no me mire con malos ojos. Y esta vez de veras, adiós, hija mía.

8 de abril.

Mi estimado Makar Aleksiéyevich:

¿Sabe usted que va a haber que retirarle a usted la amistad? Le juro, mi buen Makar Aleksiéyevich, que a mí me cuesta la mar de trabajo el aceptar sus obsequios. Sé lo que le cuestan y la brecha que abren en su bolsa, a cuántas privaciones le obligan y cómo tiene usted que escatimarse lo necesario.

¿Cuántas veces no le habré dicho que a mí no me hace falta nada, absolutamente nada, y que no está en mi mano el corresponder debidamente a las atenciones con que usted me abruma? La balsamina, todavía pase, pero ¿a qué viene también el geranio? ¿Es que basta que yo suelte una palabra

impremeditada, como, por ejemplo, que me gustan los geranios, para que usted vaya en seguida a comprarme un tiesto? ¿Encuentra usted algo caro?

¡Qué maravillosas son las flores! ¡Qué brillo tan rojo tienen y cuántas son! Pero dígame usted, hombre: ¿dónde ha podido usted encontrar un ejemplar tan hermoso? He colocado la maceta en el alféizar de la ventana, en el sitio más visible. En el banquito que hay al pie de la ventana pondré también otras flores, ¡pero deje usted que me haga rica! Fiodora no acaba de hacerse lenguas de nuestro cuartito, que es ahora un verdadero paraíso, de limpio y claro y acogedor. Pero ¿a qué venía también eso de los dulces?

Además, inmediatamente deduje de la lectura de su carta que había algo de por medio, no del todo bien; la primavera, los aromas, el canturrear de los pajaritos..., nada, que pensé: ¿a que va a endilgarme una poesía? Porque a decir verdad, sólo versos faltaban en su carta, Makar Aleksiéyevich. Los sentimientos que en ella expresa son muy tiernos, y las ideas teñidas de rosa..., ¡todo como es debido! En lo del visillo no tuve yo parte. Ese piquito que dice debió quedarse prendido de una rama al trasladar yo las macetas. ¡Y eso es todo!

¡Ah Makar Aleksiéyevich!, ¿a qué me habla usted y me hace la cuenta de sus ingresos y sus gastos para tranquilizarme y hacerme creer que todo lo que usted gasta lo gasta por gusto? Lo que es a mí no me puede usted engañar. Yo sé muy bien que usted se priva por mí de lo más necesario. ¿Quiere decirme con

toda claridad por qué se le ha ocurrido a usted alquilar ese cuarto? Ahí lo molestan y distraen a usted; el cuarto es, como si lo viera, demasiado chico,

incómodo y feo. Usted gusta del silencio y de la soledad, pero..., ahí en esa casa, ¿qué vida va a llevar usted? Y con arreglo a su sueldo podía usted procurarse una habitación mucho mejor. Dice Fiodora que usted antes vivía incomparablemente mejor que hoy día. ¿Ha pasado usted realmente toda su vida así siempre solo, siempre con privaciones, sin disfrutar de nada, sin escuchar una palabra amiga; siempre en su chiribitil alquilado, entre gente extraña? ¡Ah amigo mío, si viera usted cómo le compadezco! Pero por lo menos, cuide usted de su salud, Makar Aleksiéyevich. Dice usted que no anda muy bien de los ojos..., ¡pues no escriba usted con luz artificial! ¿Por qué y qué es lo que usted escribe? Sin necesidad de eso, ya sus superiores deben conocer el celo que usted se toma por el servicio.

Se lo vuelvo a suplicar a usted, no gaste tanto dinero en mí. Ya sé que usted me quiere, pero usted no es rico... Hoy estaba yo de tan buen humor como usted al despertarme. ¡Si viera qué contenta estaba! Fiodora se había puesto a trabajar y me había preparado también a mí faena. Y esto me ponía la mar de alegre. Sólo salé de casa para comprar seda y en seguidita me puse a trabajar. ¡Y toda la mañana y toda la tarde he estado tan contenta! Pero ahora..., otra vez vuelven las ideas imprecisas y tristes a atormentarme el corazón.

¡Dios mío, qué será de mí, cuál será mi destino! ¡Lo peor es que ni sabe una nada, nada absolutamente de lo que le tiene reservado la suerte, que no dispone del porvenir y ni remotamente puede adivinar lo que ha de ser de una! Esta consideración me produce tanto dolor y tanta pena, que sólo con pensarlo quiere saltárseme el corazón. Toda mi vida he de quejarme con lágrimas en los ojos de las criaturas que labraron mi desgracia. ¡Qué seres tan horribles!

Se hace ya oscuro. Es hora de aplicarme de nuevo a la tarea. De buena gana le escribiría a usted más; el trabajo tiene que estar acabado para fecha fija. Así que tengo que aligerar. Claro que siempre gusta recibir cartas: de lo contrario, ¡se aburre una tanto! Pero ¿por qué no viene usted a visitarnos personalmente? ¿Quiere decirme por qué, Makar Aleksiéyevich? ¡Vivimos tan cerca, y usted debe de tener tanto tiempo libre! Así que..., nada, ¡que tiene que hacernos una visita! He visto hoy a su Teresa. Parece muy delicada de salud. Me dio tanta lástima de ella, que le di veinte copeicas.

Sí, es verdad, casi se me había olvidado; escríbame usted, lo más detalladamente posible..., qué género de vida hace, qué pasa en torno suyo...

¡todo! Qué clase de individuos son los que ahí viven y si se lleva usted bien con ellos. Yo quisiera saberlo todo. Así que no se le olvide a usted escribirme todo, con toda clase de detalles. Hoy no dejaré engancharme involuntariamente al pico del visillo.

Váyase a acostar más temprano. Anoche vi luz en su cuarto alrededor de la media noche. Y ahora, quede usted con Dios.

Hoy ha vuelto todo de nuevo: pena, sobresalto y tedio. ¡Ha sido un día!

Pero, en fin, ¡quede usted con Dios! Suya,

8 de abril.

Varvara Dobroselov.

Mi estimadísima Varvara Aleksiéyevna:

Sí, hija mía; sí, amor mío, debe de haber sido un día como a menudo nos depara la suerte. ¡Se ha divertido usted a costa

mía, pobre viejo, Varvara Aleksiéyevna! ¡Aunque después de todo, soy yo quien tiene la culpa, yo y nadie más que yo! ¿Quién me manda a mí, a mi edad, con el pelo que me queda en la cabeza, meterme en aventuras?... Y, sin embargo, es menester que se lo confiese, hija mía; el hombre es a veces una cosa rara, pero que muy rara.

¡Oh Dios santo! ¿Qué es lo que a veces no se propasa uno a decir? Pero ¿y las consecuencias, las consecuencias últimas? Si, pese a lo que luego ocurrir pueda, por lo pronto suelta uno tales desatinos, ¡que Dios nos libre y nos guarde! Sí, hija mía, yo no me enfado en modo alguno; pero me resulta, sin embargo, muy desagradable reflexionar ahora en todas esas cosas que con tanta despreocupación y tan poco juicio le escribí a usted... Y hasta la oficina he ido hoy lleno de arrogancia y presunción; fulgían tales luces en mis ojos, llevaba tal fiesta en el alma, y todo esto sin el menor motivo... ¡Me sentía tan feliz! Ansioso de desplegar actividad, me puse al trabajo entre mis papeles...;

¿y en qué paró al fin todo ello? Pues en que, al tender luego la vista en torno mío, todo volví a encontrarlo como antes..., gris e insípido. Por todas partes las mismas manchas de tinta, las mismas mesas y los mismos papeles, e incluso yo mismo me había quedado como era antes, exactamente igual...

¿Qué motivo había habido, pues, para cabalgar en el Pegaso? ¿Y de dónde procedía todo aquello? Sencillamente de que el sol había sonreído por entre las nubes, y el cielo teñíase de un color más claro. ¿Acaso se debía todo sólo a eso? Y ¿qué tienen que

ver los aromas primaverales cuando mira uno a un patio en el que se puede encontrar toda la basura del mundo?

Verdaderamente, todas esas cosas me las he debido yo de imaginar de puro estúpido. Pero sucede a veces que el hombre se pierde en sus propios sentimientos y otea la lejanía y profiere disparates. Lo que sólo es efecto de una estúpida calentura, en la que tiene su parte el corazón. No volví luego a casa como los demás mortales, sino que me escurrí en ella; la cabeza me dolía. Me suele suceder así. Y es que debo de haber cogido frío a la espalda. ¡Me había estado alegrando exactamente igual que un burro viejo con la llegada de la primavera, y me eché a la calle con una capita muy fina! ¡También esto! Pero tocante a mis sentimientos, se equivoca usted, amor mío. Ha tomado usted en un sentido totalmente distinto mis palabras. Se trata únicamente de una inclinación

paternal, Várinka, pues yo vengo a ocupar, en la triste orfandad en que se encuentra, el puesto de un padre, se lo digo con toda mi alma y con un corazón puro. Pero sea como fuere, después de todo, soy algo pariente suyo, aunque muy remoto, acaso como dice el refrán: la última palabra del credo, pero al fin y al cabo, un pariente suyo, y ahora hasta puedo añadir que su mejor pariente y único protector. Porque aquí, donde parecía lo más natural que encontrase usted ayuda y protección, tan sólo encuentra traición y desvío. Pero tocante a los versos, debo decirle a usted, hija mía, que no me está a mí bien, a mis años,

ponerme a rimar coplas. ¡Las poesías son disparates! Hoy castigan a los chicos en las escuelas cuando los cogen haciendo versos. ¡Con que vea usted, amor mío, lo que es la poesía!

¿A qué viene todo eso que me dice usted en su carta de comodidad, descanso y no sé cuántas cosas más, Varvara Aleksiéyevna? Yo no soy exigente, hija mía, no he vivido jamás mejor que hoy vivo; ¿por qué habría ahora de echarme a perder? No me falta que llevarme a la boca, estoy bien de ropa y calzado..., ¿qué más se puede desear? No nos está bien meternos Dios sabe en qué aventuras. ¡Yo no soy de noble linaje! Mi padre no era ningún aristócrata, y mantenía a toda su familia con sueldo tan modesto como el mío. Yo no estoy mal acostumbrado. Por lo demás, si he de decirle a usted la verdad plena, es cierto que estaba mucho mejor en mi anterior alojamiento. Disfrutaba allí de más libertad e independencia, es verdad, hija mía. Desde luego que también mi actual vivienda resulta buena y hasta en cierto sentido tiene sus ventajas: se pasa aquí la vida más alegre, si se quiere, y hay más cambio y distracción. No niego que así es; sólo que a mí, a pesar de todo, me da pena haber dejado mi habitación antigua. Así somos nosotros, los viejos; es decir, los que ya empezamos a ser viejos. Miramos las cosas viejas a que ya estamos acostumbrados casi como si fueran de la familia. Aquel cuarto era, ya lo sabe usted, pequeño pero mono. Yo tenía una habitación para mí solito... Las paredes eran..., pero, ¡ay, a qué hablar de eso! Las paredes eran como todas las paredes del mundo pero no se trata de las

paredes, sino de los recuerdos que en mí despiertan y me ponen triste... Verdaderamente, tales recuerdos me afligen; pero, no obstante, me resultan como si me alegrasen, como si pensase ya con placer en todas las cosas de antaño. Incluso lo desagradable, aquello de que a veces me quejaba, hasta eso mismo aparece ahora en mis recuerdos como purificado de todo lo malo, y ya sólo lo veo con el espíritu, como algo familiar y bueno. Tanto mi patrona, la buena viejecita, como yo llevábamos allí una vida muy tranquila, Várinka. Sí, hasta en la pobre vieja pienso yo ahora con tristeza. Era una buena mujer y no me cobrara caro por el cuartito. Estaba siempre haciendo colchas con retales viejos, que cortaba en tiras estrechas, y empleaba en su labor unas agujas enormes. Esta era su única ocupación. La luz la utilizábamos los dos en común, por lo que trabajábamos ambos por la noche en la misma mesa. Vivía con ella una sobrinita, Mascha, y

todavía recuerdo lo pequeñita que era... Ahora tendrá sus trece años, toda una mujercita ya. Y era tan desgarbada, tan indolente, que nos hacía reír. De suerte que formábamos un trío, y en las largas veladas de invierno nos sentábamos los tres en torno a la mesa redonda, nos tomábamos nuestro té, y luego volvíamos a reanudar nuestro trabajo. A menudo, la vieja se ponía a contarnos historias, con el fin de que no se aburriera Mascha, y también para ilustrarla un poco. Y ¡qué cuentos nos contaba la vieja! No sólo podía oírlos un niño, sino también, sí

señor, hasta un hombre adulto y razonable. Y ¡cómo nos los contaba! Yo mismo muchas veces, al darle una chupada a mi pipa, me quedaba escuchándola con la mayor atención y me olvidaba por completo de mi trabajo. Pero la chica, nuestra pequeña, se ponía muy pensativa, apoyaba su rosada mejilla en la mano, abría la boquita y se estaba oyendo a la vieja con tamaños ojos; y cuando el cuento era de miedo, entonces se iba acercando cada vez más a la vieja, muy despacito, hasta pegársele a las faldas, toda medrosita. Pero para nosotros era un contento mirar a la muchacha, de suerte que, con unas cosas y con otras, nos estábamos las horas muertas sentados a la mesa y no nos dábamos cuenta de cómo se iba el tiempo, y nos olvidábamos por completo de que afuera estaba nevando.

Sí, era aquélla una buena vida, Várinka, y dizque la hemos hecho en común por espacio de casi veinte años... Pero ¡a qué hablar de eso! A usted quizá no le agraden estas historias, y a mí me pesan aún estos recuerdos..., especialmente en esta hora del crepúsculo. Teresa está armando ahí ruido con los cacharros..., y a mí me duele la cabeza y también un poquito la espalda, y se me ocurren unos pensamientos tan raros, que parecen dolerme también;

¡estoy la mar de triste, Várinka!

¿Qué me dice usted de visitas, hija mía? ¿Cómo puedo yo ir a su casa?

¿Qué diría la gente si tal hiciera, palomita mía? Tendría yo que cruzar el portal y no dejarían de verme y de curiosear... ¡y menudo revuelo se armaría y menudas historias forjarían las comadres, alterando completamente las cosas!

... No, ángel mío; mejor será que la vea yo mañana, a la hora de la misa de la tarde; esto será más discreto y para ambos más inofensivo. No me guarde usted enojo por haberle escrito una carta semejante. Al repasarla ahora veo bien las incoherencias de su texto. Soy un viejo y sin ilustración, Várinka; de joven no acabé de aprender ninguna cosa, y a la edad que tengo sería una locura empeñarse en volver a empezar los estudios. Debo confesarle, desde luego, hija mía, que yo no soy ningún pendolista, y sin necesidad de indicaciones ajenas ni de observaciones zumbonas, sé muy bien que, cuando me da por sentirme bromista, no hago más que soltar despropósitos... La vi a usted hoy a la ventana, la vi cuando dejaba caer el visillo. Y adiós, finalmente, Varvara Aleksiéevna.

Su amigo, que desea serlo sin el menor interés,

Makar Dievuschkin.

P. S. —No volveré, amor mío, a escribir sátiras de nadie. Soy ya lo bastante viejo para permitirme bromas con el solo fin de pasar el tiempo. Si así lo hiciese, daría motivo para que los demás se riesen de mí, pues podrían aplicarme el refrán que dice: «¡Quien a otro cava una zanja... en ella cae!».

9 de abril.

Makar Aleksiéyevich:

¿No se avergüenza usted, amigo y protector mío, de dar cabida en su cerebro a tales ideas? ¿De verdad se considera ofendido? ¡Ah, suelo ser tan irreflexiva en mis apreciaciones! Pero conste que esta vez ni siquiera pensé que usted pudiese tomar como una burla el tonillo de chanza inofensiva con que me expresaba. Tenga usted la seguridad de que jamás me propasaría a hacer chistes con su edad ni con su carácter. Todo eso se lo escribía yo, ¿cómo decirlo? ..., pues únicamente llevada de mi buen humor, de mi aturdimiento o, mejor dicho, debido al tedio que me rodeaba, un tedio horrible... ¿Qué es lo que no hacemos a veces por sacudirnos el aburrimiento? Además, que yo creía que usted mismo en su carta se expresaba con cierto buen humor... Pero ahora me contrista mucho pensar que usted esté enojado conmigo. No, mi leal amigo y protector; se engaña usted si me tilda de insensible e ingrata. Yo sé cuánto usted ha hecho por mí, cómo me ha defendido del tedio y la persecución de hombres execrables, y sé estimarlo en su verdadero valor. Eternamente pediré a Dios por usted, y si hasta Él llegan mis preces y se digna a escucharlas ha de ser usted enteramente dichoso.

Me siento hoy malísima. Escalofríos y fiebres alternados no me dejan en paz un instante. Fiodora está muy asustada. Por lo

demás, carece de todo fundamento lo que usted escribe a propósito de su visita y de sus temores...

¿Qué importa la gente? ¡Usted es nuestro amigo y basta!

Quede usted con Dios, Makar Aleksiéyevich. No tengo más que escribirle ni tampoco podría; me siento verdaderamente muy mal. Una vez más le ruego no se enoje conmigo y tenga la seguridad de mi respeto y afecto inalterables.

Su devota y agradecida,

12 de abril.

Varvara Dobroselov.

Mi estimada Varvara Aleksiéyevna:

¡Ay, amor mío!, ¿qué le ocurre ahora? ¡Me asusta usted, hijita! En todas

mis cartas le recomiendo siempre bien que no salga a la calle cuando haga mal tiempo, que use en todo de mucha precaución... ¡pero usted, ángel mío, no hace caso de mis advertencias! ¡Ay palomita mía, es usted verdaderamente aún una niña pequeña! Tan delicada como una pajita, harto lo sé. Basta con que sople un poco de viento para que en seguida se me ponga enferma. Razón por la cual debe usted cuidar más de su personita, procurar no exponerse a los peligros, aunque sólo sea por no dar a quienes la queremos motivos de inquietud, dolor y sobresalto.

En su penúltima carta expresaba usted, hija mía, el deseo de conocer más al pormenor mi género de vida y todo cuanto me rodea y concierne. Con mucho gusto voy a satisfacer ese deseo suyo. Empezaré, pues..., por el principio, hija mía, que así habrá más orden en el relato.

Así, pues, en primer lugar, las escaleras de nuestra casa son bastante medianas; la escalera principal está todavía en buen estado, incluso en muy buen estado, si usted quiere: limpia, clara, ancha, toda de hierro fundido y con el pasamanos de una madera que reluce como caoba. En cambio, la escalera interior es de tal índole la pobre, que preferiría no hablar de ella: húmeda, sucia, con los peldaños desgastados y las paredes tan

pringosas, que al apoyarse uno en ella se le quedan pegadas las manos. En cada tramo de la tal escalera hay cofres, sillas y armarios viejos, todos derrengados y en tenguerengue, ropa puesta a secar, los cristales de las ventanas rotos; tropieza uno, si se descuida, con los cubos de la basura, llenos de toda la inmundicia imaginable, con cortezas y desperdicios, cáscaras de huevos y restos de comida...; en una palabra: que eso no está bien.

La situación de mi cuarto ya se la he descrito; resulta —no se puede decir otra cosa— realmente cómoda, es verdad, pero también se respira en él un aire algo húmedo; es decir, no quiero yo dar a entender que huela mal en las habitaciones, pero sí que... vamos, que echan un cierto tufillo a podrido, si me puedo expresar así, un tufillo penetrante y empalagoso a moho o algo por el estilo... La primera impresión no es por lo menos agradable; pero esto no quiere decir nada; pues a los dos minutos de estar en la casa ya no se nota el referido olorcillo y al cabo empieza uno ya a oler también y le huelen las ropas y las manos y todo huele a lo mismo..., de suerte que acaba uno por acostumbrarse, y en paz. Pero entre nosotros no se logran las oropéndolas. El marido ya lleva compradas cinco, pero está visto que no pueden vivir en este ambiente, sin que pueda hacerse nada para evitarlo. La cocina es grande, espaciosa y clara. Por las mañanas se pone algo neblinosa, cuando asan carne o pescado en ella, y entonces huele a humo y a grasa, pues siempre se vierte algo, por lo que también el suelo está

por las mañanas algo húmedo; pero en cambio por la tarde se está en nuestra cocina como en el paraíso. En la cocina suelen tender ropa a secar en unas cuerdas, y como mi cuartito no está lejos de

allí, pues está pegando casi con la cocina, suele molestarme a veces no poco ese olorillo de la colada. Pero esto no tiene ninguna importancia; en cuanto lleve viviendo aquí un poco más de tiempo ya me acostumbraré.

En cuanto amanece ya empieza entre nosotros la vida, Várinka; ya está todo el mundo levantándose y armando ruido y dando golpes, hasta que poco a poco se van levantando todos; los unos para irse a la oficina o a otro sitio, otros por gusto, y entonces dan comienzo las libaciones de té. Los samovares son casi todos propiedad de la patrona, pero todos ellos no pasan de unos cuantos, por lo que tenemos que conformarnos y aguardar que nos toque la vez; al que se sale de la fila antes que le toque con su vaso, se le amonesta y muy enérgicamente. Así me ocurrió a mí una vez, el primer día que amanecí en la casa... ¡pero de eso había mucho que hablar! En aquella ocasión me hice yo amigo de todos. Con el primero que trabé amistad fue con el marino, el cual es un hombre de corazón abierto y me ha contado toda su historia, diciéndome que tiene padres y una hermana, casada en Tula con un asesor, y cómo ha vivido mucho tiempo en Cronstadt. También se me ofreció muy atentamente para lo que pudiera necesitar de él, y por lo

pronto, me invitó a acompañarle en el té de la tarde. Yo fui a buscarle a esa hora..., y lo encontré en la misma habitación, que entre nosotros hace veces de timba. Él me obsequió con té, y luego me instó para que tomase también parte en sus juegos. ¿Sería que únicamente querían reírse de mí o que se proponían otra cosa? Lo cierto es que estuvieron jugando toda la noche y que al entrar yo ya estaban liados con las cartas. Por todas partes se veían trozos de yeso, naipes, y había en el cuarto una humareda que, con toda verdad, le escocían a uno los ojos. Claro que yo no quería jugar, y al manifestarlo así, salieron diciendo que ya se veía que yo era un filósofo. Con esto, ya nadie volvió a fijarse en mí ni a cambiar conmigo una sola palabra en todo el tiempo. Pero, no obstante, si he de decir la verdad, yo me encontraba allí muy a gusto. Ahora ya no apporto nunca por allí, pues entre esa gente no hay más que azar, puro azar. Pero por las noches suelo reunirme con el empleado, que, dicho sea de pasada, es también algo literato. Y en su habitación es todo muy distinto, pues reinan en ella la modestia, la inocencia y el decoro: una vida de austeridad la de nuestro hombre.

Pero, Várinka, quisiera confiarle a usted, entre paréntesis, una cosa, y es que nuestra patrona es una tía muy mala, una verdadera bruja. Usted conoce a Teresa..., de modo que puede juzgar...; ¿qué es lo que le pasa a la pobre chica? Está flaca como una tísica, como una gallina pelada. Y además, sólo tiene la patrona dos criados; la susodicha Teresa y Faldoni. Si he de

decir la verdad, no sé a punto fijo cómo se llama este último, y pudiera ser que tuviera otro nombre; pero sea como fuere, el caso es que acude cuando lo llaman así, y ésta es la razón de que Faldoni lo llame todo el mundo. Es pelirrojo y parece un finés o un grobiano de ojos bizcos con unas narizotas enormes; se pasa la

vida insultando a Teresa, y poco le falta para sentarle la mano. Debo declarar, desde luego, que la vida aquí no es tal que se la pueda calificar precisamente de buena... Por ejemplo, eso de que todo el mundo se recoja y se acueste a la misma hora..., ni por asomo reza con esta casa. Siempre hay en ella alguien despierto y jugando, sea la hora que fuere, y a veces suceden también cosas que sólo imaginarlas se avergüenza uno. Yo estoy aclimatado y poco me asusto, pero me maravilla el que incluso matrimonios como Dios manda puedan vivir en esta sucursal de Sodoma. Tenemos aquí en una de las habitaciones pero no formando serie con los demás números, sino al otro lado, en un cuartucho que hace rincón; es decir, algo más allá, una pobre familia que da lástima. ¡Qué gente tan callada! Nunca se los oye. Y viven todos juntos en el mismo cuarto, sin más separación que un pequeño biombo. El padre, según parece, es un empleado cesante..., que hará unos siete años perdió el destino no se sabe por qué. Se apellida Gorschkov. Es una hombrecillo bajito y canoso, que va vestido con ropas viejas ya deterioradas, hasta el punto que da grima mirarlo...

¡Va mucho peor vestido que yo! Es un sujeto pusilánime, enfermizo...; suelo encontrármelo en el pasillo. Le están siempre temblando las rodillas y también le tiembla la cabeza por efecto de alguna enfermedad o quién sabe por qué otra razón. Es la mar de tímido y le teme a todo el mundo, y se aparta a un lado, todo medroso, y se escurre a lo largo de la pared en cuanto se tropieza con alguien. Yo también soy algo tímido, pero no tengo comparación con él. Su familia se compone de la mujer y tres hijos. El mayor es el vivo retrato, en todo, del padre, y tiene también el aspecto enfermizo. La mujer no debe de haber sido fea, pues todavía está de buen ver..., ¡pero va tan mal vestida, con ropas de desecho..., tan viejas! Según he oído decir le deben el mes a la patrona; ésta, por lo menos, no los trata muy bien. También se susurra que Gorschkov ha debido de cometer algún acto feo para que lo despidieran de la oficina... Lo que se ignora es si hay de por medio algún proceso o cosa por el estilo, quizá una denuncia o un expediente. De lo que no puede dudarse es de que están en la miseria, ¡pero en la miseria más horrible! Jamás se oye ruido alguno en su cuarto, como si allí no viviese nadie. Ni siquiera se les oye a los chicos. Nunca se da el caso de que alboroten o jueguen..., y no hay peor señal que ésa. Una tarde hube yo de pasar por delante de la puerta —reinaba en aquel instante en la casa inusitado silencio— y pude percibir un sollozar apagado, seguido de un quedo murmullo, y luego más sollozos, exactamente como si allí dentro estuviera llorando alguien, pero tan quedo, con tal tristeza y desesperanza, que a mí se me quiso saltar el corazón... y estuve hasta la madrugada

sin poder apartar de mi pensamiento a esas pobres criaturas, y tardé mucho en conciliar el sueño.

Pero quede usted con Dios, Várinka, amiguita mía. Ya se lo he descrito a usted todo, según mi leal saber y entender. Hoy me he pasado todo el día pensando únicamente en usted. El corazón se me encogía por su culpa.

Porque, mire usted, ya sé que no tiene usted abrigo. Y yo conozco muy bien esta primavera petersburguesa, estos ventarrones primaverales y las lluvias, que a veces se complican hasta con nevadas... Esto es la muerte, Várinka. ¡Se dan unos cambios de temperatura, que Dios nos valga! No tome a mal, amiguita mía, esto que le digo; yo entiendo de esos primores. ¡Si supiera escribir un poquito bien! Yo me abandono al correr de la pluma y pongo lo que se me ocurre, con el fin de procurarle alguna distracción, con el único objeto de alegrarla un poquitín. Si yo fuera hombre de letras, sería muy distinto; pero ahora ya..., ¿qué diablos sé yo? Mis padres no se gastaron mucho en educarme.

Su eterno y fiel amigo,

25 de abril.

Makar Dievuschkin.

Mi muy estimado Makar Aleksiéyevich:

Hoy me he encontrado a mi prima Sascha. ¡Qué encuentro más desagradable! ¡También esa pobre se va a pique! También me he enterado casualmente, y por modo indirecto, de que Anna Fiodórovna anda por todas partes preguntando por mí y que, naturalmente, quiere averiguarlo todo. No se cansará jamás de perseguirme. Según parece, ha dicho que todo me lo perdona. ¡Que ha dado al olvido todo lo pasado y que quiere hacerme una visita! Refiriéndose a usted, dice por ahí que no es usted pariente mío ni por lo más remoto, que mi parienta más cercana y única es ella, y que usted no tiene ningún derecho a inmiscuirse en nuestros asuntos. Que es una vergüenza para mí dejarme mantener por usted y vivir a su costa... Dice que ya no me acuerdo del pan de caridad que ella nos dio a mi madre y a mí para evitar que nos muriésemos de hambre; que nos mantuvo y cuidó de nosotras, y que por espacio de dos años y

medio casi, sólo le proporcionamos sinsabores, y que además de todo eso nos pagó también una deuda antigua. Nada, que ni a la pobre mamá dejan en paz en su sepulcro. ¡Si la pobre mamá supiese el daño que me ha hecho! ¡Pero a Dios no se le oculta nada!...

Ha dicho también Anna Fiodórovna que sólo por pura estupidez no he sabido asegurarme la felicidad que ella me propuso al alcance de la mano, y que no es culpa suya que yo no supiera o no quisiera... pescar un buen marido.

¡Pero quién tuvo la culpa, santo Dios! Dice que el señor Bukoc está en todo su derecho, que verdaderamente no todas las mujeres pueden casarse..., y ¡qué sé yo cuántas sandeces más!

¡Es demasiado cruel tener que escuchar todas esas patrañas, Makar Aleksiéyevich!

No acierto a explicarme lo que me pasa hoy. Todo se me vuelve temblar, llorar y lanzar suspiros. Llevo ya dos horas escribiendo esta carta. Yo estaba ya en la creencia de que esa mujer habría, por lo menos, reconocido sus culpas, la injusticia que cometió conmigo..., ¡y ahora resulta que habla así de mí!

Le ruego, amigo mío, no se apure por mi estado; por Dios, no se disguste usted, mi único buen amigo. Fiodora exagera siempre; yo no estoy enferma. Todo se reduce a que ayer me enfrié un poco en el cementerio de Volkov, cuando fui a oír la misa de réquiem por la pobre mamá. ¿Por qué no vino usted conmigo?...

Yo se lo había rogado. ¡Ah pobre madre mía, si tú levantaras la cabeza, si tú supieras lo que han hecho conmigo!

20 de mayo.

Mi querida Várinka:

V. D.

Le envío un par de racimos de uvas, corazoncito mío, pues son muy buenas para los convalecientes y también las recomiendan los médicos contra la sed...; de modo que puede usted comérselas, Várinka, cuando sienta sed. También deseaba usted, hija mía, un ramito de rosas, y tengo mucho gusto en enviárselo. Y de apetito ¿cómo andamos nenita?... Porque esto es lo principal. Gracias a Dios que ya todo lo malo pasó y que pronto también nuestra desdicha tocará a su término. ¡Dé usted gracias por ello al creador! Por lo que se refiere a los libros, no

me es posible de momento enviarle ninguno. Pero he oído decir que uno de los huéspedes de la casa tiene uno muy bueno, escrito en un estilo muy elevado; aseguran que se trata, en efecto, de un libro excelente, y aunque yo no lo he leído, me lo han ponderado mucho. He suplicado que me lo presten y creo que me lo dejarán. Sólo que... ¿lo leerá usted de veras? Es usted tan caprichosa en esa materia, que resulta difícil atinar con su gusto; se lo digo porque la conozco muy bien, hija mía. A usted sólo le agradan los versos que hablan de amor y de nostalgia...; así que le buscaré también poesías y todo, todo cuanto desee. Precisamente tengo en mi poder todo un cuaderno lleno de versos copiados.

Yo me encuentro ahora muy bien. Esté usted tranquila sobre el particular, hija mía. Eso que Fiodora le ha contado esta vez no es enteramente cierto, y debe usted decirle que no está bien que mienta tanto. ¡Sí, dígaselo usted con toda seriedad! ¡Charlatana! No es exacto que haya yo vendido la casaca del uniforme nuevo, ni siquiera me ha pasado por la imaginación; ¿por qué iba a venderla tampoco? No hace mucho oí decir que me iban a asignar una gratificación de cuarenta rublos, y siendo esto así, ¿por qué había de

desprenderme de la casaca? No, hija mía; no pase usted pena por eso.

Esa Fiodora es maliciosa y desconfiada, y no está bien que lo sea. Tenga usted un poco de paciencia, hijita, y ya verá cómo nos va a sonreír la vida. Pero para eso es preciso, ante todo, que disfrute usted de salud completa, y debe usted poner de su parte todo lo posible a tal fin, por el amor de Dios; el que anda tan delicada es lo que más me aflige y desazona a mis años. ¿Quién le ha ido a usted con el cuento de que yo estoy más delgado? ¡Esa es otra calumnia! Yo estoy perfectamente bien de salud y contento, y he engordado tanto, que casi me da vergüenza. Estoy satisfecho y alegre y no me falta nada... ¡Si usted estuviera ya restablecida del todo! Quede usted con Dios, ángel mío; con un beso en cada uno de sus deditos, soy siempre su fiel e invariable amigo,

Makar Dievuschkin

P. S. —¡Ay corazoncito mío!, ¿qué es lo que me decía usted en su carta?

¡Otra vez! ¿Qué es lo que se le ha puesto en su cabecita? ¿Cómo quiere usted, hija mía, que yo frecuente su casa..., quiere usted decírmelo? ¿A favor de la oscuridad de la noche? Pero eso será cuando vuelvan las noches, pues ahora, en esta época del año, no las hay. Pero yo no me aparté de su lado un instante mientras estuvo enferma, en tanto la fiebre la tenía postrada, sin conocimiento. Verdaderamente, ni yo mismo sé cómo tenía tiempo para todo, sin faltar a mis obligaciones. Mas después suspendí mis visitas porque la gente curiosa empezó a fisgonear y a inquirir. Y, a pesar de todo, ¡qué chismorreos no

armaron! Pero yo tengo una confianza absoluta en Teresa, que no es parlanchina. Sin embargo, hijita, usted misma puede comprender qué pasaría si llegásemos a andar en lenguas. ¿Qué no pensarían y dirían de nosotros? Así que tenga un poco de paciencia, nenita, y aguarde a estar completamente restablecida, y entonces no nos faltará donde vernos fuera de su casa.

1 de junio.

¡Mi buen Makar Aleksiéyevich!

Quisiera poder hacer algo para expresarle a usted mi gratitud por sus desvelos y por el sacrificio que por mí se impone; así que he decidido sacar de mi cómoda ese viejo cuadernito que adjunto le envío. Empecé a apuntar en él mis impresiones cuando aún me sonreía la vida. Me ha manifestado usted tantas veces deseos de conocer mi pasado y tanto me ha rogado que le hablase de mi mamá, de Pokrovskii, de mi estancia en la casa de Anna Fiodórovna, y le refiriese mis recientes desdichas, y con tanta vehemencia expresaba usted el deseo de leer este cuadernito, a cuyas páginas he confiado parte de mi vida, que creo proporcionarle a usted una alegría enviándoselo. A mí, en cambio,

me ha dado mucha pena repasar ahora sus páginas. Me parece que, a partir del momento en que escribí en él la última línea,

me he vuelto otro tanto vieja de lo que era entonces; es decir, dos veces vieja. Todas esas notas las he ido escribiendo en épocas distintas. ¡Que siga usted bien, Makar Aleksiéyevich! A mí ahora me suelen acometer con frecuencia arrechuchos de tedio horribles, y por las noches me atormentan los insomnios. ¡Qué convalecencia tan aburrida!

V. D.

I

Tenía yo catorce años cuando murió mi padre. Fue mi infancia la época más feliz de mi vida. No la pasé aquí, sino allá, lejos, en la provincia, en el campo. Mi padre era el administrador de una gran finca, propiedad del príncipe P***. Y allí vivíamos nosotros, tranquilos, solos y felices... Yo era lo que se dice una salvaje, pues no hacía otra cosa en todo el día que corretear de acá para allá por el campo y el bosque, o donde se me antojaba, porque nadie se cuidaba de mí. Mi padre estaba siempre ocupado y mi madre tenía hartito que hacer con las faenas de la casa. No me mandaban a la escuela..., de lo que me alegraba no poco. Así que desde por la mañana temprano ya estaba yo enredando al borde del gran estanque o en el bosque o en la pradera con los guadañadores..., según me daba. ¡Qué me importaba a mí que picase el sol, que yo misma no supiese dónde me encontraba ni cómo habría de arreglármelas para volver, ni que las zarzas me pinchasen y me desgarrasen los vestidos! ¡Qué me importaba a mí que en casa estuviesen con cuidado!

Creía yo que siempre había de ser igualmente feliz, aunque nos pasásemos la vida entera en el campo. Desgraciadamente, tenía yo ya que despedirme de aquella libre vida rústica y desprenderme de todos aquellos parajes familiares. Tendría yo apenas doce años cuando nos trasladamos a San Petersburgo. ¡Ah, y cuánta pena me costó arrancarme de ahí! Y ¡cómo lloraba yo al tener que abandonar todo cuanto amara! ¡Aún recuerdo cómo me abrazaba convulsivamente a mi padre y con lágrimas en los ojos le rogaba que por lo menos me dejase estar todavía un poquito en la finca, y cómo lloraba mi madre! Decía mi madre que era necesario partir, que así lo reclamaban las circunstancias. Era que el príncipe P*** había muerto y sus herederos habían prescindido de los servicios de mi padre. Así que nos trasladamos a San Petersburgo, donde residían algunos individuos que le debían dinero a papá..., el cual quería solventar por sí mismo sus asuntos. Todo esto lo supe por mi madre. Ya allí, alquilamos en el Lado Petersburgués un piso, donde vivimos hasta la muerte de mi padre.

¡Qué duro se me hizo acostumbrarme a la nueva vida! Llegamos a San Petersburgo en el otoño. Habíamos abandonado la finca en un día de sol, claro, diáfano y tibio. En los campos estaban terminando las últimas faenas. Ya el

trigo estaba hacinado en las eras en altos almiarés, en torno a los que revoloteaban inquietas bandadas enteras de trinadores pajarillos. ¡Qué alegre y claro relucía todo!

Pero al llegar a la ciudad nos encontramos, en vez de eso, con lluvia, frío otoñal, mal tiempo y barro, amén de muchos seres desconocidos que tenían todos ellos una traza hostil, malhumorada y maligna. ¡Nosotros nos instalamos lo mejor que pudimos! ¡Cuánto ajetreo nos costó el tener, por fin, una casa arreglada! Mi padre estaba casi todo el día en la calle y mi madre andaba siempre atareada..., de suerte que entrambos se olvidaban por completo de mí.

¡Qué triste despertar el del primer día que amanecemos en la nueva casa!

¡Delante de nuestras ventanas teníamos una cerca amarilla! ¡En la calle no se veía sino fango! Sólo pasaban algunos transeúntes, todos muy arrebujaados en sus ropas y bufandas y todos con aspecto de estarse helando.

En torno a nosotros, en la casa, sólo había pena y tedio insoportables. No teníamos en la ciudad pariente ni conocido alguno. A Anna Fiodórovna había dejado mi padre de tratarla. (Le debía una cantidad). Venían, sin embargo, a vernos personas que tenían que tratar con mi padre de negocios. Por lo general, entre él y sus visitantes, se armaban discusiones y se oían desde fuera gritos y alboroto. Y cuando aquéllos se iban, mi padre se quedaba siempre triste y de mal talante. Horas enteras se estaba dando vueltas arriba y abajo por la habitación, fruncido el ceño y sin hablar palabra. Tampoco mamá se atrevía entonces a despegar los labios, y guardaba

silencio. Y yo me acurrucaba en un rincón con un libro en la mano, y no me atrevía a moverme.

A los tres meses de nuestra llegada a San Petersburgo, me pusieron en una pensión. ¡Qué tristeza a lo primero, entre tantas caras desconocidas! ¡Era todo tan seco, tan despegado, tan hostil y tan poco atractivo! Las profesoras regañaban, las compañeras hacían burla y yo estaba tan encogida... ¡Qué rigor tan pedantesco aquél! Todo había de hacerse a horas determinadas y con toda puntualidad. Las comidas en la mesa redonda, las lecciones tan aburridas...; al principio andaba yo siempre desalada. Ni dormir siquiera podía. ¡Cuántas noches largas y tediosas y frías me las pasé en claro, llorando hasta el amanecer! Por las tardes, cuando las otras niñas estaban estudiando o repasando sus lecciones, yo me estaba muy quietecita, con el libro delante, y no me atrevía a moverme; pero mi pensamiento volaba hacia mi casa, me acordaba de mis padres y de mi buena y vieja nodriza y de sus cuentos... ¡Oh y qué nostalgia se apoderaba de mí entonces! Me acordaba con toda claridad del objeto más nimio de la casa, y aún hoy mismo lo recuerdo todo con un placer especial, doloroso... Y así me estaba piensa que te piensa... ¡Qué bien, qué gusto encontrarme ahora en casa! Ahora estaría yo sentadita en el comedero, junto a la mesa, sobre la que borbotea el samovar y alrededor de la cual están sentados también mis padres; qué calorcito se siente y qué a gusto y

con qué comodidad se está allí. «¡Cómo me gustaría —pensaba yo— abrazar ahora a mi mamaíta, fuerte, muy fuerte, ¡eh!, con mucho cariño!». Y seguía pensando luego, hasta que la nostalgia me hacía llorar quedito y me sorbía las lágrimas...; pero la lección no me entraba en la cabeza. Pero no se puede tampoco dejar la lección para el día siguiente; toda la noche te la pasas pensando en el profesor, en la madame y en las compañeras de clase; toda la noche te la pasas soñando que estás aprendiéndote la lección, que al otro día, naturalmente, no sabes. Y no tienes más remedio que arrodillarte en un rincón y quedarte sin comida. Yo estaba, pues, siempre tristonera y mustia. Las otras chicas se reían de mí, me hacían burla, me distraían cuando estaba estudiando, me tiraban pellizcos cuando en filas de dos en fondo nos dirigíamos al refectorio, o se quejaban de mí a la profesora. ¡Pero qué felicidad cuando en la tarde de sol venía a buscarme mi buena nodriza! ¡Cómo me abrazaba a ella... sin resolverme a soltar, de puro contenta, a mi buena viejecita! Luego se ponía ella a vestirme, siempre muy calentita, como ella decía, en tanto me envolvía en pañuelos la cabeza. Pero ya en el camino, nunca podía seguirme el paso — iba yo tan ligera— y yo no podía tampoco andar tan despacio como ella. En todo el trayecto no paraba yo de parlotear y de contarle cosas. Toda loca de alborozo, entraba luego en casa y me echaba en brazos de mis padres, cual si hiciese nueve años que no nos veíamos. Luego empezaban los cuentos y preguntas, y yo soltaba el trapo a reír y me ponía a corretear por toda la casa y a festejar y darle a todos la bienvenida. Papá

procedía después a hacerme preguntas más serias: acerca de los profesores, de las matemáticas, el francés y la gramática de L'Homond..., y todos estábamos la mar de contentos y cordiales y parlanchines. Hoy mismo gozo recordando simplemente aquellas horas.

Yo hice los mayores esfuerzos para aprenderme bien las lecciones, con el fin de darle una alegría a mi pobre padre. Veía yo con toda claridad que él se desvivía por mí, no obstante las preocupaciones, cada vez más graves, que lo atormentaban. De día en día se volvía más triste, malhumorado y colérico; su carácter había cambiado de un modo desfavorable. Nada le salía bien, todo se le frustraba, y las deudas iban aumentando de un modo espantoso.

Mi madre no se atrevía a llorar, ni siquiera a dejar escapar una palabra de queja, pues con eso irritaba más aún a mi padre. Volvióse la pobre enfermiza y endeblucha y empezó a toser de una manera inquietante. Cuando yo volvía de la pensión, sólo encontraba en casa caras tristes; mi madre se sorbía en secreto sus lágrimas, y mi padre se encolerizaba. Venían luego las quejas y los reproches; mi presencia no le causaba a mi padre ninguna alegría, consuelo alguno, y, sin embargo, él no perdonaba sacrificio por mí; pero yo sigo sin entender ni una palabra de francés. En resumen: que yo tenía la culpa de todo; de todos sus fracasos, de toda su desdicha; las únicas responsables éramos mamá y yo. Pero ¡cómo era posible atormentar más todavía a la pobre mamá!

Al verla, parecía que se me iba a saltar el corazón. ¡Tenía las mejillas chupadas, los ojos hundidos en las cuencas..., todo el aspecto de una tísica!

A mí se dirigían los más graves reproches. Por lo general, empezaba mi padre quejándose de alguna nimiedad, y luego se desbocaba hasta decir cosas que sólo Dios sabe... Yo muchas veces me quedaba sin entender una palabra de lo que decía. ¡Qué no soltaba aquella boca!... Que si la lengua francesa, que si yo era una imbécil y la profesora de la pensión otra idiota, que no se cuidaba en modo alguno de nuestra educación; luego... que no podía encontrar ningún empleo, que la gramática de L'Homond no valía nada, que la de Sapolski era mucho mejor, que se estaba gastando en mí mucho dinero sin objeto ni utilidad, que yo era una chica aturdida y sin pizca de corazón; en una palabra: que yo, pobre de mí, me tomaba la mar de trabajo para aprenderme palabras y términos franceses, y, sin embargo, tenía la culpa de todo y había de cargar con todos los regaños. Pero mi padre no procedía así porque no nos quisiera, pues, al contrario, nos tenía un cariño desmedido. Solo que tenía ese carácter...

O, mejor dicho, eran los disgustos, los desengaños y los fracasos lo que le habían agriado su carácter, que al principio no podía ser mejor; se había vuelto ahora desconfiado, solía con frecuencia llenarse de amargura, hasta rayar en la desesperación; empezó a descuidar su salud, hasta que un día

cogió un enfriamiento y... murió, después de haber guardado cama unos días, de un modo tan repentino e inesperado, que tardamos muchos días en hacernos a la realidad. ¡Aquel golpe nos dejó aturcidas! Mamá parecía como alelada, y yo, al principio, temí por su juicio. Pero apenas hubo muerto mi padre, cuando se presentaron los acreedores a bandadas en nuestra casa. Nosotras les entregamos cuanto teníamos. Tuvimos que vender también nuestra casita del Lado Petersburgués, que a poco de nuestra llegada, al medio año, había adquirido papá. No sé qué se haría de lo demás; pero es el caso que hubimos de encontrarnos sin cobijo, sin dinero, desvalidas y faltas de todo recurso... Mamá estaba enferma —tenía una fiebre lenta que la iba consumiendo—; no sabíamos procurarnos recursos; así que estábamos resignadas a perecer. Yo acababa de cumplir catorce años.

Entonces fue cuando por primera vez hubo de visitarnos Anna Fiodórovna. Se hizo pasar ante nosotras por una propietaria y nos aseguró ser nuestra parienta cercana. Pero mamá decía que sí era cierto que estaba emparentada con nosotros, pero que el tal parentesco era muy lejano. En vida de papá jamás aportó por nuestra casa. Ahora se nos presentaba con lágrimas en los ojos y nos ponderaba la parte que tomaba en nuestro duelo. Mostraba compadecernos mucho por nuestra desgracia, pero dejaba entender que de todos nuestros sinsabores tenía papá la culpa por haber querido encumbrarse demasiado y

contado en demasía con sus propias fuerzas. Manifestó, además, a fuer de

única parienta, el deseo de tratarnos con más intimidad y nos propuso olvidáramos lo pasado. Al replicarle a esto mamá que ella no le había tenido nunca rencor, echóse a llorar con emoción ruidosa, llevóse a mamá a la iglesia y encargó una misa de réquiem para el querido muerto, que así llamó de pronto a nuestro padre. Luego hizo pomposamente las paces con mamá.

Después, tras muchos preámbulos y observaciones, y luego que nos hubo hecho ver con toda claridad lo desesperado de nuestra situación y ponderarnos nuestra falta absoluta de recursos, de protección y amparo, nos instó a compartir con ella su techo, según decía. Mamá dióle las gracias por su ofrecimiento; pero durante mucho tiempo no acabó de decidirse a aceptarlo, hasta que, visto que no nos quedaba otro remedio, tuvo que resolverse a escribir a Anna Fiodórovna participándole que aceptaba su ofrecimiento agradecida.

¡Qué claramente recuerdo todavía aquella mañana en que nos trasladamos del Lado Petersburgués a la otra parte de la población, al Vassilii Ostrov! Hacía una clara, seca y fría mañana de otoño. Mamá lloraba. Y yo estaba muy triste; parecíame cual si una vaga congoja me oprimiese el pecho... Eran unos tiempos difíciles...

II

Al principio, cuando aún no nos habíamos instalado del todo, experimentábamos mamá y yo cierta tristeza en casa de Anna Fiodórovna, esa tristeza que se suele sentir cuando nos encontramos frente a algo no muy seguro. Anna Fiodórovna vivía en casa propia en la Sexta Línea. Toda la casa sólo tenía, por junto, cinco cuartos habitables. Anna Fiodórovna ocupaba tres de ellos en unión de mi prima Sascha, a la cual, como a una pobre huérfana, había recogido y criado. En la cuarta habitación nos instalamos nosotras, y en la quinta, que estaba contigua a la nuestra, se alojaba un pobre estudiante, Pokrovskii, el único que pagaba alquiler por la vivienda.

Anna Fiodórovna vivía muy bien, mucho mejor de lo que habría parecido posible; pero las fuentes de sus ingresos eran tan enigmáticas como sus ocupaciones. Y, sin embargo, siempre tenía algo que hacer, siempre iba de acá para allá y salía y entraba en la casa muchas veces al día. Pero no era posible formarse la menor idea de adónde iba ni de lo que hacía fuera de casa. Tenía relaciones con muchas y muy diversas personas. A toda hora venía gente a visitarla y siempre para hablarle de negocios y sólo un par de minutos. Mamá solía retirarse conmigo a nuestro cuarto en cuanto sonaba la campanilla. Esto enojaba mucho a Anna Fiodórovna y continuamente estaba reprochándole a mamá lo orgullosas que éramos; no diría nada si tuviéramos algún motivo, si verdaderamente tuviéramos por qué ser orgullosas; pero en la situación en que nos

encontrábamos..., y por espacio de horas seguidas continuaba en ese tono.

Hasta entonces no había oído yo esos reproches; pero al oírlos ahora me expliqué, o, mejor dicho, adiviné la causa de que mi madre resistiera al principio a aceptar la hospitalidad de Anna Fiodórovna.

Es una mala mujer la tal Anna Fiodórovna. Se complacía en atormentarnos sin tregua. Pero hoy mismo constituye para mí un enigma el porqué nos invitaría a irnos a vivir con ella. A lo primero todavía nos trataba muy bien, con mucho cariño, pero no tardó en descubrir su verdadero carácter en cuanto pudo comprobar que nos hallábamos verdaderamente desamparadas y enteramente a merced suya. Más adelante volvió a tratarme con el mimo anterior, quizá con demasiado mimo; llegaba incluso a dirigirme necias lisonjas, pero antes tuve que aguantarla tanto como mamá. A cada paso nos estaba dirigiendo reproches y no nos hablaba de otra cosa que de los beneficios que nos hacía. Y nos presentaba a todas sus visitas como sus parientes pobres, como a una viuda y huérfana desvalidas que sólo por compasión y caridad cristiana había recogido bajo su techo y sentado a su mesa. A las horas de las comidas no quitaba ojo de cada bocado que osábamos tomar; pero tampoco, cuando no comíamos o comíamos demasiado poco, le dábamos gusto, pues entonces salía diciendo que si no nos parecía bastante buena su comida, que

si le encontrábamos alguna falta, y que ella nos daba lo que tenía y de lo mismo que comía ella..., que quizá nosotras solas pudiéramos agenciarnos algo mejor, que eso ella no lo podía saber, etcétera, etc. De papá estaba continuamente diciendo horrores; no podía vivir sin criticarlo. Afirmaba que siempre se las había dado de más noble que nadie y que ahora podía verse la verdad, pues había dejado una viuda y una huérfana, que, de no haber encontrado un alma caritativa entre sus parientes —es decir, ella—, habrían estado expuestas a morir de inanición en el arroyo. ¡Y no paraba ahí la cosa! ¡Daba más asco que pena el escucharla! Mamá se pasaba la vida en un llanto continuo. Su estado de salud empeoraba de día en día, mustiábase a ojos vistas, pero nosotras, sin embargo, trabajábamos de la mañana a la noche. Cosíamos para fuera, lo cual no era del agrado de Anna Fiodórovna. Decía que su casa no era ningún obrador. Pero nosotras teníamos que hacernos ropa y no nos quedaba otro recurso que ganar algún dinero, aunque sólo fuera en último caso para no carecer de todo. Así que trabajábamos con ahínco y ahorrábamos siempre con la esperanza de poder alquilar un día un cuartito para nosotras solas. Sólo que de tanto trabajar hubo de agravarse mi madre; cada día estaba más débil. La enfermedad minaba su existencia y la iba empujando sin descanso hacia la tumba. ¡Yo lo veía, lo sentía y no podía hacer nada para evitarlo!

Transcurrían los días, iguales los unos a los otros. Nosotras hacíamos una vida tan recoleta, que no parecía que

estuviésemos en una población tan grande. Con el tiempo se fue apaciguando Anna Fiodórovna al ver su ilimitada superioridad sobre nosotras y que no tenía nada que temer. Por lo demás,

nunca nosotras le hubiéramos llevado en nada la contraria. Nuestro cuarto estaba separado de los tres que ella ocupaba por un corredor, contiguo al de Pokrovskii, como ya indiqué. El estudiante le enseñaba a Sascha francés y alemán, historia y geografía...; es decir, todas las ciencias, como solía decir Anna Fiodórovna, y a cambio de ello le perdonaba el pago de la vivienda y la pensión.

Era Sascha una chica muy lista; pero ordinaria y vehemente hasta lo repulsivo. Frisaba por entonces los trece años. Últimamente hubo de decirle Anna Fiodórovna a mamá que acaso fuera bueno que yo también diera clase con ella, toda vez que en el colegio no había llegado a terminar el curso. A mamá, naturalmente, le alegró mucho la proposición; de suerte que Pokrovskii nos estuvo dando lección a las dos por espacio de un año entero.

Era el tal Pokrovskii un pobre chico. Su poca salud no le permitía asistir de un modo regular a la Universidad; así que no era propiamente lo que se llama, y por la fuerza de la costumbre aún le seguimos llamando a él, un estudiante. Vivía tan recogido y calladito en su cuarto, que nosotras, desde el

nuestro, contiguo, no lo sentíamos. Tenía también una traza especial, se movía y encorvaba de un modo tan torpe, y hablaba de un modo tan raro, que al principio no podía yo verlo sin soltar el trapo a reír. Sascha le estaba siempre jugando alguna mala pasada, y especialmente durante la lección. Pero él no le iba en zaga en punto a violencias, se encolerizaba a cada paso y la menor futesa le sacaba de quicio; se ponía a regañarnos, lanzaba gritos, y a veces se levantaba y se iba furioso, dando por terminada antes de tiempo la lección y se encerraba en su cuarto. Pero allí en su cuarto se pasaba días enteros sentado, sin moverse, leyendo. Tenía muchos libros y todos en ediciones primorosas y raras. Daba también lecciones en otras dos casas y se las pagaban; pero, a pesar de eso, jamás tenía dinero en el bolsillo, pues inmediatamente iba a comprar más libros.

Con el tiempo le fui ya conociendo más a fondo. Era el hombre más honrado y más bueno del mundo, el mejor de los hombres que yo hasta entonces conociera. Mamá le apreciaba también mucho. Con el trato llegó a ser un amigo fiel mío y el que más cerca estaba de mi corazón..., claro que después de mamá.

Al principio me asociaba yo —no obstante ser yo una mujercita— a todas las jugarretas que Sascha tramaba contra él, y, a veces, nos estábamos deliberando horas enteras acerca del modo de embromarlo y poner a prueba su paciencia. Resultaba enormemente grotesco cuando se enfadaba y nosotras queríamos divertirnos a su costa. (Todavía hoy me

avergüenzo yo cuando le recuerdo). En una ocasión lo excitamos tanto, que al pobre se le saltaron las lágrimas, y yo le oí murmurar entre dientes estas palabras: «¡No hay nadie más cruel que un niño!». Aquello me dejó confusa; por primera vez se despertaba

en mí algo como vergüenza, pesar y compasión. Me puse encarnada hasta las orejas, y casi con lágrimas en los ojos supliquéle que no tomase a mal nuestras groseras bromas; pero él cerró el libro y se fue a su cuarto sin terminar la lección.

Todo aquel día me estuvo atormentando el remordimiento. La idea de que nosotras, unas chicas, le hubiéramos hecho encolerizarse a él hasta derramar lágrimas, se me hacía insoportable. ¡De modo que sólo nos habían tentado sus lágrimas! ¡Que nos habíamos complacido en excitar su irritabilidad, seguramente morbosa! ¡Y habíamos conseguido, por fin, acabar con su paciencia! ¡Habíamos obligado al pobre chico a sentir todavía más lo desdichado de su triste condición!

En toda la noche no pude dormir... ¡Cómo me torturaban los remordimientos! Dicen que las novedades alegran el ánimo. ¡Pues es todo lo contrario! No sé cómo, pero es lo cierto que a mi pesar uníase algo de orgullo. No me avenía a la idea de que él me juzgara una niña. Yo tenía ya entonces quince años.

A partir de aquel día yo sólo pensé en discurrir el modo de hacer que Pokrovskii cambiase de opinión acerca de mí. Pero

mi timidez venía a impedirme el poner en práctica alguno de los mil proyectos que se me ocurrían; no acababa de decidirme a nada y todo se quedaba en planes y ensueños (y ¡qué no soñaría yo, Cielo santo!). Pero de allí en adelante ya no volví a secundar las groseras bromas de Sascha, la cual fue también poco a poco deponiendo su ordinariez. Todo esto tuvo por consecuencia que Pokrovskii no volviera a enojarse con nosotras. Pero no era eso bastante compensación para mi orgullo.

Quiero decir aquí unas cuantas palabras nada más acerca del hombre más raro y más digno de compasión que he conocido en mi vida. Y quiero hacerlo en este sitio, porque a partir del día referido, yo, que jamás hasta entonces me había preocupado por él en absoluto, empecé a darle cabida, y grande, en mis pensamientos.

De cuando en cuando se presentaba en nuestra casa un hombrecillo pequeño, mal vestido y sucio, con el pelo canoso, desmañado y torpe en sus movimientos, y que, sobre todo, tenía unas trazas muy particulares. A la primera mirada podía creerse que se avergonzaba un poco de sí mismo y como que pedía perdón por haber venido a este mundo. Por lo menos se encogía siempre, o trataba de hacerse más pequeño todavía, de reducirse a la nada, y aquellos sus movimientos y gestos inseguros y vergonzantes infundían a quien le observaba la sospecha de si no estaría en su juicio. Siempre que venía a visitarnos se quedaba muy plantado detrás de la mampara de

cristales y no se atrevía a entrar de una vez. Cuando por pura casualidad salía alguna de

nosotras —Sascha o yo— al pasillo y lo veíamos allí parado detrás de la puerta, empezaba él a hacernos visajes para llamarnos la atención; si nosotras, mediante señas también, le dábamos a entender que podía pasar y que no había visita en casa, o le llamábamos en voz alta, cobraba ánimos y se atrevía a entrar, abría muy despacito la mampara y penetraba en la casa sonriendo, después de lo cual se frotaba las manos y se dirigía de puntillas al cuarto de Pokrovskii. Aquel viejecito era su padre.

Más adelante tuve ocasión de saber la historia del pobre anciano. Había sido empleado no sé dónde, allá en tiempos, pero por falta de capacidad no logró pasar de un puesto subalterno. Al quedarse viudo de su primera mujer — la madre de Pokrovskii—, se volvió a casar con una medio campesina. Desde aquel punto y hora ya no hubo paz y tranquilidad en su casa; la nueva consorte se puso los pantalones y los trataba a todos a la banqueta. Su entenado —el estudiante Pokrovskii, que a la sazón tenía diez años— tuvo que padecer mucho a cuenta del odio que le tenía su madrastra; pero, por fortuna, se arreglaron de otro modo las cosas. El propietario Bukov, que había conocido en otro tiempo a su padre, cuando estaba empleado, y constituido a poco menos en su protector, tomó a su cargo al chico y le puso en un colegio. Interesábase por el

muchacho por la única razón de haber conocido a la difunta madre cuando ésta, doncella entonces de Anna Fiodórovna, gozaba de sus beneficios, y por su mediación contrajo matrimonio con el empleado Pokrovskii. En aquel entonces, el señor Bukov, como buen amigo de Anna Fiodórovna, tuvo el rasgo de regalarle a la novia una dote de cinco mil rublos. Por cierto que es hasta hoy un enigma adónde iría a parar todo ese dinero. Todo esto me lo contó la propia Anna Fiodórovna. El estudiante Pokrovskii no me habló jamás de su familia y no le hacía gracia le preguntasen ni por sus padres. Dicen que su madre había sido muy guapa, motivo por el cual me choca que se casara con un partido tan desventajoso como el que representaba aquel hombre insignificante. Por lo demás, al cuarto año de casada pasó la pobre a mejor vida.

De la escuela pasó el estudiante Pokrovskii a un gimnasio, y de allí a la Universidad. El señor Bukov, que solía hacer frecuentes viajes a San Petersburgo, no lo abandonó allí, sino que siguió protegiéndolo. Desgraciadamente, no pudo Pokrovskii, por lo delicado de su salud, proseguir sus estudios, y entonces fue cuando el señor Bukov se lo presentó formalmente a Anna Fiodórovna y le buscó colocación en su casa para que, a cambio de la habitación y la comida, le enseñase a Sascha todas las ciencias.

Pero Pokrovskii, padre, para consolar su dolor por la mala vida que le daba su segunda mujer, se entregó al peor de los vicios, la bebida, hasta el punto de estar casi siempre borracho. Su

mujer le zurraba de lo lindo, lo dejaba dormir en la cocina, y de tal modo extremó sus rigores con el tiempo, que el infeliz lo

aguantaba todo sin chistar y acabó acostumbrándose a los golpes. No era todavía muy viejo, pero por efecto de la mala vida, parecía, como antes dije, no estar del todo en sus cabales.

El único resto de sentimientos nobles que aquel hombre atesoraba era el cariño sin límites que le tenía a su hijo. Me habían dicho que el muchacho se parecía tanto a su madre, como una gota de agua a otra. ¿Sería quizá el recuerdo de la primera mujer, que para él había sido tan buena, lo que en el corazón de aquel viejo degenerado infundía ese cariño inmenso a su hijo? El viejo no hablaba de otra cosa más que de aquel hijo. Todas las semanas iba dos veces a verlo. No se atrevía a visitarlo con más frecuencia, porque el hijo mismo no podía aguantar aquellas visitas paternas. Tal desprecio hacia su padre era, sin duda alguna, el mayor defecto del estudiante. Aunque también es cierto que a veces resultaba el viejo sumamente antipático. En primer lugar, era terriblemente curioso y, además, no dejaba trabajar al hijo con su verborrea huera y con sus continuas y absurdas preguntas, y, por último, no siempre se presentaba sereno del todo. Con el tiempo logró el hijo, sin embargo, curarle de sus malas costumbres, de su curiosidad y verborrea, y, finalmente, acabó el padre obedeciéndole como a un dios, no atreviéndose ya ni a abrir la boca sin su permiso.

El pobre viejo no tenía palabras bastantes para ponderar y poner por las nubes a su Pétinka. Cuando iba a verlo, parecía siempre decaído, agobiado, preocupado y hasta afligido..., probablemente por ignorar cómo el hijo lo acogería. Por lo general, tardaba mucho rato en decidirse a entrar, y cuando desde la puerta me divisaba a mí, se daba prisa en acercárseme y se estaba media hora por lo menos preguntándome cómo iba Pétinka, qué estaba haciendo, si estaba bien de salud y en qué estado de humor se hallaba y si no trabajaba a la sazón en algo importante. ¿Estará escribiendo o estudiando alguna obra filosófica? Y luego que yo lo tranquilizaba suficientemente y lo animaba, resolvíase, finalmente, a abrir muy despacito y con mucho tiento la puerta del cuarto de su Pétinka, asomando por ella la cabeza; cuando veía que el hijo estaba de buen temple o respondía a su saludo con un gesto, entonces penetraba ya resueltamente en la habitación, se quitaba la capa y el sombrero

—este último lo tenía siempre abollado y lleno de agujeros, cuando no con un

ala partida— y los colgaba de un clavo. Todo esto lo hacía con el mayor cuidado y sin armar ruido. Luego se sentaba también con mucho cuidadito en una silla y ya no apartaba los ojos de su hijo, siguiendo todos sus movimientos y todas sus miradas, a fin de adivinar cuál fuese su estado de espíritu. Si comprendía que su hijo estaba aquel día de mal humor, se levantaba en seguida del asiento y decía que había ido «sólo por verte un

momentito, Pétinka. He tenido que hacer un gran trayecto y, ya ves, dio la casualidad que tenía que pasar por aquí, y dije: Voy un momentito, sólo por verlo, por descansar un poco. Ahora ya me voy, Pétinka».

Y sin añadir nada más cogía con mucho cuidadito su vieja y tenue capa y su abollado sombrero, cerraba tras de sí con mucho tiento la puerta y se iba, esforzándose aún por sonreír y contener en el pecho la pena, a fin de que no la notase su hijo.

Pero cuando Pétinka lo acogía afectuosamente, entonces el pobre viejo no cabía en sí de gozo. Su rostro, sus gestos, sus manos..., dejaban traslucir su contento. Y si el hijo se dignaba ponerse de conversación con él, levantábase el viejo un poquitín de la silla y contestaba en un tono humilde y quedo, casi respetuoso, esforzándose siempre por elegir las expresiones más distinguidas, que, como es natural, en aquel caso resultaban cómicas. Añádase a esto que no sabía hablar de un modo categórico; a cada dos palabras empezaba a embrollarse, se confundía y no sabía ya qué hacer con las manos ni qué hacer de sí mismo..., terminando por farfullar las contestaciones, repitiéndolas por lo bajo, como para rectificarlas. Pero cuando por casualidad lograba contestar a derechas, poníase la mar de hueco, se alisaba la chaqueta, se arreglaba la corbata, se quitaba el polvo de las solapas, y su semblante asumía la expresión de una cierta cordura. Pero a veces sentíase tan animado, que casi se volvía atrevido; se

levantaba de la silla, dirigíase a la tabla de los libros, cogía uno y se ponía a leer, sin fijarse en el libro que fuese. Y todo esto lo hacía con una cara como para expresar el mayor aplomo y sangre fría, cual si de siempre estuviera autorizado a revolver los libros del hijo, según su antojo, y su afectuosidad fuese cosa corriente. Pero en cierta ocasión pude yo ver muy bien cómo el viejo hubo de asustarse, al rogarle el hijo que no le anduviese en los libros; se le fue completamente la cabeza, se apresuró a reparar su yerro, quiso colocar el libro que cogiera entre otros, pero se le escurrió y cayó al suelo de plano; tornó a levantarlo rápidamente, volvió a querer encajarlo acá y allá, y a colocarlo en falso y a dejarlo caer de nuevo, de canto esta vez; sonrió con sonrisa forzada, púsose muy colorado y acabó por no atinar con el modo de subsanar su entuerto.

Poco a poco fue consiguiendo el hijo, con sus admoniciones y afectuosas reprimendas, apartar al padre de sus malas costumbres, y cuando el viejo se le presentaba tres veces seguidas sereno, le daba a la cuarta veinticinco o cincuenta copeicas, si no más. A veces le compraba calzado, una chaqueta o alguna corbata, y cuando el viejo se presentaba después con ellas puestas, venía orondo como un gallo. A veces también venía a vernos a nosotras y nos traía a Sascha y a mí tortas de especias o manzanas, y nos hablaba con mucha naturalidad de su Pétinka. Nos rogaba que estuviésemos atentas y serias durante las lecciones, y respetásemos a nuestro profesor, pues Pétinka era un buen hijo, el mejor de los

hijos, y, además, un hijo muy ilustrado. Al decir esto nos guiñaba cómicamente el ojo izquierdo y se daba tal importancia, que nosotras, por lo general, no podíamos contenernos y soltábamos el trapo a reír. A mamá le era muy simpático el viejecillo. A Anna Fiodórovna le tenía él

odio, aunque delante de ella se mostraba «más humilde que la hierba y más tranquilo que el agua».

No tardé yo en dejar de asistir a las lecciones. Pokrovskii me seguía considerando una chiquilla, como una chiquilla mal educada, lo mismo que Sascha. Eso me ofendía mucho, pues era la verdad que yo había hecho todo lo posible por rectificar mi conducta anterior. Pero inútilmente; él no sabía apreciar. Y eso era lo que más me hería el amor propio y me irritaba. Apenas si le dirigía la palabra fuera de las horas de clase...; era que no le podía hablar. Me ponía muy encarnada y luego me iba a llorar a escondidas a un rincón..., enojada conmigo misma.

No sé adónde me hubiera conducido este estado de cosas de no haber venido un incidente casual a acercarnos el uno al otro. Ocurrió lo siguiente:

Una tarde, estando mamá sentada junto a Anna Fiodórovna, me deslicé yo a hurtadillas en el cuarto de Pokrovskii. Sabía que él no estaba en casa, pero no podría, sin embargo, explicar claramente cómo pudo ocurrírseme el introducirme de aquel modo en el cuarto de un hombre. Era la primera vez que lo

hacía, aunque ya lleváramos más de un año viviendo pared por medio. El corazón me palpitaba tan fuerte, cual si se me fuera a saltar. Poseída de rara curiosidad, púseme a dar vueltas por la habitación; no podía ser más sencilla, amueblada incluso con pobreza, y no digamos nada del desorden que en ella reinaba. En la mesa y sobre las sillas había papeles y hojas escritas. ¡Por todas partes libros y papeles! De pronto hubo de ocurrírseme una extraña idea: la de que mi amistad y hasta mi amor no podían significar nada para él. Era él tan culto y yo tan ignorante... ¡Con decir que no sabía nada, ni leía nada, ni tenía un solo libro!... ¡Con qué envidia contemplaba yo aquella tabla tan larga, atestada de libros hasta el punto de que parecía ir a desplomarse bajo tanto peso! ¡Sentí rabia, y pena, y nostalgia, y cólera!... Me entraron unas ganas enormes de leerme todos aquellos libros, sus libros, de leérmelos todos desde el primero hasta el último, y todo lo aprisa posible. No sé; quizá pensase yo que, luego que me hubiera leído todo aquello y supiese tanto como él, podría granjearme su amistad mucho mejor que ahora, que nada sabía. Lo cierto es que me encaminé muy resuelta a la tabla referida y, sin vacilar, ni siquiera reflexionar en lo que hacía, cogí el primer libro que se me vino a las manos..., por cierto un libraco muy viejo y lleno de polvo..., y temblando de puro asustada y nerviosa, me lo llevé a mi cuarto para leerlo a la noche, luego que mamá se durmiese, a la luz de la lamparilla.

Pero cuál no fue mi decepción cuando encontrándome ya felizmente en mi cuarto abrí aquel libro hurtado y pude ver que se trataba de un mamotreto viejísimo, amarillento y roído por la polilla, y... escrito en latín. No me paré mucho rato a pensarlo y volví a penetrar resueltamente en su habitación. Pero cuando me disponía precisamente a poner de nuevo el libraco en su sitio, he

aquí que oigo abrirse y cerrarse la mampara del corredor y después un rumor de pisadas; ¡alguien había entrado! Quise despachar pronto, pero el mamotreto aquél había estado tan encajado entre los demás que, al sacarlo yo de allí, disminuida la presión, habían vuelto a apelmazarse los otros, de suerte que ya no dejaban espacio para su antiguo compañero de penas y fatigas. A mí me faltaban fuerzas para embutirlo entre ellos. El rumor de pisadas sonaba cada vez más cerca; yo ponía todo mi empeño en colocar allí el libro, cuando la mohosa alcayata que sostenía uno de los extremos de la tabla, y parecía haber esperado sólo ese momento para hacerlo..., se quebró. La tabla vino abajo con un crujido, dando con un extremo en el suelo y dejando caer estruendosamente los volúmenes. En este crítico momento se abrió la puerta y Pokrovskii entró en el cuarto.

Debo advertir previamente que él no podía tolerar que nadie le anduviese en sus cosas. ¡Ay de aquel que se atreviese a tocarle sus libros! ¡Podéis imaginaros, pues, cuál no sería su indignación al ver rodando por el suelo todos sus libros, grandes y

pequeños, encuadernados y en rústica, que, confundidos unos con otros, fueron a parar debajo de la mesa y de las sillas y a chocar contra la pared, donde quedaron muchos de ellos formando un montón! Yo quise echar a correr, pero ya era demasiado tarde. «¡Se acabó —me dije—; se acabó para siempre! ¡Estoy perdida! ¡Soy torpe como una chica de diez años, soy una idiota! ¡Soy pueril y estúpida!».

Pokrovskii se encolerizó de un modo indecible.

—¡Sólo esto faltaba! —exclamó iracundo—. ¿No le da a usted vergüenza, señorita? ¿No tendrá usted nunca juicio y no olvidará las puerilidades del colegio?

A todo esto, se había puesto a recoger los libros. Yo también me incliné para ayudarle, pero él me lo prohibió en tono huraño:

—¡No hace falta, no hace falta, déjelo! ¡Mejor haría usted no metiéndose donde no la llaman!

Mi silenciosa intención de ayudarle, que delataba acaso la conciencia de mi culpa, pareció, no obstante, amansarlo un poco, pues siguió hablándome en un tono más suave, admonitorio, en el mismo tono en que poco antes me hablara como profesor.

—¿Cuándo renunciará usted finalmente a sus aturdimientos; cuándo, por fin, se volverá juiciosa? ¡Debe usted darse cuenta de que ya no es ninguna niña, no, señor...; ya ha cumplido usted quince!

Y he aquí que, de pronto, como para cerciorarse de que yo no era la ninguna chiquilla, me miró de frente y se puso encarnado hasta las orejas. No comprendí yo por qué se ponía colorado; estaba ante él y lo contemplaba

atónita, con los ojos de par en par. Él no sabía lo que hacía; dio, confuso, dos pasos hacia mí, confundiéndose más aún, y murmuró algo en voz baja, como disculpándose..., quizá por no haber notado hasta entonces que yo era ya una mujercita. Finalmente, lo comprendí. No sé entonces lo que por mí pasó; fijé en seguida la vista en el suelo avergonzada; me puse todavía más encarnada que Pokrovskii, me cubrí la cara con las manos y salí corriendo de la habitación.

No sabía lo que me pasaba; adónde ir a ocultar mi vergüenza. ¡Pensar que él me había sorprendido en su cuarto! Durante tres días no tuve valor para mirarlo a la cara. Me ruborizaba hasta el punto de saltárseme las lágrimas. Cruzaban por mi cabeza los pensamientos más horribles y grotescos. Uno de los más enrevesados era que yo debía ir a buscarlo, explicárselo, confesárselo y contárselo todo con absoluta franqueza para asegurarle después que no había procedido cual chicuela aturdida, sino animada del mejor propósito. Casi estaba decidida a hacerlo así, pero por suerte me faltó luego el valor y no me atreví a realizar mi plan. ¡La que se hubiera armado de otro modo! Hoy mismo me avergüenzo solamente de pensarlo.

Días después cayó mamá enferma..., de pronto y muy gravemente. A la tercera noche aumentó la fiebre y empezó a delirar con gran violencia. Yo llevaba ya una noche sin dormir y estaba sentada junto a su cama para darle de beber y administrarle, a las horas indicadas, los medicamentos que el doctor prescribiera. A la noche siguiente me faltaron las fuerzas y me sentí de todo punto agotada. De cuando en cuando se me cerraban los ojos, veía danzar ante mí unos puntitos verdes, me daba vueltas la cabeza y a cada instante parecía ir a perder el conocimiento, pero entonces me volvía a despertar un leve quejido de la enferma; me incorporaba y me volvía a despabilarse por otro ratito, para volver a adormilarme de nuevo, rendida de cansancio. Me asaltaban entonces pesadillas. No puedo recordar ahora exactamente cuáles eran, pero sí recuerdo que eran unas pesadillas espantosas, que durante mi lucha con la fatiga, cada vez mayor, me atormentaban con turbias visiones. Me despertaba llena de sobresalto. La habitación estaba a oscuras; se había apagado la lamparilla. No tardaba en reanimarse la luna, y claro resplandor iluminaba el aposento, hasta que de nuevo volvía a quedar reducida aquélla a una llamita azulosa que proyectaba en las paredes sombras temblequeantes, para momentos después dejarlo todo sumido en casi completas tinieblas. Una de las veces me entró un susto muy grande y un raro temor se apoderó de mí; mis sensaciones y mi fantasía se hallaban aún bajo la impresión de la horrible pesadilla que había tenido y el miedo me oprimía el corazón. Me levanté tambaleándome de la silla y lancé un leve grito, movida

por el torturante impulso de un miedo indefinido. En el mismo instante se abrió la puerta y Pokrovskii entró en la habitación.

Sólo recuerdo ahora que me desperté en sus brazos en mi desvanecimiento. Él me acomodó tutelarmente en una silla, dióme de beber y me hizo, con aire preocupado, unas preguntas que yo no comprendí. No recuerdo qué le contestaría.

—¡Está usted enferma, señorita; muy enferma! —decía en tanto me estrechaba la mano—. Tiene usted fiebre, está usted jugando con su salud al cuidarse tan poco. Serénese usted, acuéstese y duerma. Yo la despertaré de aquí a dos horas, no tenga usted cuidado... Acuéstese y duerma tranquila —ordenóme sin darme tiempo a objetar nada.

El agotamiento había dado cuenta de mis energías. Los ojos se me cerraban de puro débil. Así que me acosté, formando el firmísimo propósito de no dormir sino media horita, pero luego estuve durmiendo hasta ser de día. Pokrovskii me despertó justamente a la hora de darle a mamá la medicina.

Al día siguiente, cuando después de un ligero descanso me disponía yo a velar a mi madre, resuelta aquella vez a no dormirme, y a eso de las once llamaron a la puerta, abrí..., y era Pokrovskii.

—Se va a aburrir usted mucho velando usted sola, pensé —me dijo—; así que le traigo este libro para que se distraiga un poco.

Tomé el libro..., he olvidado ya qué libro fuese...; pero en toda la noche llegué a dormirme, y eso que apenas si le eché un vistazo. Era una rara excitación íntima la que no me dejaba punto de reposo; no podía dormir, ni podía tampoco estar mucho rato quieta en la silla..., y a cada paso me estaba levantando para dar unas vueltas por la habitación. Un extraño alborozo interior conmovía todo mi ser. ¡Estaba tan contenta con la fineza de Pokrovskii! Ufana me sentía de aquella atención suya, se aquellos desvelos que por mí se tomaba. En toda la noche no hice más que pensar en eso y soñar despierta. Él no volvió a presentarse y yo sabía muy bien que aquella noche no volvería, pero me esforzaba por imaginarme nuestra próxima entrevista.

A la noche siguiente, cuando ya todos estaban acostados, abrió Pokrovskii la puerta de su habitación y se puso a hablar conmigo, sin moverse del quicio de su puerta. No recuerdo ya nada de cuanto entonces me dijera él a mí y yo a él; sólo recuerdo que yo estaba muy turbada y confusa, y enojada por esa razón conmigo misma, y que aguardaba impaciente el término de nuestro palique, no obstante tener puestos en él todos los sentidos y no haber pensado en otra cosa todo aquel día, llegando incluso a urdir preguntas y respuestas en mi imaginación...

Con aquel coloquio dio principio nuestra amistad. Todo el tiempo que mamá estuvo enferma pasábamos todas las

noches alguna hora juntos. Poco a poco fui venciendo yo mi timidez, aunque después de cada palique tenía más

motivos para estar más descontenta de mí misma. Esto aparte, llenábame de íntima alegría y secreto orgullo ver que él abandonaba por mí sus horribles libracos. Una vez hubo de recaer la conversación sobre el episodio de la caída de la tabla, y hablamos de ello, naturalmente, en broma. Fue aquél un raro instante; creo que me expresé con absoluta franqueza e ingenuidad. Arrebatóme una inspiración extraña y se lo confesé todo...: le confesé que yo quería estudiar para saber y cuánto me molestaba que me tuviesen por una chiquilla... Como digo, me encontraba yo en aquel momento en una disposición de ánimo especial; se me había puesto tierno el corazón y a mis ojos asomaban lágrimas...; yo no le ocultaba cosa alguna, sino que se lo contaba todo, todo; le hablaba del cariño que me inspiraba, de mi ansia de amarle, de estar muy cerca de su corazón, de consolarlo, de animarlo...

Él me miraba de un modo singular, parecía turbado y sorprendido al mismo tiempo y no decía palabra. Aquello me lastimó de pronto y me puse triste. Pensé que él no me entendía y acaso se estaba riendo a mi costa para sus adentros. Y de pronto se me saltaron las lágrimas y rompí a llorar como una criatura; me era imposible contenerme, estaba como dominada por el vértigo. Entonces él me cogió las manos, me las besó, me las estrechó contra su pecho y se puso a hablarme con mucho

mimo y a consolarme. Le debían haber llegado a lo hondo mis palabras, pues daba muestras de gran emoción. No recuerdo ya lo que me dijera, sino que yo lloraba y reía al mismo tiempo y me ponía colorada y volvía a llorar de puro contenta y no podía articular palabra. Pero no se me pasó por alto que Pokrovskii conservaba todavía cierta turbación y rigidez. Era indudable que le había maravillado no poco mi estallido sentimental, aquel arrebató de cariño tan repentino y ardiente. Puede que a lo primero sólo hubiese yo despertado su interés; pero luego acabó por perder toda reserva, y a mi atención, correspondía con sentimientos no menos sinceros y veraces, y se me mostraba tan atento y cariñoso como un verdadero amigo, cual si fuese mi hermano. ¡Cómo me caldeaba el corazón y qué bien me hacía su afecto!... Yo no le ocultaba nada ni me valía de disimulo con él; me mostraba a sus ojos tal y como era, y cada día que pasaba se iba acercando más a mí e iba aumentando nuestro amor...

Verdaderamente, no podría decir de qué hablábamos en aquellas horas torturantes, y al mismo tiempo tan gustosas, de nuestros nocturnos paliques a la trémula luz de la lamparilla, que ardía delante del icono, y casi pegados al lecho de mi pobre madre enferma... Hablábamos de todo lo que se nos ocurría, de todo aquello que llenaba nuestros corazones..., y éramos casi felices... ¡Ah, fue aquél un tiempo triste y al mismo tiempo alegre, las dos cosas juntas! Hoy mismo lo recuerdo yo con tristeza y alegría. Los recuerdos son siempre torturantes, ya

sean alegres o melancólicos. Por lo menos, así me ocurre a mí con los míos...; pero siempre ese tormento va acompañado de cierta dosis de placer. Y cuando nos asalta la melancolía y se nos pone pesado

el corazón, cuando nos sentimos lacerados y tristes, entonces los recuerdos nos sirven de lenitivo y nos vivifican, al modo de ese fresco rocío que, después de un día caluroso, refrigera en la tarde húmeda a las pobres flores agostadas por el ardor del sol y les comunica nueva vida.

Mamá estaba ya mucho mejor...; pero a pesar de ello continué yo velándola por las noches, a la cabecera de su cama.

Pokrovskii me facilitó libros; al principio leía yo con el único objeto de no dormirme; pero luego empezaron a interesarme, y acabé devorándolos con verdadera ansia. Parecíame como si se me abriera un nuevo mundo de cosas hasta allí desconocidas e insospechadas. Nuevos pensamientos, nuevas impresiones desbordábanse en mi alma, y cuanto más excitación, cuanto más trabajo y lucha me costaban aquellas nuevas impresiones para acogerlas en mi alma, tanto más caras se me hacían y tanto más alborozadamente conmovían todo mi ser. De un golpe penetraban en mi corazón y ahuyentaban de él todo sosiego. Era un caso extraño el que empezaba a agitar mi corazón. Pero, a pesar de todo, aquella dominación ejercida sobre mi espíritu no podía aniquilarme. Era yo demasiado idealista y soñadora, y aquello me salvaba.

Luego que mi madre hubo vencido del todo su enfermedad, cesaron nuestras entrevistas nocturnas y nuestros largos paliques. Sólo de cuando en cuando encontrábamos ya ocasión de cambiar un par de palabras insignificantes e indiferentes; pero yo me consolaba pensando que a cada una de aquellas palabras insulsas les prestaba yo un significado especial, dándole a entender a él algo secreto. Sentía mi vida plena de contenido: era feliz, plácida y tranquilamente feliz. Y así transcurrieron unas cuantas semanas.

Luego, un día entró de pronto en nuestro cuarto, como casualmente, el viejo Pokrovskii. Se puso a hablar por los codos de todo lo imaginable, dando muestras de estar muy contento, y hasta se propasó a darnos bromas y hacer chistes —chistes a su modo, claro—, hasta que, por último, salió con la enorme novedad que venía a ser la clave de su buen humor, diciéndonos que de allí a una semana era el cumpleaños de Pétinka y que todos los años, sin falta, iba en tal día a visitar a su hijo. Con ese motivo se pondría su traje nuevo, y su mujer —añadió— le había prometido comprarle unas botas nuevas. En resumen: que el viejo estaba la mar de contento y no se cansaba de hablar.

¡Conque su cumpleaños! Esa idea me tuvo sin sosiego día y noche. Al punto resolví hacerle algún regalo a Pétinka ese día para testimoniarle así mi cariño. Pero ¿qué regalarle? Por último, se me ocurrió una buena idea; le regalaría libros. Sabía yo que él estaba lampando por la última edición de las Obras

completas de Puschkin, y decidí comprárselas. Era yo dueña de unos treinta rublos, que había ganado con mi labor de costura. Tenía destinada esa cantidad para un traje nuevo que me pensaba hacer. Pero al punto envié a

nuestra cocinera, la vieja Matriona, a la librería más cercana para que se enterase del precio de la nueva edición de las obras de Puschkin. ¡Oh desdicha! Los once tomos, encuadernados, costaban sesenta rublos. ¿De dónde sacar ese dinero? Por más vueltas que le daba en mi imaginación al problema, no le encontraba solución. No quería pedirle dinero a mamá. Seguro que se habría apresurado a dármelo: pero me habría preguntado para qué lo necesitaba, y todos se habrían enterado de que quería hacerle un regalo a Pétinka. Y, además, no se habría estimado entonces aquello ningún regalo, sino una compensación por los desvelos que todo el año se tomaba por mí. Mientras que yo quería regalarle los libros yo sola, sin que nadie se enterase. Por los desvelos que por mi educación se tomaba le guardaría eterna gratitud, sin ofrecerle por ellos otro regalo que mi cariño. Por último, logré encontrar una solución.

Sabía yo que en las tiendas de antigüedades, en el Gostinyi Dvor, podían adquirirse los libros más recientes a mitad de precio si se daba uno maña para regatear. Con frecuencia se encontraban allí libros muy poco usados, y a veces completamente nuevos. Opté por ese partido, y me propuse dirigirme a Gostinyi Dvor la primera vez que saliera a la calle.

Esta ocasión se me presentó al siguiente día; necesitaba mamá no sé qué cosa que había de ir a comprar a la tienda, y en el mismo caso se encontraba también Anna Fiodórovna; pero ésta, por fortuna para mí, no se sentía con ganas de salir. De suerte que me encargaron a mí de ir a hacer las compras en compañía de Matriona.

No tardé en encontrar la codiciada edición, y en una encuadernación muy primorosa y bien conservada. Pregunté su precio. Al principio me pidió el librero más de lo que costaba en una librería de nuevo; pero poco a poco le fui haciendo que me rebajara —por cierto con bastante trabajo—, hasta que, después de alejarme yo varias veces de su tienda y hacer como que me iba a dirigir a otra, fijó su último precio en treinta y cinco rublos. ¡Qué gusto me daba a mí regatear! La pobre Matriona no podía comprender lo que por mí pasaba ni por qué aquel empeño mío de comprar de una vez tantos libros. Pero ¿quién podría descubrir mi rabia? Yo sólo disponía de treinta rublos, y el comerciante no me quería dar los libros más baratos del precio referido. Pero yo le rogué y porfié, y tanto hice por convencerlo, que al fin se ablandó y rebajó un poquitín más del precio, sólo dos rublos y medio, pero jurando y perjurando que ya no rebajaría y que sólo hacía eso por mí, en atención a tratarse de una señorita tan simpática: pero que a ningún otro cliente le habría hecho rebaja semejante. ¡Me faltaban todavía dos rublos y medio! Yo estaba a punto de echarme a llorar de

puro disgustada. Pero en aquel instante acudió en mi salvación algo imprevisto.

No lejos de mí hube de divisar, de pronto, al viejo Pokrovskii, que andaba

por una librería próxima. Rodeábanle cuatro o cinco librereros, y parecían tenerle ya acoquinado con sus vehementes ponderaciones. Todos ellos le ofrecieron libros, los más diversos que se pudiera imaginar. ¡Dios santo, si lo hubiera ido a comprar todos...! El pobre viejo estaba totalmente perplejo e indeciso, sin saber por cuál decidirse de los muchos libros que le ofrecían por todas partes con grandes elogios de sus respectivos méritos. Yo me acerqué a él y le pregunté qué era lo que buscaba. El viejo se alegró mucho al verme, pues me quería mucho, aunque quizá no tanto como a su Pétinka.

—Mire usted, sí, Varvara Aleksiéyevna: estoy comprando unos libritos — contestóme— para Pétinka, ¿sabe? Se acerca ya su cumpleaños, y lo que a él le gusta más en este mundo son los libros; así que me dije: «Voy a comprarle unos libritos...».

Expresábase siempre el viejo de un modo muy raro; pero aquella vez estaba completamente tarumba. Cualquier libro que comprase allí le habría de costar uno y hasta dos o tres rublos. A los volúmenes grandes no se atrevía él a acercarse; limitándose a mirarlos de soslayo con una sonrisita golosa y hojearlos un poquito, muy despacio, con mucha vacilación y

respeto... Los miraba y remiraba por todas partes, les daba vueltas en sus manos, y luego volvía a colocarlos en su sitio.

—No, no; esto es muy caro —decía luego a media voz—; veamos estos otros... —y empezaban a rebuscar entre los rimeros de folletos y opúsculos, entre los libros de canciones y los almanaques viejos, que, naturalmente, eran baratos.

—Pero ¿qué es lo que va usted a comprar? —le dije yo—. Estos folletos no valen nada.

—¡Ah, no —me objetó él—; pero fíjese usted qué libros tan bonitos hay aquí!

Profirió estas últimas palabras con tanta vehemencia y melancolía en la voz, que yo temí no fuera a echarme a llorar... por el dolor de que los buenos libros fuesen tan caros..., y por sus pálidas mejillas resbalase hasta su roja nariz alguna lagrimilla...

Me apresuré a preguntarle cuánto dinero llevaba.

—Aquí está todo —y así diciendo, sacó el pobre todo su capital, que llevaba envuelto en un trozo de periódico todo sucio—; mire usted: medio rublito, una moneda de veinte copeicas, alguna calderilla, unas veinte copeicas...

Yo me lo llevé en seguida al puesto de mi librero.

—Mire usted: aquí hay once tomos que cuestan todos juntos treinta y dos

rublos y cincuenta copeicas. Yo tengo treinta rublos; deme usted los dos y medio que posee, ¡y compramos todos esos once tomos y se los regalamos entre los dos!

El viejo parecía ir a volverse loco de alegría; se sacó con sus trémulas manos de los bolsillos todo su dinero, y dispúsose a cargar después con nuestra improvisada biblioteca. El pobre viejo se fue guardando volúmenes en todos su bolsillos, se encaminó luego a su casa, dándome antes su palabra formal de llevárselos el día siguiente a la nuestra sin que nadie lo viese.

En efecto: al otro día presentóse en casa con objeto de visitar a su hijo. Estuvo sentado en su cuarto, como de costumbre, una hora corta; pasó luego a vernos a nosotras, y me puso a mí una cara indeciblemente cómica y misteriosa. Sonriendo y frotándose las manos, orgulloso en su interior de poseer un secreto, comunicóme, con el mayor sigilo, que ya estaban los libros en casa, sin que nadie los hubiese visto, y que los tenía ocultos en la cocina, donde podrían estar escondidos, bajo la protección de Matriona, hasta el día del cumpleaños de Pétinka.

Luego, como es natural, recayó la conversación sobre la solemne fiesta que se aproximaba. El viejo se puso a hablar de ella con mucho entusiasmo, explicando cómo se debía efectuar, según él, la entrega del regalo, y cuanto más profundizaba en este tema y más ambiguamente lo hacía, tanto más claramente advertía yo que el pobre tenía algo que decirme que no quería o no sabía expresar, que acaso tal vez no se atrevía tampoco a manifestarme. Yo callaba y aguardaba. Su misteriosa alegría y

su grotesca satisfacción, que a lo primero se traslucían en sus gestos, en tosa su mímica facial, en sus sonrisitas y en ciertos guiños que hacía con el ojo izquierdo, se iban poco a poco disipando. Saltaba a la vista que era presa de interior desasosiego y que estaba preocupado y triste. Hasta que, por último, no pudo ya contenerse y empezó a decir con voz titubeante:

—Mire usted, Varvara Aleksiéyevna... ¿Sabe usted, Varvara Aleksiéyevna...? —el pobre viejo estaba todo alterado—. Sí, verá usted: cuando sea el día de su cumpleaños, coge usted diez libros y se los regala,

¿sabe? Luego cogeré yo el último tomo y se lo regalo yo solo, es decir, expresamente de mi parte. Ya ve usted: usted tiene que regalarle algo, y yo también tengo que hacerle algún regalo: pues de ese modo los dos habremos cumplido con él...

Aquí se estancó el viejo, y no sabía cómo continuar. Yo alcé la vista de mi labor; él estaba muy sentadito, y aguardaba, sin duda, temblando lo que yo fuera a decir...

—Pero ¿por qué no quiere usted que se los regalemos los dos juntos, Zajar Petróvich? —le pregunté.

—Sí, Varvara Aleksiéyevna: lo haremos así, como usted dice... Sólo que yo decía...

En una palabra: que el viejo no atinaba a expresarse, por lo cual calló y no prosiguió por el momento.

—Vea usted —añadió tras breve pausa—: Es que yo quería decirle que yo tengo mis defectillos, es decir, que a veces no me comporto del todo bien..., o sea, bueno, le confieso a usted que a veces incurro en tonterías, Varvara Aleksiéyevna..., A veces resulta que hace demasiado frío en la calle, o que tiene unas contrariedades que quiere olvidar, o que le ha sucedido algo desagradable y no quiere pensar en ello... Bueno; pues va uno y empuja la puerta de la taberna y entra y se bebe un vasito de más... A Pétruschka esto no le hace pizca de gracia. Se enfada conmigo, mi riñe y se pone a explicarme lo que es la moral. Bueno. Pues por todo esto quiero yo hacerle un regalito para demostrarle que empiezo ya a poner en práctica sus lecciones y a corregirme. O sea, dicho de otro modo, que he ahorrado unos cuartejos, los suficientes para comprarle un libro, y que he ahorrado, no ahí cualquier cosa, puesto que yo de por mí no tengo ningún dinero, como no sea el que Pétinka me da de cuando en cuando. Esto le consta a él. De modo que no podrá menos de ver con gusto en lo que gasto yo las perras que él me da; ¡y que todo esto lo hago por él y por nadie más que él!

¡Qué pena me dio oír al viejecito! No me paré a reflexionar.

—¡Mire usted, Zajar Petróvich —le dije—: Regáleselos usted todos!

—¡Cómo todos! ¿Los once tomos?

—Sí, los once.

—¿Yo solo los once?

—Usted solo.

—Pero... ¿cómo si fueran sólo míos? ¿Sin decirle nada de usted?

Creía haberme expresado con suficiente claridad; pero el viejo tardó largo rato en comprenderme.

—¡Ah, ya! —exclamó finalmente, reflexionando—. Eso sería magnífico; pero ¿y usted, Varvara Aleksiéyevna?

—¿Yo? Pues no le regalo nada, sencillamente.

—¡Cómo! —exclamó el viejo casi asustado—. ¿Que no le va a regalar nada a Pétinka? ¿Que no le quiere usted regalar nada?

Segura estar de que en aquel instante estaba el viejecito dispuesto a rechazar mi ofrecimiento, con la sola intención de que yo pudiera regalarle

algo a su hijo. ¡Qué buen corazón tenía aquel viejecito!

Yo me apresuré a asegurarle que, naturalmente, yo también quería regalarle algo, sólo que me dolía menoscabarle a él su satisfacción.

—Porque si a su hijo de usted le gusta el regalo y se alegra, y usted también está contento —añadí—, yo compartiré su alegría.

De esta suerte logré tranquilizar al viejo. Este permaneció aún dos horas con nosotras; pero ni un solo momento pudo estarse quieto en su silla; se levantaba, iba de un lado para el otro, se ponía a hablar más alto que nunca, loqueaba con Sascha, me besaba a hurtadillas la mano y me hacía visajes por detrás de la silla de Anna Fiodórovna, y así estuvo todo el tiempo, hasta que, finalmente, se fue. Es una palabra: que el pobre viejo no cabía en su pellejo de puro contento y que nunca en toda su vida se había sentido tan alegre.

La mañana del solemne día presentóse en casa a las once en punto, acabadito de oír misa, vistiendo una chaqueta muy decente, aunque recosida; unas botas nuevas, según anunciara, y un abrigo también nuevo. En cada mano traía un paquete de libros... Matriona le había prestado dos servilletas para que lo envolviese. Nosotras estábamos sentadas en aquel momento junto a Anna Fiodórovna tomando el café (era domingo). Creo recordar que el viejo empezó hablándonos de Puschkin, que era un gran poeta; de donde tomó pie para, no sin dificultad, y con su inseguridad y confusión habituales, y haciendo más pausas que nunca, pero no obstante con inusitada fluencia, pasar a otro tema, a saber: que debíamos todos ser buenos, que cuando no lo somos es señal de que cometemos necedades. Las malas inclinaciones han corrompido y degradado siempre a los mortales. Sí; hasta llegó a ponernos algunos ejemplos pavorosos de incontinencia para sacar la conclusión de que él, desde hacía ya algún tiempo, estaba muy corregido de su vicio,

conduciéndose ahora de un modo casi ejemplar. Ya antes había reconocido la razón que tenía su hijo al amonestarlo; pero ahora verdaderamente era cuando había empezado a abstenerse de todo lo malo y a vivir de acuerdo con lo que su razón consideraba bueno. En demostración de lo cual iba a regalarle a su hijo aquellos libros que llevaba y para comprar los cuales durante mucho tiempo había estado ahorrando el dinero preciso.

A mí me costaba trabajo contener las lágrimas y la risa en tanto hablaba el pobre viejo. ¡Qué bien había aprendido a mentir en cuanto lo juzgó necesario! Inmediatamente procedimos a trasladar solemnemente los libros al cuarto de Pokrovskii, donde los colocamos en la tabla destinada al efecto. Pokrovskii adivinaría en seguida la verdad.

Invitamos al viejo a que nos acompañase a la mesa. Aquel día lo era de alborozo para todos en la casa. De sobremesa nos pusimos a jugar a las prendas, y después a las cartas. Sascha hacía de las suyas y se mostraba más

atolondrada que nunca; pero yo no la secundaba en sus puerilidades. Pokrovskii estaba muy atento conmigo y buscaba a cada instante la ocasión de hablarme; pero yo no me dejaba coger. ¡Fue aquel el día más feliz de aquellos cuatro años de mi vida!

A partir de él me asaltan recuerdos tristes y graves, y empieza la historia de mis días nublados. Quizá por esto me parece como si mi pluma empezara a resbalar más reacia, cual si empezase a sentirse cansada y no quisiese llevar más adelante el relato. Por eso he contado con tanta minuciosidad y con tanto amor todos los pormenores de cuanto hubo de acaecerme en aquellos días felices de mi vida. ¡Qué breves fueron aquellos días! En seguida vinieron las penas, penas hondas, a ahuyentarlos, y sólo Dios sabe cuándo mis tristezas podrán ya tener fin.

Mi desdicha empezó con la enfermedad y muerte de Pokrovskii. Habrían transcurrido dos meses desde el día de su cumpleaños, cuando cayó enfermo. En aquellos dos meses habíase desvivido el pobre por buscarse una colocación que pudiese asegurarle la existencia, pues hasta entonces no tenía ninguna. Como todos los tuberculosos, se hacía la ilusión de que iba a vivir mucho, ilusión que no lo abandonó hasta el último instante. Una vez le salió una colocación de profesor no sé dónde; pero él sentía aversión invencible por la enseñanza. Su enfermedad, ya declarada, era un obstáculo para que ingresase en el Ejército. Sin contar con que hubiera tenido que aguardar mucho tiempo hasta cobrar un sueldo. En una palabra: que Pokrovskii sólo encontraba en todas partes el fracaso. Esto, naturalmente, ejerció sobre él una mala influencia. Se consumía. Arruinaba su salud, aunque él no lo advertía. En esto llegó el otoño. Todos los días envolvíase él en su ligera capita para ir a buscar una

colocación..., lo que para él constituía un tormento. Y siempre volvía a casa cansado, famélico, mojado de la lluvia y los pies húmedos, hasta que, finalmente, hizo tales progresos su enfermedad, que tuvo que quedarse en la cama... para no levantarse más... Murió en las postrimerías del otoño, a fines de octubre.

Yo le asistí en su enfermedad. Durante todo el tiempo que ésta duró rara vez abandoné su estancia. Con frecuencia me pasaba la noche en vela. Por lo general, él se amodorraba por efecto de la fiebre y deliraba; luego se ponía a hablar, Dios sabe de qué, y a veces también de la colocación que tenía proyectada, de sus libros, de mí, de su padre..., y así me enteré yo de muchas cosas de su vida que ignoraba y que nunca había sospechado.

En los primeros tiempos de su enfermedad, y de asistirle yo, todos en la casa me miraban de un modo especial, y Anna Fiodórovna movía la cabeza. Pero yo solía mirarlos a todos de frente, y entonces cesaban de criticar el interés que yo por el enfermo me tomaba... Mamá, por lo menos, dejó de

censurarme.

De cuando en cuando Pokrovskii me reconocía; pero estos intervalos de lucidez eran relativamente raros. Casi todo el tiempo se lo pasaba perdido el conocimiento. Con frecuencia estaba hablando mucho, mucho, a veces casi toda la noche, pero con palabras vagas, borrosas, a no se sabía quién, y su

voz ronca sonaba en el cuarto, tan reducido con el mismo eco apagado que en una tumba. Entonces sentía yo miedo. Sobre todo, las últimas noches parecía estar con el estertor; sufría horriblemente, y sus quejidos de dolor desgarraban el alma. Todos en casa estaban conmovidos. Anna Fiodórovna no hacía más que rezar y pedirle a Dios que aliviara su agonía. Llamaron al médico. Y éste dijo que el enfermo no pasaría de la mañana siguiente.

El viejo Pokrovskii se pasaba las noches en el corredor, pegado a la puerta del cuarto de su hijo. Le habíamos acomodado allí una cama, poniendo algunas esterillas como base en el suelo. A cada instante se asomaba al cuarto..., y daba miedo verle. El dolor le llegaba tan a lo hondo, que parecía enteramente enajenado, insensible y estúpido. Le temblaba la cabeza... Temblábale todo el cuerpo y murmuraba mecánicamente palabras misteriosas, hablando consigo mismo. Parecíame que el dolor le había quitado el conocimiento.

Al amanecer quedóse, por fin, dormido el viejo en el corredor. A eso de las ocho empezó la agonía del hijo. Yo desperté a su padre. Pokrovskii estaba a la sazón en todo su juicio, y se despidió de todos nosotros. ¡Qué cosa más rara! Yo no podía llorar; pero creía sentir físicamente cómo el corazón se me deshacía en pedazos.

Pero los más terribles fueron para mí los últimos instantes del enfermo. Él estuvo largo rato rezando, implorando algo que no le entendía, pues ya se le trababa la lengua. El corazón se me

encogió. Una hora entera estuvo lleno del mayor desasosiego, y a cada instante pedía no sé qué cosa, intentando hacer un ademán con su mano ya rígida, para volver luego a pedir, con su voz ronca y apagada, no sé qué..., pues sus palabras eran ya sólo sonidos incoherentes que yo no acertaba a descifrar. Yo le llevaba todo cuanto había en el cuarto a la cama; le daba de beber; pero él no hacía más que mover tristemente la cabeza y mirarme. Hasta que, por fin, adiviné lo que quería; me pedía que levantara los visillos de la ventana y la abriera. Quería ver por última vez la luz del día, la divina lumbre del sol.

Yo levanté los visillos y abrí las maderas; pero estaba amaneciendo un día turbio y triste, cual la pobre vida, que se extinguía, del agonizante. No hacía pizca de sol. Las nubes envolvían el cielo con una espesa niebla, y aquél se mostraba lluvioso, melancólico y sombrío. Una fina llovizna batía quedamente los cristales de la ventana, estrellándose contra ellos en claros y fríos

goterones. El día respiraba lobreguez y turbiedad. Su pálida luz sólo penetraba tenuemente en el cuarto, donde apenas si empalidecía la trémula lamparilla que ardía ante el icono. El moribundo me contempló tristemente, muy tristemente, y movió, como en un estremecimiento cansado, la cabeza. Un minuto después era cadáver.

De su sepelio se encargó Anna Fiodórovna, la cual mandó comprar un féretro muy sencillo y alquilar un coche fúnebre. Pero para resarcirse de los gastos incautóse Anna Fiodórovna de todos los libros y objetos de su propiedad. El viejo se resistía a transferirle la herencia de su hijo, luchó con ella, gritó, alborotó, se llevó los libros, guardándoselos en todos los bolsillos, hasta en el sombrero, en todas partes donde podía, y así, con ellos encima, estuvo andando por allí, sin separarse de ellos, ni siquiera para trasladarse con nosotros a la iglesia. Todos aquellos días asemejó un alienado. Con rara actividad, siempre andaba ocupado en arreglar algo del féretro; ya enderezaba las hojas verdes, ya encendía los cirios, para apagarlos en seguida y volver nuevamente a encenderlos. Advertíase claramente que no podía fijar el pensamiento mucho rato en una cosa.

A la misa de réquiem en la iglesia no asistieron ni mi madre ni Anna Fiodórovna. Mamá estaba aún enferma. Pero Anna Fiodórovna, que ya estaba vestida para salir, hubo de enredarse otra vez en litigio con el viejo Pokrovskii; enojóse, y decidió quedarse en casa. Sólo estábamos en la iglesia el viejo y yo. Durante la misa me acometió de repente una congoja inexpresable..., cual vago presentimiento de lo que me reservaba el Destino. Apenas y podía tenerme en pie.

Cerraron finalmente el ataúd, colocáronlo en el coche y se lo llevaron hacia el cementerio. Yo sólo le acompañé hasta el extremo de la calle. Desde allí continuó el coche al trote. El viejo

siguió el vehículo, llorando alto, y su llanto era temblón y entrecortado, pues se ahogaba al correr. Una vez se le cayó al pobre el sombrero; pero no se detuvo para recogerlo, sino que siguió adelante. Llevaba la cabeza mojada de la lluvia. Levantóse un viento fino y frío y le azotó el rostro. Pero el viejo pareció no advertirlo, y continuó corriendo y llorando tan pronto a uno como a otro lado del coche. Los largos faldones de su raído sobretodo le revolaban, como alas, bajo el embate del viento. Por todos los bolsillos le asomaban libros, y al brazo llevaba un grande y pesado volumen, que convulsivamente estrechaba contra su pecho. Los transeúntes se descubrían y santiguaban. Algunos se quedaban parados y contemplaban al viejo con ojos de asombro. A cada paso se le caía algún libro, que iba a caer en el fango de la calle. Entonces le llamaban, le hacían detenerse y darse cuenta de su pérdida. Él recogía el libro del suelo, y seguía andando tras el coche fúnebre. Poco antes de volver la esquina acercóse una mendiga anciana y se puso a seguir también con él el coche. Finalmente dio aquél la vuelta a la

esquina y desapareció.

Yo me volví a casa. Temblando de dolor, me arrojé en los brazos de mi madre. La estreché fuerte contra mi pecho, la besé y de pronto rompí a llorar. Y yo me apegaba angustiosamente a la única criatura que todavía me quedaba, como mi último

consuelo, cual si la hubiese querido retener para siempre, a fin de que la muerte no pudiera arrebatármela.

Pero la muerte se cernía ya sobre mi pobre madre...

11 de junio.

¡Cuánto le agradezco a usted, Makar Aleksiéyevich, nuestro paseo de ayer por las islas! ¡Qué hermoso estaba aquello, qué maravillosamente verde y cómo trascendía el aire a perfumes!... ¡Hacía tanto tiempo que no veía yo céspedes ni árboles..., todo el tiempo que estuve mala, y pensaba que iba a morirme, pero lo que se dice morirme!... Conque ¡figúrese usted lo que yo tenía que sentir y sentí ayer!

No se enfade usted porque me mostrase triste. Me siento muy bien y muy alegre; pero precisamente en mis mejores instantes está escrito que tenga yo algún motivo de tristeza: así me ocurre siempre. Ni tampoco tiene nada de particular que yo llorase; yo misma no sé por qué tengo siempre que llorar. Soy, lo comprendo, de una excitabilidad morbosa; todas las impresiones que experimento me resultan morbosamente..., morbosamente violentas. El cielo claro y sin nubes, la puesta del sol, el silencio vespertino..., todo eso..., y nada a punto fijo...; en suma; que yo me encontraba ayer en una disposición de espíritu como para que todo hiciera en mí una impresión triste y torturante, hasta el punto de desbordármeme en seguida el corazón y apetececer mi alma las lágrimas. Pero ¿por qué le

escribo a usted todo esto? ¡Si tanto trabajo le cuesta al corazón explicarse estas cosas, qué penoso no le será expresarlas! Pero puede que usted me comprenda.

¡Dolor de alegría! Pero ¡qué bueno es usted, Makar Aleksiéyevich! Ayer me miraba usted a los ojos cual si quisiera leer en ellos lo que yo sentía, y era usted feliz con verme tan contenta. Ya se tratase de un macizo, de una alameda o un arroyuelo..., allí estaba usted siempre ante mí, tan ufano, mirándome siempre a los ojos, cual si todo aquello que usted me mostraba fuese propiedad suya. ¡Todo lo cual demuestra que usted tiene un buen corazón, Makar Aleksiéyevich! Por eso le quiero yo tanto.

Pero tengo que despedirme aquí. Hoy estoy de nuevo malucha; ayer me mojé los pies y he cogido un enfriamiento. Fiodora no está aún buena del todo..., no sé lo que tiene. De modo que estamos malitas las dos. No se olvide usted y venga a vernos con más frecuencia. Su

12 de junio.

V. D.

¡Palomita mía, Varvara Aleksiéyevna! Yo imaginaba, hija mía, que iba usted a describirme en términos poéticos nuestra excursión de ayer, y resulta que sólo me envía una carta de una carilla.

Pero no quiero censurarla, pues si me escribe tan poco, con ello le basta para hacerme la descripción de todo extraordinariamente bien. La Naturaleza, las distintas sensaciones que a la vista del paisaje experimentó..., todo eso, con una sola palabra, ha sabido usted describírmelo breve, pero admirablemente. Yo, en cambio, no tengo ni pizca de talento para describir cosa alguna; aunque garrapatease diez hojas de papel, no llegaría a decir nada ni a hacer una verdadera descripción de lo que fuese.

Me dice usted que yo soy bueno, benigno de condición, lleno de benevolencia para todo el mundo, incapaz de hacerle al prójimo el menor daño y que sé apreciar bien las bondades del divino Creador, que hallan su expresión en la Naturaleza, y me honra usted, además, con otras diversas lisonjas... Todo eso que usted dice es verdad, hija mía, la verdad pura, pues realmente soy como me pinta, y no se me oculta a mí; y me alegro mucho cuando veo que alguien me describe del modo que usted lo

hace; sin querer me pongo alegre y contento...; pero luego, no obstante, se me ocurren pensamientos graves de toda índole. Pero escúcheme usted, nena, que quiero contarle algo de todo eso.

Empezaré remontándome a la época en que yo sólo contaba diecisiete primaveras, que fue cuando ingresé en la burocracia oficial; pronto se cumplirán treinta años de mi actuación como funcionario. En todo ese tiempo ha de saber que he gastado muchos trajes de uniforme, me he vuelto un hombre más sesudo y cauto, he visto y tratado gente, he vivido..., sí, ¿por qué no decirlo?... he vivido yo también y adquirido experiencia..., y hasta una vez quisieron proponerme para una condecoración: pensaron concederme una cruz en premio a mis servicios. Esto último quizá se resista a creerlo; pero es la pura verdad; no le miento, hija mía. Pero ¿a qué viene todo esto? Pues verá usted. Es el caso que en este mundo hay de todo: personas buenas y personas malas.

Pero tenga usted en cuenta lo que voy a decirle, hija mía: yo soy un hombre inculto, hasta estúpido, si usted quiere; pero, en cambio, tengo un corazón enteramente igual al de los demás hombres. Así que ¿sabe usted, Várinka, lo que me han hecho sufrir los malos prójimos en la oficina? Vergüenza me da decirlo. Usted preguntará que por qué era eso. Pues

precisamente porque yo soy una criatura que se calla, un hombre modesto, porque yo soy un buen chico. Yo no les resultaba de su gusto, y así, siempre me echaban a mí la culpa de todo. Al principio, cuando hacía alguien algo que no estaba bien, es seguida salían diciendo:

—¡Ah, sí! ¡Usted habrá sido, Makar Aleksiéyevich!... Con el tiempo esa frasecita se convirtió en esta otra:

—¡Ah, naturalmente que habrá sido Makar Aleksiéyevich! ¿Quién otro habría de ser?

Hasta que, finalmente, ya no decían más que:

—¡Desde luego que ha sido Makar Aleksiéyevich! ¿Para que molestarse en preguntar?

Ya ve usted, hija mía, en lo que paró la historia. De todo cuanto malo pasaba tenía la culpa Makar Aleksiéyevich. Habían llegado al extremo de convertir el nombre de «Makar Aleksiéyevich» no sólo en sinónimo de todo lo malo para todo el ministerio, sino que, no contentos todavía con haber hecho de mi nombre una palabra maldita, una censura digna de anatema, cuando no una frase de desprecio..., aún tenían siempre algo que decir de mis botas, de mi traje, de mi pelo y de mis orejas; en una palabra: de todo lo mío; todo lo mío les parecía mal, lo encontraban de distinto modo a como debía ser. ¡Y esta canción todos los días, durante una infinidad de años! Yo he acabado por acostumbrarme a eso, porque soy un hombre de paz, porque soy un hombrecillo. Pero, al fin y al

cabo, tiene uno que preguntarse: «¿Qué he hecho yo para merecer ese trato? ¿A quién le hice nunca mal? ¿Le he quitado a alguno su puesto en el escalafón? ¿O le he ido al jefe con chismorreos a cuenta de algún compañero, con la mira de granjearme alguna recompensa con el soplo? ¿O he urdido alguna conjura contra alguien?». ¡Pecaría usted, hija mía, si imaginase algo ni remotamente parecido a nada de eso! ¿Soy yo, acaso, hombre capaz de cometer actos semejantes? Míreme usted con atención, hija mía, y dígame luego usted misma si me cree capaz de urdir enredos ni conjuras. Pero, entonces, ¿por qué ha caído sobre mí esa plaga? ¡Señor, perdónalos! Usted, Várinka, me tiene por un hombre de bien; pero ¡es que usted misma es incomparablemente mejor que todas las demás criaturas, Várinka!

¿Cuál es la gran virtud cívica? Respecto a esta pregunta, expresábase hará dos días no más Yevstafii Ivánovich, en conversación particular, en los siguientes términos. Decía: «La mayor virtud cívica es... la de procurarse dinero». Hablaba, naturalmente, en broma (me consta que lo decía por chanza); pero la moraleja de la frase (lo que propiamente quería él decir) era que no debe uno serle gravoso a nadie. Pero ¡yo a nadie se lo he sido! Yo me

he ganado siempre mi pedazo de pan. Se trata sólo de un pedazo de pan, de pan a veces duro y seco, pero que es mi pan, adquirido honrada y legalmente con mi trabajo.

Pero, después de todo, ¡qué hemos de hacerle! No se me oculta que no hago nada de extraordinariamente grande cuando me siento a mi mesa en la oficina y me pongo a copiar minutas. Y, sin embargo, estoy ufano de ello: trabajo, hago algo útil, y lo hago mediante la labor de mis manos. Y, además,

¿es que hay algo de malo en el hecho de que yo no haga más que copiar? ¿Se trata, por ventura, de algún pecado? ¡Bah! ¡No es más que un amanuense! Pero vamos a ver: ¿qué tiene eso de deshonroso? Mi letra es perfectamente clara, legible, hasta el punto que me parece de imprenta, y da gusto ver toda una carilla escrita por mí y... Su excelencia, el ministro, está muy contento conmigo. Siempre soy yo quien quiere que le copie los documentos que se le han de llevar a la firma. Sí, todo esto está muy bien; pero ¡no tengo estilo! ¡De sobra sé yo que no lo tengo, que carezco del ponderado estilo! No domino los giros del discurso. También eso lo sé, y ésa es la razón de que haya prosperado tan poco en el servicio... A usted misma, hija mía, le escribo yo ahora a la buena de Dios, tal y como me sale, sin arte ni primores, como el corazón me lo dicta... Todo esto lo sé muy bien yo; pero, después de todo, si todo el mundo escribiese de un modo original, ¿quién diantre... copiaría?

Ese es el problema. Ya lo ve usted. Y ¿qué me contesta usted a esto, palomita mía? Así que yo sé muy bien que soy necesario, mejor dicho, imprescindible, y que sería insensato enojarse por murmuraciones ociosas. Yo me comparo con un ratoncillo, si usted cree que tengo con él alguna semejanza. Pero este

ratoncillo es necesario, sin este ratoncillo no se puede salir adelante, este ratoncillo es un elemento con el cual se ha de contar, y a este ratoncillo, por último, le han prometido incluso una gratificación... ¡Ya ve usted qué idiota soy!

Pero ya he hablado de sobra acerca de eso. No quería decirle a usted nada; pero ahora ya... se presentó ocasión de ello, y, además, sus palabras me punzaron. ¡Gusta mucho siempre ver que le hacen a uno algo de justicia!

¡Adiós, hijita, consuelito mío! Ya iré, seguramente que iré a visitarla, lucerito, para ver cómo les va a ustedes y qué hacen. No se aburra demasiado hasta entonces. Yo le llevaré un libro. ¡Que se conserve buena, Várinka!

¡De todo corazón le desea toda clase de dichas su

20 de junio.

Makar Dievuschkin!

¡Mi muy estimado Makar Aleksiéyevich! Le escribo a la carrera, pues dispongo de muy poco tiempo..., tengo que terminar un trabajo para una fecha fija.

Voy a decirle, sin ambages, de qué se trata: se ha presentado una buena ocasión de compra. Dice Fiodora que un conocido suyo tiene un uniforme casi nuevo, pantalones, casaca y gorra, de que quería deshacerse, y, según ella dice, a muy bajo precio. ¡Si usted quisiera comprárselo...! Usted tiene ahora dinero y no pasa apuros..., usted mismo me ha dicho que tiene ahora dinero de más. Así que se usted razonable y adquiera esas prendas.

Le están haciendo mucha falta. ¡No tiene usted más que mirarse al espejo y verá qué viejo está ese traje que lleva puesto! ¡Da, verdaderamente, grima! Está todo lleno de manchas. Y a mí me consta que no tiene ningún traje nuevo, por más que usted asegure que lo tiene. Dios sabe lo que habrá hecho con él. Así que hágame caso y cómprese esas prendas, ¡se lo ruego! ¡Hágalo por mí, si es que algo me quiere!

Usted me ha regalado ropa blanca. Y debo decirle, Makar Aleksiéyevich, que se está excediendo. Va usted a arruinarse, no se lo digo en broma, pues lo que lleva gastado en mí representa... ¡un capital! ¿Cómo puede usted derrochar de ese modo? ¡Yo no necesito nada; todos esos obsequios están de más! Me consta, créame, me consta que usted me quiere, por lo

cual resulta superfluo el que usted trate de demostrarme, regalo tras regalo, la verdad de ese cariño. ¡Si usted supiese el trabajo que me cuesta aceptar sus obsequios! Sé lo que a usted le cuestan. ¡Así que terminantemente le digo que no me envíe usted más regalitos! ¿Lo oye usted? ¡Se lo suplico, se lo imploro!

Me pide usted que le envíe la continuación de mis apuntes, y dice que debo terminarlos. ¡Dios mío, si yo misma no sé cómo pude escribir tanto como escribí en ese cuadernillo! No; me falta valor ahora para hablar de mi pasado. No quiero volver a fijar en él mi pensamiento. Les tengo miedo a esos recuerdos. ¡Y hablar de mi pobre madre, cuya única hija vino a ser víctima, muerta ella, de tantos infortunios! ¡Me sería de todo punto imposible! ¡El corazón me sangra cuando, aunque sea desde lejos, evoco esos recuerdos!

¡Está aún demasiado fresca la herida! ¡No tengo tampoco sosiego alguno para pensar, y, no obstante haber transcurrido ya un año entero de esas cosas, aún no he logrado recobrar la serenidad! Pero, además, ¡usted lo sabe todo!

Le he comunicado a usted ya también los presentes designios de Anna Fiodórovna. ¡Me echa en cara mi ingratitud y me calumnia diciendo que yo me entendía con el señor Bukov! Me intima que me vuelva con ella. Dice que estoy viviendo de limosnas y que he emprendido un mal rumbo. Si me vuelvo a su lado, dice que ella se encarga de reanudar la historia con el señor Bukov y ponerlo en el trance de darme la reparación que me debe. Ha llegado incluso a

decir que el señor Bukov me abonará una indemnización. ¡Que Dios los perdone! Yo estoy aquí muy bien bajo su protección de usted y al lado de mi Fiodora, que con el apego que me tiene me recuerda mi antigua y feliz infancia. Pero usted no es sino un pariente remoto mío, lo cual no es obstáculo para que mire por mí y me sirva de escudo con su nombre y su buena fama. A esa gente no la conozco, la daré al olvido..., ¡si es que puedo! ¿Qué más quieren de mí? Dice Fiodora que todo eso es hablar por hablar y que acabarán por dejarme en paz y en gracia de Dios. ¡Ojalá sea así!

21 de junio.

V. D.

¡Palomita mía, amor mío! Siento impulsos de escribirle; pero no sé... ¡por dónde empezar!

¡No es notable cómo los dos vivimos ahora! Lo digo únicamente porque, ya lo sabrá usted, jamás he pasado unos días tan felices. ¡Exactamente parece que me ha gratificado Dios con un hogar y una familia! ¡Mi hijita es usted, nena mía! ¡Qué decía usted de cuatro camisas que yo le había enviado! Sí, señor, que le hacían falta...; me lo dijo Fiodora. Y para mí, hijita, constituye un placer el mirar por usted; ésa es, créalo, mi mayor delicia; así que... no me la niegue usted y acceda a hacerme feliz. Jamás hasta ahora experimenté yo nada semejante, corazoncito mío. Estoy viviendo ahora otra vida muy diferente de la anterior.

En primer lugar, una vida entre dos, si me es lícito decirlo así, ya que la tengo a usted tan cerca, lo que es para mí una gran alegría y un consuelo grande. Y en segundo lugar, mi vecino de cuarto. Ratasayev —ese empleado en cuya habitación se celebran veladas literarias— nada menos, me ha invitado también hoy al té. He de advertirle que hoy se celebra en su cuarto una de esas reuniones y en ellas se leerá algo de literatura. ¡Ya ve usted, hijita, la vida que me doy!, ¿eh?

Pero quede con Dios, nena. Ya le he escrito bastante, sin objeto alguno concreto, sólo para hacerla partícipe de mi bienestar. Usted me mandó decir con Teresa que necesitaba seda de color para sus bordados; pues está tranquila, hija mía, que yo se la compraré, que la tendrá mañana mismo, si tanta prisa le corren. Ya sé dónde se puede encontrar de la mejor.

Su sincero amigo,

25 de junio.

Makar Dievuschkin.

Querida Varvara Aleksiéyevna: Estas líneas sólo tienen por objeto comunicarle que ha ocurrido en nuestra casa algo sumamente triste, algo que por fuerza ha de excitar la compasión de todo el mundo. Esta mañana, a las cinco, pasó a mejor vida el hijo pequeño de los Gorschkov. No sé a punto fijo de qué..., si de viruelas o, ¡vaya usted a saber!, quizá de escarlatina. Yo he visitado hoy a sus padres. ¡Ah, hijita, si viera en qué pobreza viven!... Y ¡qué desorden en su cuarto! Aunque, después de todo, no hay que maravillarse de ello: toda la

familia está recogida en una sola habitación, que sólo por decoro han dividido un poco mediante un biombo.

Ahora todavía tienen allí con ellos el féretro del pequeño... Un ataúd muy sencillito, de lo más barato, pero muy primoroso; lo han comprado ya listo. El muertecito contaba nueve años, y, según dicen, hacía concebir las más lisonjeras esperanzas. ¡Me da pena, mucha pena, ver su cuerpecito inanimado, Várinka! La madre no llora, pero está la pobre muy triste, Puede que represente para ellos un alivio el verse libres de una boca; pero todavía les quedan dos que alimentar: un niño de pecho y una nenita de unos seis años, que no es posible que tenga más.

¡Qué sentirá el padre que ve sufrir a un hijo suyo y querido, y se encuentra en la imposibilidad absoluta de valerle! El padre de este niño que acaba de morir está envuelto en un traje viejo, sucio y deshilachado, y se sienta en una silla medio desvencijada. Las lágrimas corren por sus mejillas, quizá no por efecto del dolor, sino sólo de la costumbre...; pero, sea como fuere, los ojos le lloran. ¡Es un individuo tan raro!

Siempre se pone como la grana cuando se le habla y nunca tiene respuesta pronto. La nena está apoyada en el féretro, muy quietecita y seria y muy ensimismada. No me gustan, Várinka, las niñas tan serias; me causan inquietud. En el suelo hay tirada una muñeca vieja..., pero la niña no la coge para jugar, Con el dedito en la boca, así está ella..., así estaba y no se movía. La patrona la obsequió con un bombón; ella lo tomó, pero no se lo comió.

¡Qué triste es todo esto!, ¿verdad, Várinka?

Suyo

25 de junio.

Makar Dievuschkin.

Mi inapreciable Makar Aleksiéyevich:

Le devuelvo a usted su libro. ¡Qué cosa tan pesada! Se cae de las manos.

¿Dónde encontró usted esa joya? Bromas aparte... ¿le gustan a usted, de verdad, libros así? Usted me prometió hace un par de días buscarme algo para

leer. Yo también puedo compartir los libros con usted, si usted quiere. Pero, adiós, hasta la vista. No dispongo de tiempo para prolongar esta carta.

26 de junio.

V. D.

Querida Várinka: Le confieso sinceramente, hijita mía, que yo no había leído ese libro. A decir verdad, lo hojeé por encima, lo bastante para comprender que se trataba de algo disparatado, escrito únicamente para hacer reír y entretener a la gente. Pero me dije: «Será un libro chistoso, y puede que le agrade a Várinka». Y sin pensar más, lo cogí y se lo envié.

Pero ahora me ha prometido Ratasayev darme a leer algo verdaderamente literario. De modo que dispóngase usted a recibir buenos libros, hijita. Ratasayev..., ¡ése sí que entiende de

libros! Él también escribe, y ¡cómo escribe! Pues escribe muy bien y tiene un estilo, créame, sencillamente grandioso. En cada palabra se encierra algo..., hasta en las más vulgares y corrientes, en cada frase, hasta en el modo como yo, por ejemplo, les digo algo a Faldoni o a Teresa..., pues hasta en eso sabe él expresarse con estilo. Yo asisto ahora con toda regularidad a sus veladas literarias. Nosotros fumamos y él nos lee cosas, y se está leyendo hasta cinco horas de un tirón, pero nosotros le escuchamos sin pestañear todo ese tiempo. ¡Es que eso son perlas sencillamente, no literatura! ¡Sencillamente flores, flores fragrantés..., tantas flores en cada página, que se podía formar con ellas un ramillete! ¡Y es en el trato tan efusivo y cordial! ¿Qué soy yo comparado con él? Nada. Él es un hombre respetable, un hombre famoso..., mientras que yo, ¿qué soy? Nada. No valgo para nada, no soy a su lado nada. Y, sin embargo, él me honra con su benevolencia. Ya le he copiado dos o tres cosillas. ¡Pero no vaya usted a creerse, Várinka, que esto influya en él en manera alguna, quiero decir, que se muestra tan cariñoso conmigo porque yo le copie sus trabajos! ¡No preste usted oídos, hija mía, a esos chismorreos; no les dé fe ninguna, no les conceda el menor crédito! No; si yo le copio esas cosas es por pura voluntad, porque quiero hacerle algo grato, sencillamente. Y si él me muestra, como así es, benevolencia, lo hace también por libre impulso, por proporcionarme alegría.

¡No soy tan lerdo yo que no lo entienda; basta con saber qué ternura se oculta

en todo eso! Es él un hombre bueno, muy bueno, y, además, un escritor de todo punto incomparable.

Entraña la literatura una cosa bella, Várinka, algo muy hermoso, según he podido comprobar ayer en casa de Ratasayev. ¡Y al mismo tiempo una cosa profunda! Fortifica y corrobora e ilustra a los hombres... y hace, además, otras cosas, todo lo cual resalta en sus libros. ¡Están verdaderamente muy bien escritos! La literatura... viene a ser una pintura, en cierto sentido, claro está:

un cuadro y un espejo; un espejo de las pasiones y de todas las cosas íntimas: es instrucción y edificación a un tiempo mismo, es crítica y es un gran documento humano. Todo esto se lo he oído decir a los contertulios de Ratasayev y yo lo he deducido también de sus conversaciones. Sinceramente le confieso, hija mía, que cuando estoy entre ellos, sentadito y escuchando... y fumando mi pipa, lo mismo que ellos..., y ellos se ponen a hablar y a medir sus armas y a disputar acerca de las cosas más diversas, suelo decir, como en el juego de las cartas, sencillamente... ¡paso! Pues cuando se ha perdido la mano ya no queda otro recurso, y ambos, querida Várinka, tenemos que decir eso de ¡paso! Yo estoy sentado entre ellos, tan callado como un pasmarote, y me avergüenzo de mí mismo. Y por más

que uno durante toda la velada esté pensando en el modo de intercalar una palabrita en la conversación general, no siempre puede lograrlo. ¡No encuentra uno, por más que lo hace, esa palabrita! Por más vueltas que le dé uno..., nada, ¡que no se le ocurren sino naderías! Parece que está uno embrujado, Várinka, y acaba por inspirarse lástima a sí mismo, que es lo que es, pudiéndosele aplicar el refrán que dice: «Tonto nació y tonto morirá».

¿Que qué hago yo ahora en mis ratos de ocio?... Pues dormir, dormir como un borrico. Pero en lugar de ese dormir inútil podía emplear mis horas libres en algo agradable o provechoso, como, por ejemplo, sentarme a la mesa y ponerme a escribir esto o lo otro, lo primero que se me ocurriera..., ¿no? Para utilidad y edificación, y aun por gusto de uno mismo. Y escuche, hijita, ¡lo que ellos ganan con lo que escriben, así Dios los perdone! Por ejemplo, sin ir más lejos, este mismo Ratasayev, ¡hay que ver lo que trabaja! ¿Qué es para él garrapatear un pliego entero? ¡Muchos días ha llegado a escribirse cinco, y cobra según dice, trescientos rublos por pliego! Cuando escribe alguna historieta breve o algo humorístico, alguna anecdotita u otra cosa para el público..., quinientos, más o menos; pero por menos de ese precio, ¡nunca! Ahórcate si quieres... ¿No quieres? Bueno..., ¡pues otro dará mil! ¿Qué le parece, Varvara Aleksiéyevna?

Pero no para ahí la cosa. Tiene él, por ejemplo, un cuadernillo de poesías, todo de cositas pequeñas: un par de rengloncitos nada

más...; bueno, pues siete mil rublos, hijita, siete mil rublos nada menos le van a pagar por el cuadernito, ¿qué piensa usted? Eso representa un capital, grande como una finca; eso significa el tanto por ciento de una casa de cinco pisos. Cinco mil rublos dice él que le ha ofrecido ya, sólo que él no cede. Yo he tratado de persuadirle con buenas razones, diciéndole: «Hombre, tome usted los cinco mil, tómelos usted y luego ya puede volverles las espaldas y escupirles, si quiere, a esos tíos; porque, hombre, cinco mil rublos ya son dinero». Pero nada, él dice que no cede, que ya ellos tendrán que conformarse y abonarle los siete mil rublos, los muy pícaros. ¡Mire si es listo!, ¿eh?

Mire, hija mía: ya que estamos hablando de esto, voy a copiarle a usted un pasaje de las Pasiones italianas. Tal es el título de una de sus obras. Lea usted y luego juzgue, Várinka:

... Vladimiro se aproximó; ardían en su interior las pasiones y su sangre le hervía...

—¡Condesa —exclamó—, condesa! ¿Sabe usted qué espantosa es esta pasión, qué ilimitado este delirio? ¡No, no me engañan mis sentidos! ¡Yo amo, amo con todo entusiasmo, de un modo loco, delirante! ¡La sangre toda de tu esposo no bastará a apagar la hervorosa pasión de mi alma! ¡Estos pequeños obstáculos son incapaces de contener en su torrente de llamas el fuego destructor, infernal, que arde en mi pecho desolado! ¡Oh Sinaida, Sinaida!...

—¡Vladimiro!... —murmuró la condesa, desvaída; y dejó caer la cabeza en su hombro.

—¡Sinaida! —exclamó Smelski fuera de sí, y de su pecho escapóse un sollozo.

En el altar del amor brotó clara la llama y rodeó las almas de los amantes.

—¡Vladimiro! —murmuró la condesa. Alzábase su pecho, teñíanse de púrpura sus mejillas, brillaban sus ojos.

¡Habíase cerrado el nuevo y espantoso pacto!

Al cabo de media hora entró el viejo conde en el tocador de su esposa.

—Pero, corazón mío, ¿cómo es que no se ha preparado todavía el samovar para nuestro querido huésped? —preguntó, acariciándole las mejillas, a su esposa.

Dígame, hija mía: ¿qué le parece esto? ¿No es verdad que es un poquito libre?... No es posible negarlo; pero, al mismo tiempo, ¡qué brío tiene y qué bien escrito está! Pero, no; tengo que copiarle todavía otro pasaje del cuento titulado Jermak y Zuleika.

Imagínese usted, hijita, que el cosaco Jermak, el osado conquistador de la Siberia, se halla enamorado de Zuleika, la hija del caudillo siberiano Kuchum, al que ha cogido prisionero. La acción se desarrolla en la época en que reinaba Iván el

Terrible..., como usted verá. Bueno; ahora voy a copiarle un diálogo entre Jermak y Zuleika.

—¿Me amas, Zuleika? ¡Oh, repítemelo, repítemelo!...

—¡Te amo, Jermak! —dijo Zuleika.

—¡Cielo y Tierra, gracias! ¡Soy feliz! ¡Me habéis dado todo aquello por lo cual luchó desde la infancia mi violento espíritu! ¡Y tú, estrella que guías mis

pasos, me trajiste hasta aquí por encima del pétreo cinturón del Ural! ¡Al mundo todo le mostraré mi Zuleika, y los hombres, esos monstruos salvajes, no osarán acusarme! ¡Oh, si ellos pudieran comprender las secretas torturas de su tierna alma; si, cual yo, supiesen contemplar, en una lágrima de mi Zuleika, un mundo entero de poesía! ¡Oh, déjame que enjague con mis besos esa lágrima, esa gota de celestial rocío!... ¡Oh celestial criatura!

—Jermak —dijo Zuleika—, el mundo es malo, los hombres son injustos.

¡Nos perseguirán y nos juzgarán, amor mío! ¿Qué irá a ser de una pobre muchacha como yo, criada en los nevados campos de Siberia en la choza de su padre, allá en ese mundo tuyo, frío, glacial, despiadado y egoísta? ¡Los hombres no habrán de entenderme, amado mío!

—¡Pues tendrán que entenderse las con el sable del cosaco! — exclamó Jermak, volviendo de uno a otro lado sus airados ojos...

Ahora, Várinka mía, ¡imagínese usted a ese mismo Jermak al saber que le ha asesinado a su Zuleika. El viejo Kuchum, a favor de la oscuridad de la noche, se ha deslizado durante la ausencia de Jermak en su tienda, y dado muerte a su hija Zuleika con el fin de vengarse de Jermak, que le ha arrebatado cetro y corona.

—¡Qué gusto afilar la espada! —exclamó Jermak poseído de salvaje anhelo de venganza, y aplicó el acero a la piedra de los chamanes. ¡He de ver sangre, sangre! ¡Debo vengarla, vengarla, vengarla!

Pero, a pesar de todo, no puede Jermak sobrevivir a su Zuleika, de suerte que se arroja al Irtysh y se ahoga, con lo que el relato termina.

Vaya ahora otro trocito; una muestra; es una cosa humorística, con la que el autor sólo se ha propuesto hacer reír:

—¿De modo que no conoces a Iván Prokófievich Cheltopus? ¿No? Pero hombre, ¡si es el mismo que a Prokofii Ivánovich mordió en una pantorrilla! Iván Prokófievich es un hombre de mal genio, pero al mismo tiempo un hombre de raras virtudes. Prokofii Ivánovich, por el contrario, se parece por los rábanos con miel. Pero cuando todavía se trataba con Pelagia Antónovna.

¿No conoce usted a Pelagia Antónovna? ¡Cómo! ¡Pero si es la misma que siempre le cose a usted el abrigo con los forros para afuera a fin de resguardar el paño!...

¿No es esto humor, Várinka; sencillamente humor? Nosotros nos retorcíamos en los asientos por la fuerza de la risa en tanto él nos leía esta página. ¡Vaya un tío, Várinka! Por lo demás, hijita, es enteramente raro y grotesco en su modo de conducirse, pero en el fondo, un inocente, sin pizca de libre pensamiento ni de ninguno de esos errores liberales. Debo participarle también que Ratasayev posee unos modales excelentes y acaso sea ésa una de

las razones de que resulte un escritorazo tan distinguido y tan por encima de los demás.

Pero ¿qué pasaría?... Porque, a decir verdad, a veces se me mete esa idea en la cabeza... ¿Qué pasaría si yo también me lanzara a escribir? Supongamos, por ejemplo, que de pronto se me ocurriera a mí publicar un librito en cuya cubierta dijese: «Poesías de Makar Dievuschkin». ¿Qué tal, eh?

¿Qué diría usted, ángel mío? ¿Qué le parecería a usted, cómo lo encontraría? Yo, por mi parte, puedo decirle, hijita, que desde el punto y hora que apareciese mi libro ya no me atrevería a presentarme en la Nevskii. ¡No podría aguantar eso de que todo el mundo pudiera decir: Miren, ¡ahí va el poeta Dievuschkin, y que yo fuese ése!

¿Qué haría yo entonces sencillamente con mis botas? Porque ha de saber usted, hija mía, que yo las tengo casi siempre manchadas, y también las suelas, si he de ser sincero, suelen distar mucho de encontrarse en el debido estado. Y

¿qué haría yo si todo el mundo supiese que el poeta Dievuschkin llevaba las botas sucias? Si llegaba a enterarse de ello alguna condesa o duquesa, ¿qué diría? Puede, sin embargo, que no lo notase, pues las condesas y duquesas no se fijan en las botas, y menos todavía en las botas de un empleadillo (al fin y a la postre las botas siempre son botas...). Pero no faltaría quien les fuese con el cuento, empezando quizá por mis propios amigos. ¡Ratasayev, por ejemplo, sería el primero en hacerlo! Ratasayev es punto fuerte, según dice, en casa de la condesa B***, donde se presenta hasta sin invitación previa cuando pasa por ahí. Un alma de Dios es la tal condesa, según él dice, y, además, una dama de alta conducta literaria. ¡Qué cuco es el tal Ratasayev!

Pero, en fin..., ¡basta ya! Le escribo todo esto, nenita, para distraerla, a título de broma. ¡Que siga usted bien, palomita mía! Mucho le he garrapateado hoy, pero únicamente, si he de ser franco, porque estoy hoy muy contento. Hoy cenamos todos en la habitación de Ratasayev, y éste (no faltan nunca tunantes, hijita) suele sacar a relucir cierto licorcillo especial que... no, no encuentro palabras para describirlo. ¡Pero cuidado, no vaya usted a pensar algo malo de mí, Várinka! ¡No se trata de eso! Ya le enviaré los libritos. Corre aquí de mano en mano una

novela de Paul de Kock, sólo que este Paul de Kock no debe usted tomarlo en las suyas menuditas... ¡No, no; Dios me guarde! ¡Ese Paul de Kock no es para usted, Várinka! Dicen que a todos los críticos decentes de Petersburgo les inspira una honrada desconfianza.

Le envió una oncita de dulces..., que los he comprado especialmente para usted. Y mire usted, nenita, piense en mí cada vez que coja un dulce. ¡No ande mordiscando los bombones para engullírselos luego de una vez! Al contrario, téngalos en la boca hasta que se deslíen, pues de otro modo podría echarsele a perder la dentadura. Pero ¿le gustan también las pastillas de chocolate? ¡Pues dígamelo!

¡Ea!, quede ya con Dios. Consérvese bien. Yo soy siempre su fidelísimo amigo.

27 de junio.

Makar Dievuschkin.

Querido Makar Aleksiéyevich: Dice Fiodora que ella conoce personas que en mi situación podrían ayudarme mucho y que si yo quisiera podrían encontrarme una colocación muy buena como ama de llaves en alguna casa.

¿Qué le parece a usted, amigo mío? ¿Debo dar ese paso? No querría serle a usted gravosa por más tiempo..., y la tal colocación parece muy buena. Pero de otra parte me angustia un poco la idea de tener que entrar al servicio de una gente extraña. Dicen que se trata de una familia de propietarios rurales. Suponiendo que quieran pedirme informes acerca de mi pasado, ¿qué deberé decirles?, ¡sobre todo con lo huraña y lo amiga de la soledad que yo soy! Donde estoy más a gusto es donde ya me encuentro. Se siente una más contenta y confiada en el rinconcito a que ya se ha acostumbrado..., y aunque en él se pasen quizá apuros, siempre es mejor que todo. Además, tendría que viajar para trasladarme a las posesiones de la referida familia y Dios sabe para qué me querrían utilizar: ¡puede que me pusieran a cuidar de los niños! Y ¿qué clase de gente serán cuando hasta la fecha, y van dos años, han cambiado ya tres veces de ama de llaves? Aconséjeme usted, querido Makar Aleksiéyevich, por lo que más quiera: ¿debo aceptar la proposición o quedarme en casa?

¿Por qué no viene usted ya a vernos? ¡Se deja ver tan pocas veces! Fuera de los domingos en la iglesia, el resto de la semana apenas no vemos. ¿Tan huraño es usted? ¡Entonces es lo mismo que yo! Pero nosotros, al fin y al cabo, somos parientes. ¿O es que ya me ha perdido usted el afecto, Makar Aleksiéyevich? Yo suelo sentir una gran tristeza cuando estoy sola. A veces, sobre todo en el crepúsculo vespertino, me quedo enteramente solita; Fiodora ha salido a comprar algo y aquí me tiene usted piensa que te piensa..., recordando todo eso que en otro tiempo fue, así lo alegre como lo triste, pues todo pasa por delante de mí como una niebla. Surgen otra vez ante mis ojos las caras conocidas (creo verlas ya despierta casi como se las ve en los sueños), siendo lo más frecuente que vea a mamá... ¡Y los sueños que tengo! Siento que mi salud está quebrantada. ¡Estoy tan débil! ¡Al levantarme esta mañana de la cama me sentí muy mal y, además, no se me quita esta dichosa tos! Presiento, lo sé, que no he de vivir mucho. ¿Quién me enterrará? ¿Quién irá detrás de mi ataúd? ¿Quién me llorará?... ¿Y si vengo a morir en un lugar extraño, en una casa ajena y entre seres desconocidos?... ¡Dios mío, qué triste es la vida, Makar Aleksiéyevich!

Amigo mío, ¿por qué me envía usted siempre dulces? No comprendo

verdaderamente de dónde saca usted el dinero. ¡Ay amigo mío, ahorre usted ese dinero, por lo que más quiera: ahorre! Fiodora

ha encontrado comprador para el tapiz que yo he confeccionado. Me dará por él quince rublos. Estará así muy bien pagado; yo pensaba que me ofrecerían menos. A Fiodora le corresponderán tres rublos, y yo me compraré tela para hacerme un traje sencillito, un trozo de tela cualquiera, baratita y que abrigue. Pero a usted le haré una americana muy maja; buscaré para ella un buen paño y se la haré yo misma.

Fiodora me ha procurado un libro... Los cuentos de Bielkin, que adjunto le envío para que usted también lo lea. Sólo que le ruego se dé un poco de prisa y no lo retenga mucho tiempo, pues no es mío. Es una obra de Puschkin. Hace dos años lo leía yo en compañía de mamá..., así que ha suscitado en mí ahora tristes recuerdos al leerlo por segunda vez.

Si tuviera usted a mano algún libro, envíemelo..., pero a condición que no se lo ha de pedir a Ratasayev. Él seguramente le dará alguna obra suya, si es que tiene alguna publicada. ¿Cómo es posible que le gusten a usted sus novelones, Makar Aleksiéyevich? ¡Si son un puro disparate!

¡Pero quede usted con Dios! ¡Hay que ver cuánto he garrapateado esta vez!

¡Cuando me entra la murria siempre me alegra el poder hablar con alguien! Esta es la mejor medicina; en seguida me siento más aliviada, sobre todo cuando puedo dar salida a todo lo que tengo en el corazón.

¡Adiós, adiós, amigo mío! Suya,

28 de junio.

V. D.

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: ¡Basta ya de tristezas! ¿No se avergüenza usted? ¡Delas usted por terminadas, hijita! ¿Cómo puede entregarse a esos pensamientos? ¡Pero si usted está ya buena, corazoncito mío, enteramente buena! Está usted sencillamente que da bendición verla, créame que es la pura verdad; sólo un poquito pálida; pero, a pesar de eso, resplandece su lozanía. ¿Y qué sueños y pesadillas y qué espectros son esos? ¡Huy!, ¿no le da a usted vergüenza, hijita? ¡Déjese de esas cosas, nena! No se preocupe usted más de esos sueños tan tontos..., así se los ahuyenta. ¡Es muy sencillo!

¿Cómo es, si no, que yo duermo tan bien? ¿Por qué a mí ni me falta nada? Míreme usted bien, hija mía. Yo estoy contento y alegre, duermo como un lirón, estoy la mar de sano...; en una palabra: que soy de la piel del diablo; ¡y muy ufano de ello! Así que déjese usted de esas simplezas, avergüéncese y enmiéndese. Pero yo conozco esa cabecita suya; por la menor cosa ya está empezando otra vez a entristecerse y preocuparse y usted se atormenta con

pensamientos de toda índole. ¡Pero aunque sólo fuese por mí, debería usted poner término a esos desvaríos, Várinka!

¿Servir a gente extraña?... Eso nunca. ¡No, y mil veces no! ¿Qué le ha ocurrido a usted para tener esos pensamientos? ¡Y por si fuera poco, marcharse de aquí a otra parte! No, hijita; usted no me conoce a mí bien; yo no he de consentir eso jamás en la vida; me opondré a ese proyecto con todas mis fuerzas. Y aunque tuviese que vender mi casaca vieja... y quedarme sólo con la camisa, usted no pasaría, Várinka mía, necesidad. ¡No, Várinka, no; yo la conozco bien! ¡Esas son locuras, nada más que locuras! Lo único cierto es esto: que de todo quien tiene la culpa es esa Fiodora y nadie más que ella...; esa vieja chocha es la que mete a usted tales pensamientos en la cabeza. Pero usted, hija mía, no debe prestar oídos a lo que ella le diga. ¿No lo sabe usted ya todo, nena? ¿No sabe usted que esa mujer es una imbécil, una charlatana incorregible, que a su difunto le

agrió la vida con sus dislates? Recapacite usted: ¿no la enojó a usted nunca, no la ofendió de algún modo?

¡No, no, hija mía; de todo eso que me escribe usted no podrá realizarse nada! Y ¿qué sería de mí, dónde me deja usted? No, Várinka; corazoncito mío, es preciso que se le quite a usted eso de la cabeza. ¿Qué le falta a usted con nosotros? A nosotros nos proporciona una alegría infinita el tenerla a nuestro lado, y para usted también somos nosotros una satisfacción; así que no se vaya y vivamos todos juntos, en paz y gracia de Dios. Cosa usted o lea..., o no cosa..., haga usted según le plazca, con tal que no nos abandone. Porque si así lo hiciera, usted misma puede decirlo: ¿qué sería de nosotros? Le daremos de cuando en cuando nuestro paseíto. ¡Sólo que, hija mía, ha de ahuyentar definitivamente esos pensamientos y procurar ser razonable y no preocuparse y afligirse sin motivo por cosas tan nimias! Yo pasaré a verlas a ustedes, y muy pronto; pero entre tanto permítame que se lo confiese con toda franqueza y claridad: ¡eso no ha estado bien de usted, corazoncito mío; no, señor!

Yo no soy, naturalmente, ningún hombre culto, y soy el primero que carezco de ilustración, que apenas si tengo las primeras letras; pero no se trata de eso ahora, ni eso era lo que quería decir... ¡Pero por Ratasayev soy capaz de todo, y haga usted lo que quiera! Es mi amigo y tengo que salir a su defensa. Escribe bien, muy bien, muy requetebién. No puedo estar de acuerdo con usted por ningún concepto. Posee un estilo lleno de colorido y distinción, poniendo hasta pensamientos en lo que escribe; en

una palabra: ¡que escribe muy bien! Quizá lo haya leído usted con prevención, Várinka; quizá estuviera usted de mal temple al leerlo; quizá Fiodora la enojó con alguna de las suyas, si no fue que por una u otra causa estaba usted de mal temple ese día.

No; usted ha de leerlo otra vez con interés y atención, cuando esté contenta y de buen genio; por ejemplo, cuando tenga usted en la boca un dulcecito..., entonces es cuando debe volver a leerlo. No diré (¿quién podría afirmar eso?)

que no haya ningún escritor que supere a Ratasayev; pero, aun suponiendo que los haya mejores que él, no por eso hay que declararlo a él malo; todos son buenos; él escribe bien, y también los otros escriben bien, a mi juicio. Además, no olvidemos que él escribe únicamente para sí mismo...; es decir, que sólo coge la pluma en sus ratos libres..., y ya se advierte bien que así es, y si hemos de decir la verdad, para ventaja suya.

Pero adiós, hija mía; hoy no le escribo más; tengo que copiar una cosilla y debo apresurarme. No deje usted, hijita, de hacer algo por tranquilizarme. Dios la proteja, corazoncito mío, tan seguramente como yo soy su fiel amigo.

P. S. —Gracias por el libro, hija mía, también nosotros leemos a Puschkin. Pero esta tarde voy sin falta a verla.

Mi querido Makar Aleksiéyevich: No, amigo mío; no es posible que continúe yo aquí más tiempo. Lo he pensado bien y visto claro que haría muy mal dejando escapar una colocación tan ventajosa. Allí, por lo menos, puedo ganarme con toda seguridad el pan de cada día. Me afanaré, procuraré hacerme simpática a esos extraños y, si fuere preciso, trataré incluso de cambiar de carácter. Cierto que es difícil y amargo eso de vivir entre extraños, plegarse en todo a lo que ellos quieran, desmentir su genio y depender de ellos en todo; pero de fijo no habrá de faltarme la ayuda de Dios. ¡No puede una pasarse toda la vida lejos de la gente! Y yo, en otro tiempo, he pasado por análogo trance. Por ejemplo, cuando estaba en el pensionado.

Todo el domingo me lo pasaba yo jugando y saltando alegremente como una salvaje auténtica, y cuando mamá a veces me regañaba..., que solía hacerlo, no por ello dejaba yo de estar contenta y de sentirme el corazón iluminado y caliente. Pero cuando llegaba la tarde, volvía a sentirme infinitamente desdichada; a las nueve... había que estar de vuelta en la pensión. Allí todo era extraño, frío, severo; las profesoras estaban siempre de mal humor los domingos, y a mí me entraba tal tristeza, tal abatimiento, que no podía contener las lágrimas. Me escurría despacito hasta un rincón y allí me ponía a llorar, de puro sola y abandonada. Naturalmente, decían luego que yo era una holgazana y que no quería estudiar. Pero no era ésa la causa de mis llantos.

Pero luego... ¿qué pasó? Pues que acabé por acostumbrarme, y cuando por fin hube de dejar la pensión, me costó un llanto el separarme de mis compañeras.

No; no está bien que yo siga aquí, siéndole gravosa a usted y a Fiodora. Sólo pensarlo es para mí un tormento. Se lo digo a ustedes francamente, porque estoy acostumbrada a no ocultarles ningún secreto mío. ¿Es que no veo

cómo Fiodora se levanta apenas amanece y se pone a lavar y ya no para de trajinar en todo el día hasta muy entrada la noche?... Pero las personas de edad necesitan descanso. ¿Y no veo yo tampoco cómo usted se sacrifica en todo por mí, cómo se priva de los más necesario para gastar en mí todo cuanto gana? Yo sé muy bien, amigo mío, que hace usted más de lo que puede. Usted me escribe que antes se quedaría sin nada que consentir que yo pasase necesidad. Lo creo, amigo mío; lo sé, sé que tiene usted un buen corazón..., pero piense usted un poco, hombre. Ahora quizá tenga usted dinero de sobra, puede que haya recibido una gratificación inesperada. Pero ¿y luego? Usted ya sabe que yo siempre estoy enferma. No puedo trabajar como usted, aunque de buena gana querría, y, además, no siempre se encuentra trabajo. ¿Qué voy a hacer? ¿Sufrir y atormentarme, mientras dejo que usted y Fiodora cuiden de mí, y yo me voy sin hacer nada? ¿Cómo podría yo compensarles a ustedes el último de sus desvelos, cómo podría yo ayudarlos de algún modo? ¿Por qué he de serle a usted tan

indispensable, amigo mío? ¿Qué le he hecho yo de bueno? Yo sólo he hecho una cosa: quererle de todo corazón; pero esto es todo lo que puedo hacer. ¡De nuevo me persigue mi cruel destino! Sé amar..., pero hacer bien, corresponder a sus beneficios con mis actos no me es posible. Así que no me retenga usted, piense usted detenidamente en mi proyecto y dígame luego con toda sinceridad lo que opina.

Esperándolo así quedo suya,

1 de julio.

V. D.

¡Desatino, Várinka; todo eso no es más que un desatino, un puro desatino! En cuanto se abandona usted a sí misma, ¡qué

cosas se le meten en su cabecita! ¡Tan pronto se imagina esto como aquello! Pero ¿qué le falta a usted entre nosotros, quiere usted decírmelo de una vez? Nosotros la queremos a usted, y usted nos quiere a nosotros, y todos estamos tan contentos y tan a gusto... ¿Qué más quiere usted? ¿Por qué ha de empeñarse en irse a vivir entre gente extraña... ¿No? Pues pregúntemelo usted a mí, que yo..., yo conozco muy bien a los extraños, y puedo decirle a usted cómo son. Yo los conozco, hijita; los conozco de sobra. He comido su pan. Todo ser ajeno es malo, que el corazoncito que uno tiene no puede contenerse; hasta tal punto el prójimo sabe martirizarlo a uno con reproches y reconvenciones y miradas de enojo. Entre nosotros, por lo menos, disfruta usted de tibieza y bondad, y vive usted recogida como en un nidito. ¿Cómo es posible que ahora, de buenas a primeras, nos deje usted y se vaya? ¿Qué será entonces de mí mismo sin usted? ¿Que no me es usted tan indispensable? ¿Que no me es útil? ¿Cómo que no me sirve para nada? No, hija mía; recapacite usted bien, y luego juzgue

si me es o no útil. ¡Sepa usted, Várinka, que me es útil, utilísima! ¡Ejerce usted, ya lo sabe, un influjo tan bienhechor sobre mí...! Por ejemplo, vea usted; acordarme de usted y ponerme de buen humor es todo uno... Le escribo a usted una carta en la que declaro todos mis sentires, y recibo luego una contestación prolija de usted. De cuando en cuando le compro un trajecito o un sobrerillo, y usted también algunas veces tiene un encarguito

para mí, sí, hija, y yo le procuro lo que ha menester... No; ¿cómo podría usted no serme útil?... Y ¿qué voy a hacer yo sin usted, a mis años; para qué voy a servir yo entonces?

Quizá no haya usted pensado en esto, Várinka; pero piénselo usted y pregúntese a sí misma para qué voy a servir yo sin usted. Me he acostumbrado a usted, Várinka. Y ¿qué sería de todo esto, en qué pararía este cariño?... Pues en que me arrojaría de cabeza en el Neva y se acabó la historia. No; verdaderamente, Várinka, ¿qué me quedaría a mí que hacer en este mundo sin usted?

¡Ah corazoncito mío, Várinka! Paréceme que estoy viendo ya el coche fúnebre que habrá de conducirme al cementerio de Volkov y que alguna vieja transeúnte sigue mi ataúd, y que me echan al foso, y me cubren con tierra, y luego se van todos, y me dejan solo. ¡Eso sería un pecado en usted, hija mía; un verdadero pecado! ¡Se lo digo seriamente: un verdadero pecado!

Le devuelvo su librito, hija mía, y si desea saber mi opinión sobre él, sólo le diré que en toda mi vida he leído libro tan excelente. De suerte que me pregunto cómo he podido vivir hasta aquí hecho un verdadero zopenco. ¡Dios me perdone! ¿En qué he empleado yo, pues, mi vida? ¿De qué planeta me he caído? Resulta, hija mía, que no sé nada de nada; que soy lo que se llama un zote. Se lo confieso francamente, Várinka: no tengo cultura. He leído hasta ahora poco, poquísimo, por no decir nada. La imagen del hombre..., que es un buen libro, sí lo

he leído, y también un par de ellos más: Del niño que tocaba varias piezas de música con campanas y La grulla del Ibico. Ahí tiene usted todas mis lecturas. Pero ahora, en su librito, he leído El inspector, y sólo puedo decirle, hijita, que se da el caso de que uno esté en el mundo y no sepa que tiene al alcance de la mano un libro en el que se describe toda una vida con todos sus detalles, como contada con los dedos, y muchas otras cosas más de las que antes no supo una jota. Eso experimenta uno al leer un libro semejante; pero luego, poco a poco, a medida que avanza en la lectura, se va uno dando cuenta de muchas cosas más, y poco a poco acaba por comprenderlas y verlas con toda claridad. Pero vea usted, además, por qué yo le he tomado cariño a su librito; muchas obras hay que, por muy notables que sean, se pone uno a leerlas, lee que te lee..., hasta que se vuelve tarumba y no saca la menor sustancia. Están escritas tan bien y con tanta enjundia, que no se las puede entender. Yo, por ejemplo..., yo soy torpe, romo por naturaleza, a nativitate;

así que no puedo leer ninguna obra demasiado profunda. Pero ésta que le digo la leer uno y le parece como si la hubiera uno escrito, ni más ni menos que si le hubiese brotado a uno de dentro... del corazón. Sí, y puede que así sea; como si se cogiera el corazón sencillamente y se le volviera del revés, delante de todo el mundo, con lo de dentro para fuera, y luego se pusiese uno a describirlo con todos sus pormenores...; ¡así mismito, hija mía! Y, además, ¡es una cosa tan sencilla, Dios...! ¡Y tanto como

lo es! Yo mismo no tendría ninguna dificultad en escribir así, de veras. ¿Por qué? Porque yo siento exactamente las mismas cosas que ese librito dice. También me he encontrado a veces en la mismísima situación que, por ejemplo, ese Samson Vyrin, ¡el pobre! Y ¡cuántos Samsones Vyrines no hay entre nosotros iguales de pobres y de buenos! Y ¡con qué verdad está todo descrito en estas páginas! A mí casi se me saltaban las lágrimas, hija mía, al leerlas. ¡Cómo se emborrachaba el muy cuitado, hasta perder el sentido, cuando la desgracia cayó sobre él, y cómo se pasaba el día entero durmiendo bajo su zalea, y cómo hacía por ahuyentar las penas con un ponche, y cómo sin embargo, rompía el trapo a llorar, de modo que tenía que enjugarse con su sucio forro de piel las lágrimas que le corrían por las mejillas cuando se acordaba de su pobre cordera extraviada, de su hijita Duniascha! ¡Sí; eso es pintar al natural! Vuelva usted a leerlo, y lo verá como es así; tan verdadero es como la vida misma. ¡Eso vive! Yo mismo lo he sentido... Todo eso vive, y por todas partes nos rodea. Ahí tenemos, si no, a Teresa..., y, sin ir tan lejos ahí tenemos también a nuestro pobre empleado..., que es exactamente un Samson Vyrin; sino con otro nombre, que por casualidad es el de Gorschkov. Esto es algo que cualquiera de nosotros puede experimentar: usted misma, hijita, o yo. E incluso también el conde que habita en la Nevskii o en la Nevakai puede encontrarse algún día en el mismo trance, sólo que él exteriormente se conduciría de otro modo..., pues por de fuera

todo es distinto en él; pero también, no obstante, pueden pasarle las mismas cosas que a nosotros.

Ahí puede usted ver, hija mía, eso que se llama la vida. Pero ¡usted quiere hasta abandonarnos y dejarnos en la estacada! No puede usted ni remotamente formarse idea, Várinka, del daño que con eso me haría. Ese sería un daño irreparable para usted y para mí. ¡Ah lucerito mío, ahuyente usted, por Dios, tales pensamientos de su cabecita y no me torture inútilmente! Y, sobre todo..., dígalo usted misma, pobre pajarito que aún no echó alas... ¿Cómo podría usted entonces procurarse el sustento, no malearse y defenderse de las asechanzas? No; deje usted estar así como están las cosas, Várinka, y encomiéndose. No preste oídos a los necios consejos de la gente, y vuelva usted a leer ese librito; crea que le aprovechará.

También he hablado con Ratasayev de El inspector; Ratasayev dice que todo eso está ya viejo, y que ahora sólo se publican libros con ilustraciones y descripciones...; no sé a punto fijo, pues no lo entendí bien. Pero él puso fin a

sus apreciaciones diciendo que Puschkin no está mal, y que cantó la sagrada Rusia, y no sé qué otras cosas más. Sí; eso está bien, Várinka; pero que muy bien; vuelva usted a leer el libro atentamente; siga usted mi consejo, y haga feliz a este pobre viejo con su obediencia. ¡Dios se lo recompensará, hijita; de fijo se lo recompensará Dios!

Su fiel amigo,

Makar Dievuschkin.

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Fiodora me ha traído hoy los quince rublos del tapiz. ¡Qué contenta se puso la pobre al darme yo tres rublos! Le escribo a usted a toda prisa. Acabo de cortarle su chaleco... La tela es preciosa... Amarilla con unas florecitas.

Le envío a usted un libro; contiene varias historias, de las que sólo he leído algunas. No tiene usted más remedio que leer la titulada La capa.

Me prometió usted llevarme una noche al teatro. Pero ¿no será muy caro? Si acaso, a gallinero. Yo hace mucho tiempo que no voy al teatro; tanto, que no me acuerdo ya de la última vez. Pero tengo un temor, y es éste: ¿No nos resultará demasiado cara la broma? Fiodora mueve la cabeza, y dice que usted empieza a gastar más de lo que puede. Eso lo veo también. ¡Cuánto no lleva usted gastado sólo en mí! Ande usted con tiento, amiguito; no le ocurra algún contratiempo. Fiodora me ha dicho que usted, si no me equivoco, anda un poco a la greña con la patrona por haberle dejado a deber no sé qué cantidad. Me tiene usted muy preocupada.

Bueno; quede usted con Dios. Tengo que hacer un trabajillo; estoy poniéndole a mi sombrero una cinta.

P. S. —Mire usted: cuando vayamos al teatro quiero ponerme mi sombrerito nuevo y la mantilla nueva. ¿Estaré así de su gusto?

7 de julio.

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: vuelvo a coger el hilo de nuestra conversación de ayer donde lo dejamos... Sí, hija mía: también uno ha hecho en sus tiempos sus correspondientes locuras.

¡Y estuve antaño enamorado hasta el tuétano de una cómica; enamorado hasta morir; sí, señor, así como suena! Y esto no es nada; lo maravilloso es que yo no la había visto en mi vida en la calle, y sólo una vez en el teatro...; y, sin embargo, me enamoré de ella.

En aquel tiempo vivíamos nosotros, cinco chicos jóvenes y alegres, pared

por medio. Yo me incorporé a su tertulia espontáneamente, y eso que al principio había estado con ellos muy reservado. Pero luego, para no ser menos que los otros, me uní a la pandilla. Y ¡qué cosas hubieron de contarme de esa actriz! Todas las noches, todas las noches que había función, allá se iba toda la tropa, y diz que para las cosas necesarias nunca teníamos un céntimo... A gallinero, y todos sus aplausos y ovaciones eran exclusivamente para aquella actriz... Nada; que no se cansaban

de aplaudirla, y se portaban como poseídos. Y luego, como es natural, no me dejaban dormir en toda la noche, pues se la pasaban hablando de ella, y todos la llamaban su Glascha y, todos estaban enamorados de ella, y sólo llevaban un canario en el corazón: ¡ella! Tanto, que por fin consiguieron contagiarme a mí de su entusiasmo. ¡Era yo aún tan joven!

No sé cómo fue, que me encontré sentado, como ellos, en el gallinero. Sólo acertaba a distinguir un pico del telón; pero oírlo, lo oía todo. Tenía ella una vocecita linda..., clara, dulce, como de ruiseñor. Nosotros aplaudíamos hasta ponérsenos moradas y encarnadas las manos, y no nos cansábamos de gritar...; en una palabra: que nos tenían que coger, o poco menos, por el pescuezo, y echarnos de allí para que nos fuéramos.

Yo volví a casa... ¡como envuelto en una niebla! En el bolsillo sólo me quedaba un rublo, y de allí a primeros de mes faltaban aún sus buenos diez días. Y ¿qué cree usted, hijita, que hice? Pues al día siguiente, al dirigirme a la oficina, entré en una perfumería y me gasté todo mi capital en perfumes y jabones de olor..., sin saber yo mismo para qué quería todo aquello. Y, además, aquella tarde no comí, sino que me fui a rondar por su casa, al pie de sus balcones. Vivía la actriz en la Nevskii, en un cuarto piso. Después me volví a casa, descansé un rato, tomé un refrigerio, y luego me torné a la Nevskii para ponerme otra vez a rondar sus balcones.

Así me pasé medio mes; a cada momento tomaba yo un droschki, siempre lijaschi, y me hacía conducir de acá para allá

al pie de sus balcones; en una palabra: que me gasté en esas cosas todo el sueldo y tuve que entramparme, hasta que, por último, se me pasó él solo el enamoramiento y se me hizo aburrido aquel cortejo.

¡Conque ya ve usted lo que una cómica estuvo a punto de hacer de un hombre morigerado! Pero ¡hay que tener en cuenta que entonces era yo un joven, Várinka; un jovencito la mar de joven!...

8 de julio.

M. D.

Me apresuro a devolverle, mi querida Varvara Aleksiéyevna, el librito que

tuvo la atención de enviarme el 6 de este mes. Al mismo tiempo, quiero tener una explicación con usted, hijita. No está bien, verdaderamente no lo está, eso de que me haya colocado en situación tan apurada.

Permítame usted, nena, que le diga que a todos los hombres les parece que deben a Dios su condición social. El uno ha nacido para lucir los entorchados de general; el otro, para ser literato...; aquel otro, para mandar; esto otro, para, sin rechistar, obedecer. Así es la realidad, y eso responde a las facultades humanas; éste tiene aptitud para tal cosa; para tal otra, aquel otro; pero las aptitudes es Dios quien las da.

Yo llevo ya treinta años de servicio en la oficina. Cumpló mi deber con escrupulosidad; procuro siempre ser modesto, y jamás he incurrido en falta alguna. Como ciudadano y como persona humana, me tengo fundadamente por un hombre, con sus correspondientes defectos y sus correspondientes virtudes. Mis superiores me estiman, y hasta su excelencia está contento de mí... Aunque hasta ahora no me haya dado muestra alguna de su satisfacción, yo sé de buena tinta que así es, que está satisfecho de mí. Tengo un carácter de letra agradable, ni muy grande ni muy pequeño; sobresalgo en la escritura cursiva; pero, en general, lo hago bien. De todos los empleados del ministerio, puede que sólo uno, Iván Prokófievich, tenga tan buena letra como yo, es decir, que se aproxima a la mía. Yo he echado canas en el servicio. No creo haber incurrido jamás en falta alguna grave. Claro que leve ¿quién no ha cometido

alguna? Todos pecamos, hijita; incluso usted misma. Pero yo no tengo sobre mi conciencia ningún gran delito, ni siquiera un acto consciente de insubordinación..., como el haber perturbado la tranquilidad pública o algo por el estilo... No, no tengo que reprocharme nada de eso; nunca han tenido que reñirme por nada semejante. Hasta me han concedido una crucecita...; pero ¿a qué hablar de ello? Todo esto debería saberlo ya, y también él debería saberlo, pues al ponerse a descubrir hubiera debido empezar por enterarse de todo. ¡No; nunca la habría creído capaz de tal cosa, hijita! No; no me lo habría esperado de usted, Várinka.

¡Cómo! Pero ¿es que no me pueden dejar vivir en paz, en mi rincón..., del modo y en la forma que sea..., en paz y sosiego, sin enturbiar las aguas, sin molestar a nadie, temeroso de Dios y retraído, para que tampoco los demás me molesten no metan la nariz en mi tabuco y me lo husmeen todo? ¡Para ver cómo van tus cosas: si tienes, por ejemplo, un buen chaleco y no te falta nada en punto a ropa interior, y tienes también botas, y cómo están las suelas, y qué comes, y qué bebes, y qué copias! ¿Qué tiene de particular, hija mía, que yo, cuando el piso está malo, ande de puntillas para no estropearme las botas?

¿Por qué se han de llenar carillas a expensas del prójimo para decir que a veces pasa sus apuros de dinero y no prueba el té? ¡Cómo si todos los mortales sin excepción alguna, hubiesen de tomar té! ¿Acaso le miro yo a la gente la

boca para ver lo que come? ¿A quién le he inferido yo tal ofensa? No, hija mía; ¿por qué hacerle daño a quien no hizo ninguno?

Mire: voy a ponerle un ejemplo, Varvara Aleksiéyevna: aquí tiene usted un hombre que sabe lo que se dice; servir, servir, cumplir con su deber a conciencia y celosamente..., sí, y hasta te estiman los superiores (digan los otros lo que quieran; pero lo cierto es que te estiman), y de pronto se te planta alguien delante de tus narices, y sin motivo alguno y sin venir a cuento, se pone a garrapatear un libelo a tu costa, ¡sí, señor, un pasquín como el de ese librito!

Cierto que el que inventa algo nuevo se pone muy ufano y hasta, por efecto de la misma alegría, pierde un poquito el sueño... Sí; no, no hay más que ver: se compra usted, por ejemplo, unas botas nuevas... ¡Con qué gusto se las pone! Esto es verdad; esto lo he sentido yo mismo, pues, agrada muchísimo verse calzado en unas botas finas; eso está muy bien descrito en el libro. Pero, no obstante, sinceramente le confieso que me choca que Fiodor Fiodórovich haya podido leer el libro y no darse por ofendido.

Cierto que el que inventa algo nuevo joven y gusta de pisarles los pies alguna vez a sus subordinados. ¿Por qué no habría de sentir ese gusto? ¿Por qué no habría de leerles la cartilla, puesto que de nosotros no hay quien saque partido de otro modo? Bueno: digamos que sólo lo hace por fórmula...; pero también eso es necesario. Se deben tener las riendas tirantes, se debe

mostrar energía, pues de otra suerte..., aquí, entre nosotros, Várinka, sin energía sin severidad, no se consigue nada de nosotros; cada cual quiere únicamente conservar su empleo y poder decir: «Yo estoy empleado acá o allá»; pero, en cuanto a trabajar, todos buscan, cuando pueden, el modo de escurrir el bulto. Pero como hay muchas categorías y cada una de ellas requiere que se le administre la reprimenda merecida en el tono que corresponde, resulta, naturalmente, que hay también diferentes tonos cuando alguna vez el jefe les regaña a todos..., ¡lo cual está bien!

En esto se basa el mundo, hijita: en que siempre hay uno que les manda a los demás, y les tira de las riendas... A no ser por esa medida de precaución, no podría el mundo subsistir en momento siquiera, pues ¿qué sería del orden? Me maravilla realmente que Fiodor Fiodórovich haya podido dejar pasar inadvertida semejante ofensa.

Pero ¿para qué escribir nada? ¿A qué conduce eso? ¿Es que algún lector va a poder comprarse así una capa siquiera? ¿O un par de botas nuevas?... No, Várinka; el lector lo que hace es leer el libro y quedarse esperando la continuación.

La gente se esconde, se oculta, se acoquina, tiene miedo, incluso, de asomar la nariz, por temor a la burla, porque se sabe que todo cuanto en el

mundo existe puede prestarse al libelo. Anda, saca a relucir en letras de molde toda tu vida, así la oficial como la doméstica; que todo se publique y se lea y provoque cuchufletas y risas. ¡Ya no es posible dejarse ver por las calles! Pero

¡aquí está todo exactamente descrito, que sólo por el modo de andar lo pueden conocer a uno! Si siquiera a lo último hubiera el autor variado algo la cosa, quiero decir que la hubiera suavizado, como por ejemplo, diciendo, después de cada uno de esos pasos en que le pone a su héroe fue siempre un ciudadano honrado y virtuoso y no se hizo acreedor a tratamiento tal de parte de sus colegas; que era obediente con los superiores y cumplía concienzudamente sus deberes (aquí hubiera podido intercalar el autor un ejemplito); que jamás deseó a nadie nada malo, y que creía en Dios y que al morir (si es que irremisiblemente tenía que morir) le lloraron todos.

Pero lo mejor hubiera sido no haberlo hecho morir al pobrecillo, sino haber arreglado las cosas de suerte que hubiera parecido su capa y que Fiodor Fiodórovich..., pero ¡qué digo!..., que aquel alto jefe hubiese estado más al tanto de sus virtudes y lo hubiese empleado en su oficina, destinándolo a un alto puesto y aumentándole el sueldo, de modo que hubiese quedado castigado el malo y la virtud triunfante... ¡Así sus compañeros de oficina habrían sentido envidia de él!

Sí; yo, por ejemplo, así lo hubiera hecho, pues así como está escrita...,

¿qué tiene de particular ni de bella la novela? ¡Se reduce, sencillamente, a un ejemplo de la humilde vida cotidiana! Y ¿cómo ha podido usted decidirse a enviarme a mí semejante libro? ¡Es un libro maligno, un libro perjudicial, como usted lo oye, Várinka! ¡Es, sencillamente, infiel a la verdad, pues es totalmente imposible que en parte alguna pueda encontrarse un empleado como ése! ¡No; tengo que quejarme, Várinka; tengo que quejarme sencilla y expresamente!

Su seguro servidor,

27 de julio.

Makar Dievuschkin.

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Su carta y los últimos acontecimientos me han llenado de susto, tanto más cuanto que a lo primero no acertaba a explicarme de qué se trataba..., hasta que Fiodora me lo contó todo. Pero ¿por qué ha de desesperarse usted hasta ese extremo y sobresaltarse por semejante causa? Sus explicaciones no me han satisfecho. Makar Aleksiéyevich, en absoluto. ¿Ve usted ahora cómo tenía yo razón al insistir en aceptar aquella colocación tan ventajosa? Me aconseja especialmente mi última aventura.

Dice usted que el cariño que me tiene ha sido quien le ha hecho ocultarme

muchas cosas. Yo sabía muy bien hasta qué punto le debía gratitud, aunque usted me aseguraba que sólo gastaba en mí lo superfluo; que, de otra suerte, lo hubiera guardado en la gaveta. Pero ahora que ya sé que usted no tiene ningún dinero guardado; que usted, al enterarse casualmente de mi triste situación, sólo por piedad y lástima decidió gastar en mí el sueldo, que, además, pedía por adelantado, y que durante mi enfermedad llegó usted incluso a vender sus ropas de vestir... Ahora me encuentro en un trance sumamente difícil, hasta el punto de no saber cómo interpretar lo ocurrido ni qué pensar de todo ello.

¡Ah Makar Aleksiéyevich! Usted habría debido contentarse con prestarme la más urgente ayuda por compasión y por afecto

de pariente, sin propasarse, además, a esos gastos innecesarios, que representan un verdadero derroche. Usted me ha engañado, Makar Aleksiéyevich; ha abusado usted de mi confianza, y ahora que me veo obligada a oír que usted ha gastado hasta el último céntimo en comprarme a mí trajes, dulces y libros y en llevarme a excursiones y al teatro..., ahora pago yo caro todo eso con los reproches que a mí misma me hago y con el amargo pesar que siento por mi imperdonable ligereza, pues lo aceptaba todo de usted sin preguntarle de dónde procedía. De este modo todo toma ahora otro semblante, y aquello con que usted quiso darme una alegría se convierte en una carga abrumadora, y el pesar deslució el recuerdo de lo que un día fue grato.

En los últimos tiempos no dejé de notar, naturalmente, que estaba usted abatido; pero aunque yo misma, asaltada de presentimientos, barrunté algo malo, no podía ni remotamente figurarme lo que ahora sucede. ¡Cómo! Pero

¿hasta ese punto ha podido usted perder el juicio, Makar Aleksiéyevich? ¿Qué dirán ahora de usted las personas que lo conocen? ¿Es posible que usted, a quien yo, como todo el mundo, estimaba tanto por su bondad, sencillez y su dignidad, haya venido a contraer un vicio tan repugnante y que nunca, según parece, le sedujo?

¡No sé lo que pasó por mí al contarme Fiodora que lo habían encontrado a usted ebrio en la calle y que la Policía había tenido que conducirlo a su casa! Me quedé de una pieza..., y eso

que ya me había yo figurado algo extraordinario, puesto que llevaba usted cuatro días sin aparecer. Pero ¿no ha pensado usted, Makar Aleksiéyevich, en lo que habrán de decir sus superiores cuando conozcan la verdadera razón de su falta a la oficina? Dicen que todo el mundo se ríe a costa de usted, y nadie ignora ya nuestras relaciones, y que sus vecinos de usted me hacen a mí también objeto de sus burlas. ¡No se preocupe usted, Makar Aleksiéyevich; esté tranquilo, por lo que más quiera!

Me trae también muy inquieta ese otro lance suyo con aquel oficial... No he podido enterarme bien, sino sólo por un rumor cogido al vuelo. Le ruego me explique en qué paró la cosa.

SEGUNDA PARTE

Me escribe usted que teme comunicarme la verdad, pues quizá se expone con ello a enajenarse mi cariño y que durante mi enfermedad, desesperado, lo vendió usted todo para poder sufragar los gastos y evitar que me llevasen a un hospital, y que se entrampó usted hasta los ojos, por lo que su patrona le da ahora escándalos todos los días... Pero, al ocultarme a mí todo eso, hacía usted lo peor que pudiera hacer. Usted quería evitarme el saber que era yo la causa de sus apuros; pero ahora, con decírmelo, me causa usted doble pena. Todo esto casi acaba conmigo, querido Makar Aleksiéyevich. ¡La desdicha es una enfermedad contagiosa, amigo mío! A los pobres y a los desgraciados debían tenerlos lejos los unos de los otros para que no se agravasen mutuamente sus miserias. Yo le he proporcionado a usted un contratiempo cual nunca lo experimentó tan grave en toda su vida. Esto me atormenta lo indecible y me quita todo brío.

Escribame todo con sinceridad, todo lo que le sucede y cómo ha podido usted abandonarse hasta ese extremo. Tranquilícese usted si le es posible. No hablo por egoísmo, sino por el afecto y el cariño que le tengo, y que nada en el mundo podrá ahuyentar de mi corazón.

Le quiere de todas veras,

28 de julio.

Varvara Dobroselov.

Mi apreciable Varvara Aleksiéyevna: Sí; ahora que ya todo pasó y quedó conjurado, y de nuevo poco a poco vuelve el agua a su cauce, puedo ser sincero con usted, hija mía. Bueno; ¿conque le inquieta a usted lo que la gente piense y diga de mí? Pues me apresuro a manifestarle que en la oficina me muestran más aprecio que antes. Y después de contarle a usted mis calamidades y contratiempos, puedo comunicarle ahora que de todo eso no se ha enterado aún ninguno de mis jefes; así que todos ellos me siguen teniendo en la misma favorable opinión. Sólo una cosa temo: los chismorreos. Aquí, en casa, gritaba la patrona; pero como yo ya le he pagado, gracias a sus diez rublos de usted, parte de mi deuda, se limita ahora a gruñir por lo bajo. Y por lo que a los demás se refiere, no va peor la cosa: con no pedirles dinero, en todo lo demás son buena gente. Pero, para remate de mis explicaciones, diré a usted aún, hijita, que para mí su estimación vale más que todo el mundo, y que

con no haberla perdido me consuelo en los apuros presentes. Gracias a Dios ya pasaron el primer golpe y los primeros sinsabores, y que usted es tan buena que se hace cargo de todo y no me tiene por un mal amigo y un hombre egoísta al haberme empeñado en retenerla aquí con nosotros y engañarla, pues yo la quería y no tenía valor para separarme de usted, ángel mío. Me he aplicado de nuevo con todo fervor a mi tarea, y me afano para reparar mi yerro cumpliendo fielmente mis deberes burocráticos. Yevstafii Ivánovich nos dijo ayer palabra al pasar yo a su lado.

No quiero ocultarle a usted, hijita, que mis deudas y el mal estado de mi traje me contrarían grandemente; pero esto ya se arreglará, y, entre tanto, yo le suplico a usted no se preocupe de cosas menudas.

Me envía usted otro medio rublo, Várinka, este medio rublo me ha traspasado el corazón. ¡De modo que así anda ahora la cosa y así se han vuelto las tornas! No soy yo, el viejo imbécil, quien le ayuda a usted, angelito, sino usted, mi pobre huerfanita, quien me ayuda a mí. Hay que dar gracias a Fiodora, que procuró el dinero. Yo no tenía la menor idea de poder hacer nada en ninguna parte, hija mía; pero usted, en cuanto sepa de alguna posibilidad, dígamelo, y yo le escribiré más detalladamente. ¡Los chismorreos, sólo los chismorreos me inquietan!

Quede usted con Dios, hija mía. Beso sus manecitas y le suplico rendidamente que haga por ponerse del todo buena. Le escribo con tanta brevedad, porque debo darme prisa para ir a la oficina, pues quiero, con el celo y la aplicación, compensar mis faltas y tranquilizar poco a poco mi conciencia. Un relato más detallado de mis incidentes, así como de aquel lance con los oficiales, son cosas que dejo para esta noche. Ahora no tengo tiempo.

Su amigo que la respeta y quiere,

28 de julio.

Makar Dievuschkin.

Mi querida Várinka: ¡Ah Várinka, Várinka! Ahora la culpa es suya, y habrá de pesar sobre su conciencia. Con su carta ha acabado usted con las últimas fuerzas de superioridad que me quedaban y me ha aturdido por completo; hasta este momento, en que he podido pensar en ello con toda calma y arrojar una mirada hasta lo más profundo de mi corazón, no he podido ver y darme perfecta cuenta de que yo tenía razón. Razón sobrada. No hablo ahora de mis tres días terribles (sea buena, hijita, ¡no hablemos más de eso), sino que me limito a insistir en que yo le tengo a usted cariño y en modo alguno era absurdo que yo la quisiese a usted; ¡no, señor; en modo alguno lo era! Pero usted, hijita, no sabe aún de la misa la media. ¡Si usted supiese cómo fue eso,

cómo llegué yo a tomarle cariño, se expresaría usted de otro modo! Usted dice ahora eso, y yo estoy convencido de que en su corazón piensa otra cosa.

Mire, hijita: si le he de decir la verdad, yo mismo no sé exactamente qué fue lo que me ocurrió con aquel oficialite. Debo confesarle, ángel mío, que hasta ese momento me encontraba yo en la situación más espantosa. Imagínese usted, hija mía, que yo llevaba ya todo un mes pendiente, como quien dice, de un cabello. Mis apuros eran tan grandes, que yo no sabía ya que iba a ser de mí. A usted se lo ocultaba yo, y aquí, en casa, también conseguía disimularlo; pero la patrona se encargaba de decírselo a todo el mundo. Yo no me habría

apurado por eso mucho, y la habría dejado gritar cuanto quisiese a esa tía escandalosa; pero, en primer lugar, era eso una vergüenza, y, en segundo, tenga usted en cuenta que, no sé por dónde, se había enterado ella de nuestra amistad y se ponía a decir tales cosas en la casa respecto a nosotros, que yo me mareaba y tenía que taparme los oídos. Pero los demás huéspedes no se los tapaban, sino que, muy al contrario, los abrían de par en par. Tampoco sé yo ahora, hijita, dónde esconderme de ellos...

Pues bien; mire usted, angelito mío: yo no estaba hecho a semejante turbión de desdichas de toda índole. Y he aquí que de pronto hube de enterarme por Fiodora de que un tipo insignificante se había presentado en vuestra casa y díchole a usted no sé qué cosas ofensivas. Que usted debía de haberse dolido mucho de la ofensa eso podía yo, hija mía, juzgarlo por mí mismo, pues también a mí me había lastimado en los más vivo. Bueno...; pues nada, hijita: que perdí el juicio, perdí la cabeza y me perdí yo también. Me entró, Várinka, una cólera tan fuerte como en toda mi vida experimentara.

Inmediatamente quise correr en busca de aquel tío, de aquel seductor, para el que nada había sagrado en este mundo.

Aunque, a decir verdad, ni yo mismo sé lo que quería. Pero sí; lo que yo quería era que nadie la ofendiese a usted, ángel mío. ¡Bueno!... ¡Qué tristeza! Lluvia y fango fuera, y dolor y pesar dentro, ¡en el alma!... Ya pensaba yo en volverme... Pero en aquel instante sucedió lo fatal. Me di de manos a boca con

Yemelia, con Yemelia Ilich..., el cual es un compañero de oficina, es decir, lo era, porque ahora ya no lo es, pues lo han dejado cesante por no sé qué causa... Ignoro en qué se ocupará ahora... Ya habrá sabido meter la cabeza en algún sitio... Bueno. Yemelia se pegó a mí, y seguimos juntos luego... Sí; hay que decirlo todo, Várinka, aunque no habrá de causarle ninguna alegría enterarse de los malos pasos y yerros de su amigo... y escuchar el relato de todas mis aventuras. Al tercer día, a eso del oscurecer..., Yemelia, Dios le perdone, había estado azuzándome... Me fui, por último, a ver al tenientito. Yo me había enterado de sus señas por nuestro criado. Ya hacía tiempo..., ahora viene a pelo decirlo..., que yo tenía entre ceja y ceja a ese pollo; le había observado muy bien cuando estaba de huésped en casa. Ahora comprendo, sin embargo, que no me conduje correctamente, pues no estaba nada despejado cuando le hice anunciar mi

visita. Y luego, luego, hijita, ya no sé, francamente, lo que sucedió. Sólo recuerdo que estaban con él muchísimos oficiales, aunque es posible, vaya usted a saber, que yo lo viera todo doble. Tampoco sé apunto fijo lo que yo hiciera allí; sólo creo recordar que me puse a hablar por los codos y poseído de una indignación honrada. Luego, finalmente, me echaron entre todos y rodé escaleras abajo, aunque no es verdad, en último término, que me echasen literalmente, sino que yo me eché a mí mismo. Cómo pude volver a casa, eso sólo Dios los sabe. ¡Ahí

tiene usted todo, Várinka! Yo, naturalmente, me he comprometido mucho, y con ello ha padecido no poco mi reputación; pero nadie sabe del todo lo ocurrido, ninguna persona extraña, nadie, quitándola a usted; de modo que, en fin de cuentas, es como si no hubiese pasado nada.

¿Será quizá así, Várinka de mi alma? ¿Qué le parece a usted? Lo único que me consta de fijo es que el año pasado Aksentii Osípovich le puso las manos encima a Piotr Petróvich; pero no lo hizo públicamente, sino a solas. Le rogó que pasara al cuarto de guardia; pero yo lo presencié todo por casualidad; bueno; pues cuando allí lo tuvo, la emprendió con él como creyó oportuno, pero guardándole todos los respetos, pues, como le digo, nadie se enteró del lance... sino yo. Sólo que yo, claro..., no soy nadie, es decir, que si me preguntaran me limitaría a decir que nada había oído, por lo que es absolutamente igual que si de nada me hubiese enterado. Bueno; pues luego de eso, Piotr Petróvich y Aksentii Osípovich han continuado tratándose como si tal cosa. Piotr Petróvich es, como usted sabe, muy orgulloso, y ha tenido buen cuidado de no decirle a nadie nada, y ahora ambos, cuando se encuentran, se saludan y hasta se san las manos, cual si nada hubiera sucedido entre ellos.

No le digo que no, Várinka; no me atrevo a contradecirla; comprendo yo mismo que he caído muy bajo, y hasta, lo que es más horrible, que he perdido mucho de mi dignidad. Pero probablemente todo esto estaría escrito desde el día que nací;

ése sería mi sino..., y al sino, como usted sabe, no hay quien pueda darle esquinazo.

Conque ya tiene usted aquí, Várinka, la relación circunstanciada de cuanto hubo de ocurrirme en mis apuros y desventuras.

Como usted ve, son de una índole tal, que más vale no hablar de ello. Estoy enfermo, Várinka, y han huido de mí todos los buenos sentimientos. Pongo fin a estas líneas reiterándole a usted, Varvara Aleksiéyevna, la seguridad de mi afecto, aprecio y estimación, y quedo su servidor más fiel,

29 de julio.

Makar Dievuschkin.

Mi querido Makar Aleksiéyevich: He leído su carta y batido
palmas. ¡Dios mío, Dios mío! Mire usted, amiguito: o me oculta
usted algo, o sólo me ha

escrito una parte de sus calamidades, o... verdaderamente,
Makar Aleksiéyevich, será que yo no acabo de entender bien su
carta... Venga usted hoy a verme, ¡por lo que más quiera! Y oiga
usted: venga, sencillamente, a comer con nosotras. Yo no sé
qué vida hace usted ahí ni cómo está ahora con la patrona.
Usted no me dice nada de eso en sus cartas, y no parece sino
que lo hace con toda intención, como si no quisiera decírmelo.
Conque hasta la vista, amiguito; venga usted hoy sin falta. Pero
sería lo mejor que viniese a comer con nosotras, Fiodora guisa
muy bien. Hasta luego, pues. Suya,

1 de agosto.

Varvara Dobroselov.

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Usted se alegra, hijita, de que Dios Nuestro Señor le ofrezca hoy una oportunidad de pagar bien con bien y demostrar su gratitud. Creo en esto, Várinka, y creo en la bondad de su corazón, y no he de dirigirle a usted ningún reproche; pero usted tampoco me los habrá de dirigir como en otro tiempo, tildándome de dilapidador. Yo incurrí en ese pecado una vez... ¡Qué hemos de hacerle!... Si es que usted se empeña en sostener que eso sea pecado. Aunque, créalo usted, Várinka, ¡duele oírle decir a usted precisamente esas cosas!

Pero no me tome usted a mal el que yo le hable así. ¡Tengo todo dolorido el corazón, hijita! Los pobres somos tercos... Lo ha dispuesto así la naturaleza. Yo lo había observado y sentido así ya antes de ahora. El pobre es susceptible; ve el mundo de otro modo, mira a cada transeúnte de soslayo, con recelo, y coge al vuelo la menor palabra... ¿Si estarán hablando de él? ¿Si será que están comentando en voz baja su desastrado aspecto? ¿Si no se estarán preguntando qué es lo que hace ahora? ¿Quién sabe si inquirirán también cómo se las bandea, cómo sale del paso? Todos sabemos, Várinka, que un hombre pobre es peor que un pingajo y que, dígame lo que se quiera, no puede merecerle a nadie la menor estimación. Porque por más que escriban esos literatuelos, un pobre siempre será un pobre con todas sus consecuencias. Y ¿Por qué ha de ser siempre un

pobre? Pues porque en un hombre pobre, todo, por decirlo así, debe estar con el lado izquierdo hacia afuera, no puede tener nada guardado en lo más íntimo, ningún orgullo, por ejemplo, ni otro sentimiento análogo, pues no se lo tolera. No hace mucho decíame Yemelia que una vez hicieron para él una colecta no sé dónde, y que por cada céntimo que le dieron tuvo que sufrir poco menos que una investigación. Aquellos tíos pensaban que no debían darle, así como así, sus limosnas... ¡Nada de eso! Pagaban para que les enseñasen a un pobre. Hoy, hijita, resultan muy particulares los beneficios...

¡Quizá lo hayan sido siempre, quién sabe! O será que no lo entiende la gente,

o que lo entiende ya de sobra... Una de las dos cosas.

¿Ignoraba usted esto, por ventura? ¡Pues no lo olvide ahora! Créame usted, Várinka, que si sobre otras muchas cosas no sé absolutamente nada..., lo que es sobre ésta sé más que muchos. Pero ¿de dónde puede un individuo saber estas cosas? Y, sobre todo, ¿por qué, piensa así? Sí, ¿de dónde lo sabe?... Pues... por experiencia. Exactamente igual que ese señorito que camina a su lado y dentro de un instante entrará en un restaurante, ya pensando para sus adentros: «¿Qué tendrá para comer este mediodía ese empleaducho? Yo voy a pedir ahora mismo sauté aux papillotes, mientras que él es posible que tenga que contentarse con una papilla sin manteca.» Pero ¿qué le importa

a él que yo sólo tenga para comer una papilla sin manteca? Sí, hay hombres así, Várinka; existen verdaderamente esos hombres que sólo piensan esas cosas. Y se mueven entre nosotros esos tipos inútiles, esos fisgones y chismosos, y por todas partes se cuelan, mirando a ver si pisa uno con toda la planta o sólo con la punta del pie, tomando nota de si este empleado o aquel otro de tal o cual oficina llevan botas por las que se les asoma el dedo gordo, o tienen rozadas las mangas del uniforme por los codos, todo lo cual lo escriben luego sin omitir detalle, y sin más preámbulo lo dan a la imprenta, y allá te va... Pero

¿qué les importa a ellos que yo tenga gastadas las mangas de mi uniforme por

los codos? Sí; si usted me perdona lo fuerte de la expresión, le diré, Várinka, que un pobre en ese estado siente una vergüenza idéntica al pudor virginal de usted. Usted -perdone este burdo ejemplo- no se desnudaría delante de todo el mundo, ¿verdad? Pues vea: exactamente igual, con el mismo desagrado, ve el pobre que meta nadie la nariz en su perrera para fisgar cómo viven él y lo suyos. ¿Qué razón existe, Várinka, para ofenderme a mí justamente con mis enemigos, que han faltado al honor y a la buena reputación de un hombre honrado?

Bueno; pues esta mañana estaba o sentadito en mi oficina, completamente callado y absorto, cuando me hube de imaginar mi propia figura cual la de un gorrión sin plumas, de suerte que llegué a sentir deseos de morirme de puro avergonzado. ¡Me

daba vergüenza, Várinka! Es que sin querer pierde uno el valor cuando sabe que por los sietes de las mangas se le ven los codos y que los botones de la chaqueta están pendientes de un hilito. ¡Y yo lo tendía todo como maleficiado y en completo abandono! Y sin querer pierde uno el valor. Sí, ¿qué de raro tiene? El mismo Stepán Kárlovich, al hablarme de algo relacionado con el servicio, empezó, sí, hablándome de eso, y luego, de pronto, sin darse cuenta, exclamó: «¡Ay Makar Aleksiéyevich!»; pero no llegó a decir lo otro, lo que pensaba en sus adentros; sólo que yo lo adiviné todo y me puse colorado, hasta el punto de que la calva misma se me debió de teñir de rosa. Eso, en el fondo, no significa nada, pero siempre causa cierta inquietud y le da un rumbo melancólico a nuestro pensamiento. ¿Ha sentido usted alguna vez algo semejante? Sí, verdaderamente, hablándole con

franqueza, tengo vehementes sospechas acerca de cierto individuo. ¡Con esos bandidos no hay quien pueda! ¡Lo despojan a uno sin más ni más! ¡Son capaces de vender de balde su vida, Várinka! ¡Para ellos no existe nada sagrado!

¡Yo sé ya de quién fue esa hazaña; fue obra de Ratasayev! Este debe de tener amistad con alguno de nuestra oficina, y habrá ido allá y le habrá dicho algo al interesado, probablemente poniendo en el relato algo de su cosecha. Si no es que lo ha contado en su oficina y de allí se ha corrido el cuento por otras dependencias de la casa, hasta llegar a nuestro negociado. En

casa están todos perfectamente enterados y hasta señalan con el dedo a su ventana de usted. Me consta que lo hacen. Y ayer a mediodía, al dirigirme a su casa de usted para comer con ustedes, se escondieron detrás de las ventanas, asomando la cabeza con mucho cuidado para que no los viéramos, y la patrona decía que el diablo había hecho un pacto con un niño de pecho, y luego se explayaba de un modo aún más indecente a cuenta de usted.

Pero todo esto no es nada comparado con el escandaloso designio de Ratasayev de sacarnos a ambos en una de sus noveluchas y describirnos en una donosa sátira. Así lo ha dicho él mismo y así me lo han advertido algunos buenos amigos de la oficina. Yo no puedo pensar ya en otra cosa, hijita, y no sé qué partido tomar. Sí..., aunque haya uno olvidado ya sus pecados, hemos enojado mucho a Dios ambos, ¡ángel mío!

Quería usted, hijita, enviarme un libro para que no me aburriese. Déjelo usted por ahora, nena; ¿para qué lo necesito? Y ¿de qué libro se trata? ¡No será todo de cosas de la realidad! Pero también las sátiras y las novelas son disparates, escritas con propósito de decir desatinos, y para que las personas ociosas tengan algo que leer. Crea, hijita, lo que le digo: haga usted caso de mis muchos años de experiencia. Y si empezamos por Shakespeare -¡vea usted, la literatura cuenta con un Shakespeare!-, ¡ese mismo Shakespeare es un puro disparate y nada más que un disparate, un puro librejo de burla y escarnio, escrito por esos garrapateadores para divertir al público!

Suyo,

2 de agosto.

Makar Dievuschkin.

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Por favor, ¡no se inquiete usted! Dios nos dará su ayuda y ya verá cómo todo se arregla. Fiodora ha encontrado para las dos mucho trabajo, y en seguida, muy contentas, nos hemos puesto a hacerlo. Quizá con esto tengamos para poner de nuevo todas las cosas en orden. Me ha dicho Fiodora que ella cree que Ana Fiodórovna está muy

enterada de todos mis contratiempos últimos; pero a mí me es de todo punto indiferente. Yo estoy hoy resueltamente alegre.

Conque quería usted tomar dinero a rédito... ¡Dios le libre de hacer tal cosa! Con eso no haría usted más que agravar sus males, pues tendría que pagar luego mayor cantidad, y ya sabe

usted lo difícil que es eso. Haga usted ahora una vida más económica, venga con más frecuencia a vernos y no se preocupe usted por lo que diga su patrona. Cuanto a sus otros enemigos y todas las demás personas que piensan mal de usted, convencida estoy de que usted se tortura con aprensiones totalmente infundadas. Makar Aleksiéyevich.

También podía usted estimar un poquito más su estilo; no es ésta la primera vez que le digo que escribe usted de un modo incomparable. Bueno, hasta la vista. Conste que le espero sin falta. Suya.

3 de agosto.

V. D.

Angelito mío, Varvara Aleksiéyevna: Me apresuro a comunicarle, alma mía, que vuelvo a tener nuevas perspectivas y nuevas esperanzas. Pero antes permítame usted, alma mía, que le diga una cosa: ¿opina usted que yo no debo tomar dinero a rédito? ¡Pero si no es posible salir adelante de otro modo, palomita mía! A mí me va la cosa mal; pero ¿y ustedes, a las cuales puede ocurrirles algo de improvisado? ¡Anda usted siempre tan delicadita! Por eso digo que es imprescindible necesario el tomar algún dinero a rédito. Y ahora, escúcheme usted.

Debo hacerle presente, ante todo, que yo tengo mi asiento en la oficina al lado de Yemelia Ivánovich. Este Yemelia no es aquel otro individuo del mismo nombre del que ya la hablé a usted. Es, lo mismo que yo, un funcionario del Estado. Ambos somos los más antiguos del negociado, los veteranos, como nos suelen llamar. El tal Yemelia es un hombre bonísimo, sin pizca de egoísmo, pero apenas si habla dos palabras seguidas, y para que usted vea lo que son las cosas, tiene todo el aspecto de un verdadero oso. Trabaja a conciencia en la oficina, escribe con buena letra inglesa y, si he de decir la verdad, no lo hace peor que yo. Es, además, un hombre verdaderamente honrado. Nosotros no hemos tenido nunca lo que se dice intimidación, limitándonos al cambio de saludos: «¡Buenos días!», y «¡Quede usted con Dios!»; pero suele ocurrir a veces que yo, por ejemplo, necesito un cortaplumas, y entonces voy y le digo: «Querido Yemelia Ivánovich, ¿podría usted dejarme su cortaplumas un momentito?» Verdadera conversación no la hemos sostenido

nunca; pero, no obstante, hemos cambiado esas palabrillas que es costumbre se crucen entre empleados que trabajan en la misma mesa.

Bueno, pues verá usted. Hoy, el tal Yemelia hubo de decirme de pronto:

«Makar Aleksiéyevich, ¿por qué está usted tan pensativo?»

Yo pude advertir que él me hablaba con la mejor intención y... fui y me confié a él. Abríle el pecho y se lo conté todo, de pe a pa; es decir, todo no se lo conté..., y, naturalmente, si Dios me tiene de su mano, no se lo contaré nunca a nadie, porque me faltaría el valor. Várinka; pero sí le referí algunas cosas; en otras palabras: que le confesé que me encontraba en un apuro de dinero, etc., etc.

-Pero, padrecito -me dijo Yemelia Ivánovich-, usted podría encontrar quien le diese dinero a rédito, por ejemplo Piotr Petróvich, que presta con su tanto por ciento. También yo le he tomado dinero a préstamo. Y puedo asegurarle a usted que no me lleva un interés muy elevado, ¡no, señor!

Ahora bien: Várinka, al oírle, empezó a darme saltos el corazón de puro alegre... ¡Cómo me palpitaba! Pensaba, y pensaba, y ponía toda mi confianza en Dios, que, ¡quién sabe, quizá le inspire a Piotr la idea de prestarme dinero! Y en seguida me puse a echar la cuenta, a ver la forma como podría yo pagarle a la patrona y ayudarle algo a usted, y darme yo una vueltecita

también para adquirir de nuevo aspecto humano..., pues estoy hecho ya una verdadera vergüenza, y me la da a mí de sentarme en mi sitio, eso sin contar con que los jóvenes se están siempre riendo de uno... ¡Dios los perdone! Pero es que también Su Excelencia pasa algunas veces junto a nuestra mesa, y si alguna vez... ¡Dios nos libre y nos guarde!... al pasar, le diera por echarme una miradita y fijarse en que voy vestido de una manera impropia..., porque ha de saber usted que Su Excelencia considera el primor y el orden como lo más importante en el mundo. Probablemente no diría nada, pero yo, Várinka, yo creo que me moriría de vergüenza en el acto... Como se lo digo a usted. Así que hice acopio de valor, disimulé todo lo que pude mi susto y me fui a ver a Piotr Petróvich, lleno, por una parte, de esperanza, y por otra, de inquietud...

Bueno; pues todo esto, Várinka, paró en... nada. Estaba el sujeto muy ocupado, hablando, por cierto, con Fedosei Ivánovich. Yo me acerqué a él y le di un golpecito con mucha discreción en el brazo, como dándole a entender que tenía necesidad de hablarle. Él se volvió a mirarme, y... entonces fui yo y, poco más o menos, le dije lo siguiente: «Tal y cual, etc. Piotr Petróvich, si puede ser, aunque sólo sea unos treinta rublos...» Él, a lo primero, pareció no haberme comprendido; pero yo volví a explicárselo todo. Y entonces él fue y se echó a reír, pero sin decirme palabra. Yo empecé de nuevo con mi retahíla, y entonces él me preguntó: «¿Tiene usted alguna garantía?»; luego volvió a abismarse en sus papeles y continuó escribiendo,

sin siquiera dirigirme una mirada. Todo lo cual hubo de cohibirme un poco. «No -le dije-, garantía no tengo, Piotr Petróvich.» Y le expliqué: «Pero yo le devolveré el dinero, en cuanto cobre mi sueldo de este mes, y eso será lo primero que haga y mi

primera obligación.» En aquel momento lo llamó no sé quién y salió de la oficina, donde yo me quedé aguardándolo. No tardó en estar de vuelta. Se sentó, aguzó su pluma... y, a todo esto, sin reparar en mí. Pero yo volví a la carga, diciéndole: «Conque, Piotr Petróvich, ¿no habría modo de arreglar el asunto?»

Él no decía nada, y parecía como si no me hubiese oído, en tanto yo permanecía de pie, está que está... «Bueno -pensaba yo-, lo intentaré otra vez, la última», y volví a tocarle en una manga. Pero él no despegó los labios, Várinka; quitóle un pelillo a la pluma y siguió escribiendo. Entonces yo me retiré de allí.

Mire usted, hijita: puede que estos sujetos sean muy honorables; pero como soberbios, sí que lo son, y no poco... ¡A ellos no hay forma de llegar, Várinka! Y para que usted lo sepa es por lo que le he contado este episodio.

Yemelia Ivánovich se echó al punto a reír y movía la cabeza; pero el pobre, como es muy bueno, no quería quitarme las esperanzas. Yemelia Ivánovich es realmente un hombre bueno. Me ha prometido recomendarme a cierto individuo que vive en la parte de Viborg y que también presta dinero. Dice Yemelia

Ivánovich que ese individuo me dará el dinero sin falta. ¿Qué le parece a usted? ¡Sin dinero no hay forma de salir adelante! Mi patrona me ha amenazado ya con echarme de la casa y con no dejarme sentar a la mesa. Y tengo las botas en un estado deplorable, hijita, ¡y me faltan la mar de botones y quién sabe cuántas cosas más! ¡Y si le diera por fijarse en mí alguno de los jefes!... ¡Una verdadera desdicha, Várinka; una verdadera desdicha!

Makar Dievuschkin.

4 de agosto.

Querido Makar Aleksiéyevich: ¡Por el amor de Dios, Makar Aleksiéyevich, procúrese usted tan pronto como pueda el dinero! Yo, naturalmente, en las actuales circunstancias, no reclamaría su ayuda a ningún precio, ¡pero si supiera usted en qué situación me encuentro...! ¡No puedo continuar en este piso, necesito mudarme! ¡He sufrido los más desagradables contratiempos y no puede usted figurarse qué excitada y desesperada estoy!

Imagínese usted, amigo mío; esta mañana presentóse en casa inopinadamente un señor extranjero, un hombre ya de edad, casi un anciano, con una condecoración al pecho. Yo estaba muy asombrada y no comprendía qué era lo que deseaba. Fiodora había salido a comprar no sé qué. El visitante empezó a hacerme preguntas: que qué vida hacía yo; que en qué me

ocupaba, y luego..., sin aguardar contestación..., salió diciendo que era el tío de aquel oficial de marras y que le había disgustado mucho la incorrecta conducta de su

sobrinillo; sobre todo, que hubiera puesto mi buena reputación en entredicho... Que su sobrino era un tarambana, que en nada reparaba; pero que él, como tío suyo, se creía obligado a compensar sus faltas y a tomarme bajo su protección. Me aconsejaba, además, que no les hiciese caso a los jovencitos; que él, en cambio, sentía por mí la compasión de un padre y un amor paternal y estaba dispuesto a ayudarme en todos sentidos.

Yo me puse encarnada, mas no sabía qué pensar de aquello, pues, naturalmente, no estaba entonces para pensar en nada. Él me cogió la mano y me la estrechó sin soltármela; por más que yo hacía para zafarme, me dio unas palmaditas en las mejillas, diciendo que era muy bonita y que le gustaba mucho, encantándole, sobre todo, los hoyuelos que se me formaban en los carrillos. Siguió hablando por los codos..., y, finalmente, hizo intención de darme un beso... «¡Como soy ya un viejo!» decía. ¡Qué baboso estaba!... En aquel instante llegó de la calle Fiodora. El caballere te se quedó un poco cortado, insistió en que estimaba, sobre todo, mi modestia y mi buena educación, y añadió que celebrarí a mucho que yo le perdiera el miedo. Luego llamó aparte a Fiodora y quiso ponerle dinero en la

mano, con no sé qué pretexto. Fiodora, naturalmente, se lo rechazó.

Visto lo cual, despidióse él; volvió a repetir que lo sentía mucho, y prometió hacerme de allí a poco otra visita y traerme unos pendientes (creo que a lo último estaba un poco cohibido). Me aconsejó, además, que me mudase a otra casa, recomendándome una que es muy mona y no me costaría nada. Repetía que yo le había inspirado un afecto especial, por ser una muchacha honrada y discreta. Luego volvió a encarecerme que tuviese mucho cuidado con los jóvenes libertinos, y, finalmente, explicóme que conocía a Anna Fiodórovna y que ésta le había encargado me dijera que no tardaría en hacerme una vivita. ¡Entonces lo comprendí todo! No puedo dar razón de lo que me sucediera... Era la primera vez que sentía eso y también la vez primera que en tal situación me encontraba: ¡estaba fuera de mí! Yo le eché en cara su proceder..., y Fiodora se puso a mi lado y lo echó materialmente del cuarto. Todo esto es, naturalmente, obra de Anna Fiodórovna... Pero ¿por dónde habrá podido enterarse de estas cosas nuestras?

Pero yo me dirijo a usted, Makar Aleksiéyevich, y le ruego me proteja.

¡Ayúdeme usted; por el amor de Dios, no me deje en este apuro! Por favor, procúrenos usted dinero, aunque sea poco, pues no tenemos absolutamente con qué costear los gastos de una mudanza y por ningún concepto podemos seguir viviendo aquí.

Fiodora piensa sobre esto lo mismo que yo. Necesitamos, por lo menos, veinticinco rublos. Yo le devolveré a usted esa cantidad, ¡que ganaré con mi trabajo! Fiodora me traerá de aquí a unos días labor; así que no se vaya a asustar de que el interés sea muy elevado; no se fije usted en ello y acepte todas las condiciones. ¡Todo, todo se lo devolveré yo a usted; pero no me

abandone usted ahora, por el amor de Dios! Me cuesta un gran esfuerzo irle a usted con esta súplica en las circunstancias actuales; pero usted es mi único amparo, ¡mi única esperanza!

Siga usted bien, Makar Aleksiéyevich, piense en mí y que Dios le atienda.

V. D.

4 de agosto.

Varvara Aleksiéyevna, palomita mía: Mire usted, son esos golpes inesperados precisamente los que me desconciertan. ¡Esas plagas espantosas son exactamente las que dan en tierra conmigo! Esos pisaverdes insulsos y esos vejetes despreciables acabarán por llevarnos al lecho del dolor, no sólo a usted, ángel mío, con tantos sofocos como le proporcionan, sino también a mí, a quien le darán la puntilla los muy tunos. ¡Lo harán como se lo digo, hijita!

¡Pero primero me dejaría yo matar que no ayudarla a usted!
Porque si yo no pudiera ayudarla, Várinka, eso sería para mí la muerte, mi verdadera muerte. Pero en cuanto la haya podido yo acorrer, huya usted de mí en seguida, Várinka, como un pajarillo, pues sólo así se verá libre de esa partida de avechuchos y aves de rapiña que ahora rondan su nido. Aunque esto, hija mía, es lo que más me atormenta. Pero yo también sufro por su culpa, Várinka.

¿Cómo puede usted ser tan cruel? ¡Cómo puede serlo! A usted atormentan, a usted la ofenden, a usted, pajarito mío, corazoncito mío, la hacen sufrir continuamente y, por consecuencia..., todavía se crea usted preocupaciones que también me traen desazonado a mí y me promete devolverme y sacarlo de su trabajo, lo cual quiere decir, en realidad, que usted, con lo delicada que está, va a ponerse a trabajar a destajo, a fin de poderme dar el dinero en el plazo convenido. ¿Ha pensado usted bien, Várinka, en lo que promete? ¿Por qué ha de coser y trabajar y torturarse su pobre cabecita con preocupaciones y estropearse la salud? ¡Ah Várinka, Várinka!

Mire usted, palomita mía: yo no valgo nada, absolutamente nada; me consta que para nada valgo, pero y ame las arreglaré de forma que algo valga. Yo venceré todas las dificultades, yo me buscaré trabajo particular, haré copias para nuestros literatos, iré a verlos, sí; iré a verlos y les pediré trabajo, pues necesitan buenos copistas, ¡me consta que los andan buscando!

Pero usted es preciso evitar que de tanto trabajar se ponga enferma; ¡por nada del mundo lo consentiré!

Yo buscaré, sin duda alguna, buscaré dinero y lo hallaré; que me muera antes de no hacerlo así. Me escribe usted, palomita mía, que no me asuste por lo elevado del interés; segura puede estar de que no me asustaré por ello;

¡resueltamente no me asustaré ya por nada! Tomaré prestados cuarenta rublos,

hijita. ¿No será poco, Várinka? ¿Qué le parece a usted? ¿Me prestarán a mí cuarenta rublos sin más garantía que mi palabra? Lo que yo deseo saber, hija mía, es si usted me cree capaz de inspirarle confianza a cualquiera sólo a la primera mirada. Por la expresión del semblante quiero decir, y, sobre todo...,

¿podrán formar de mí con sólo verme una opinión favorable? Piénselo usted bien, angelito mío, piénselo bien. ¿Puedo hacer yo una buena impresión en quien me ve por vez primera? ¿Soy yo un hombre así? ¿Qué le parece? Mire usted: siento, a pesar de todo, una angustia..., ¡una angustia enfermiza, verdaderamente enfermiza!

De los cuarenta rublos le daré a usted veinticinco, Várinka: dos a la patrona, y el resto me lo reservaré yo para mis gastos.

Verdaderamente, a la patrona debería yo darle más dinero; sí, debería dárselo sin remisión, pero piense usted bien hijita; haga la cuenta de las cosas que necesito más imprescindiblemente, y verá cómo no es posible que de ningún modo pueda darle más dinero... Así que no hay que preocuparse más ni hablar más del asunto, sino dar por resuelta la cuestión. Por cinco rublos me compro un par de botas. Porque le confieso, en verdad, que no sé si mañana me atreveré a presentarme en la oficina con las que llevo puestas. También me vendría muy a pelo una corbata, pues la que ahora tengo lleva ya casi un año de uso; pero como usted de un delantal viejo no sólo me hizo una pechera, sino también una corbata, no hay que pensar por ahora en comprar una nueva. De modo que tenemos ya botas y corbata. Ahora nos faltan los botones, hijita. Usted convendrá conmigo en que de los botones no puedo prescindir y a mi casaca de uniforme se le han caído ya más de la mitad. Yo tiemblo cuando pienso que pudiera suceder que Su Excelencia se fijase en semejante muestra de abandono y dijese con mucha razón... cualquier cosa. No tendría que decirme más de una, pues de fijo que me quedaba muerto en el acto, pero muero de repente, pues de vergüenza, sólo de pensarlo, creo exhalar el ánima. Sí, hija mía, no podría sobrevivir a ese bochorno... De modo que, después de satisfechas esas atenciones, me quedan sus buenos tres rublos para vivir y para comprarme una librita de tabaco, pues el tabaco para mí es la vida, y hoy hace ya nueve días que mi pipa no echa humo. Con franqueza le confieso que yo habría comprado el tabaco, aun sin decírselo a usted antes, sólo que

me avergüenzo de ello ante mi conciencia. Usted es una desdichada que se priva de todo y yo voy a procurarme deleites. Así que se lo prevengo a usted para evitarme remordimientos de conciencia. Le confieso sinceramente, Várinka, que me encuentro actualmente en una situación sumamente desesperada; es decir, como nunca la había experimentado en mi vida. La patrona me desprecia; de estimación o respeto, ni pizca. Por todas partes faltas, por todas partes deudas; pero en la oficina, donde los compañeros nunca me bailaron el agua de nieve..., bueno, de la oficina más vale no hablar. Yo lo disimulo todo, procuro el primero ocultarlo todo y hasta ocultarme yo mismo; cuando entro

en la oficina hago todo lo posible por pasar inadvertido y me escurro por entre los compañeros. Yo sólo tengo valor para contárselo a usted todo francamente... Pero ¿y si no me dieran el dinero?

No; es mejor, Várinka, no pensar en ello y no atormentarse con semejantes figuraciones, que ya por adelantado le quitan a uno el valor. Yo sólo le escribo a usted estas cosas para prevenirla y ponerla en guardia, a fin de que no piense en ello ni se atormente con otras ideas tristes. ¡No lo haga usted así! Pero, Dios mío, ¡qué sería de usted! Seguramente no podría mudarse de cuarto y tendría que seguir siendo mi vecina..., pero no, no podría resistir ese golpe; sencillamente, en ese caso, me metería debajo de la tierra, ¡desaparecería, sucumbiría!

Aquí tiene usted otra epístola larga, y en vez de garrapatear tanto hubiera mejor afeitándome, pues afeitado parece uno más primoroso y respetable, lo cual significa mucho y siempre ayuda no poco a allanarle a uno el camino para encontrar lo que busca. ¡Conque sea lo que Dios quiera! Yo pediré el dinero y luego... me abriré camino.

5 de agosto.

Makar Dievuschkin.

Querido Makar Aleksiéyevich: ¡Si usted por lo menos no desesperase! Tenemos ya sin eso tantas preocupaciones... Le envié a usted treinta copeicas, que es todo lo que puedo. Cómprase usted con ellas lo que le haga más falta para poder tirar por lo menos hasta mañana. Nosotras eso es casi lo único

que tenemos... ¡Qué va a ser mañana de nosotras!... No lo sé. ¡Qué tristeza, Makar Aleksiéyevich! Pero no debe usted quebrarse la cabeza con preocupaciones. Que no le han dado a usted nada, bueno, ¡qué le vamos a hacer! Dice Fiodora que, después de todo, no estamos tan mal, que todavía podíamos seguir aquí un poco..., y que aun cuando nos trasladásemos a otro cuarto no habríamos ganado gran cosa, pues quien se lo propusiera siempre daría con nosotras. Desde luego que, a pesar de todo, no es nada agradable continuar aquí. Si no tuviera tanta pena, le escribiría a usted de otras cosas más.

Pero ¡qué carácter más raro el suyo, Makar Aleksiéyevich! Todo lo toma usted muy a pecho, por lo cual ha de ser usted el más desdichado de los hombres. Leo con toda atención sus cartas y veo por ellas que usted se preocupa y atormenta por mí hasta un punto como usted mismo nunca se preocupó ni apuró por su persona. Naturalmente, todo el mundo diría que eso es que usted tiene muy buen corazón. Pero yo digo que lo tiene demasiado bueno. Si me atreviera, le daría a usted un consejo afectuoso, Makar Aleksiéyevich. Yo le estoy a usted agradecida, muy agradecida por todo

cuanto por mí ha hecho; créame que le guardo agradecimiento profundo. Pero juzgue usted mismo cómo me sentará ver que usted, después de todos esos sinsabores y contratiempos, cuya causa involuntaria he sido yo...; que usted todavía sólo para mí vive y en cierto modo sólo por mí vive, pues mis alegrías son las

suyas; mis penas, sus penas, y mis sentimientos tienen más fuerza para usted que los suyos. Pero si usted toma tan a pecho los ajenos dolores y tanta compasión es capaz de sentir, ¡cuánta razón no hay para que sea usted el más desdichado de los mortales! Cuando hoy, de paso para la oficina, entró usted a saludarnos, a mí me dio verdadero susto verlo. Estaba usted tan pálido, tan decaído y postrado, tan preocupado y desesperado, que, palabra, apenas si parecía usted temía confesarme su fiasco, dándome con ello un disgusto y una inquietud. Pero al ver usted que yo tomaba la cosa a risa, respiró a sus anchas.

¡Makar Aleksiéyevich! No se preocupe usted de ese modo, no se desespere

así, sea usted razonable. ¡Se lo ruego, se lo imploro! Ya verá usted cómo todo se arregla, cómo las cosas toman otro rumbo mejor. Usted se ensombrece innecesariamente la vida con tanto preocuparse y afligirse eternamente por los ajenos dolores.

Adiós, amigo mío. ¡Le suplico una vez más no se apure por mí!

5 de agosto.

V. D.

Palomita mía, Várinka: ¡Bueno, angelín, bueno! Usted ha llegado a la conclusión de que no es ninguna desdicha que no me hayan querido dar el dinero. Bueno; pues yo también estoy tranquilo y contento. Hasta alegre estoy al ver que usted no abandona a este pobre viejo y se queda en el cuarto. Eso es, y si le he de decir todo, lo confesaré que se me llenó el corazón de alegría al leer las cosas tan lindas que de mí decía en su carta y los elogios que tenía para mis sentimientos. No lo digo por orgullo, sino porque veo que usted me quiere de veras cuando de ese modo se desvive por tranquilizarme el corazón. Bueno, ¿hasta cuándo se va a estar hablando de mi corazón? Mi corazón debe quedarse para mí; pero a eso dirá usted, Várinka, que no debo ser humilde. Sí, angelín mío; tiene usted razón que está de más, que realmente no hace falta alguna... la timidez, digo. Pero, entre paréntesis, hijita, ¿quiere usted decirme qué botas voy a ponerme mañana para ir a la oficina?... Ese es el quid, para que usted vea... Esa idea tiene poder para dar en tierra con un hombre, para aniquilarlo sencillamente. La raíz de todo está en que yo no me cuido de mí, ni de mí me duelo. A mí,

personalmente, me da igual, y con la mayor tranquilidad del mundo iría por esas calles sin capa y sin botas; a mí me resultaría indiferente, de nada me cuidaría, pues soy un hombre sencillo y modesto. Pero ¿qué diría la gente?... ¿Qué dirían mis enemigos y todas esas

malas lenguas si me ven sin capa? Se lleva capa sólo por la gente, y sólo por ella se llevan también botas. Las botas son, en este caso, corazoncito mío, hija mía, únicamente necesarias para la conservación del honor y la buena reputación de uno. Quien lleva las botas rotas pierde el uno y la otra... Créame usted lo que le digo, hijita; haga usted caso de este viejo, abandónese usted a mis largos años de experiencia, preste usted oídos a un viejo que conoce a los hombres y no a ningún petimetre.

Pero todavía no le he contado a usted al detalle, hijita, cómo está hoy todo. Yo, en esta sola mañana, he tenido que aguantar tanto, pasar por tantas torturas de espíritu, como quizá otros hombres en todo un año. Escúcheme, que le voy a referir lo que pasó.

Yo salí de casa muy tempranito con objeto de saludarla a usted y luego irme a la oficina y poder llegar a tiempo. ¡Qué lluvia hacía hoy y cuánto barro! Bueno. Me envolví en mi capita, angelín mío, y pian piano seguía mi camino en tanto pensaba para mis adentros: «¡Dios mío! ¡Perdóname todas las

infracciones de tus mandamientos y haz que se cumplan mis deseos!» Al pasar por la iglesia de ***, me santigüé e hice acto de contrición de todos mis pecados, pero al mismo tiempo pensé que no estaba bien que yo conversase así con Dios Nuestro Señor. De suerte que volví a abismarme en mis pensamientos y seguí adelante, sin mirar a ningún lado, sin fijarme en el camino que llevaba, siempre adelante. Las calles estaban desiertas, y los transeúntes que de cuando en cuando me encontraba parecían preocupados y pensativos... Lo que nada tenía verdaderamente de extraño, porque ¿quién sale a paseo a esa hora y con un tiempo así? En esto, tropecéme con una pandilla de sucios obreros, los cuales me dieron un recio codazo al pasar, los insolentes. Entonces volvió a acometerme la timidez, y, para serle franco, no quería acordarme del dinero... Vayamos a la aventura, eso es: a la buena de Dios.

Precisamente al pasar por el puente Vosnesenskii se me desprendió la suela de una de las botas, de suerte que, a partir de aquel momento, no acabo de comprender con qué he ido pisando. Y precisamente en ese sitio hube de encontrarme con nuestro ordenanza Yermoleyev, el cual se paró y me siguió con la vista, como pidiéndome una propina. «Anda por Dios, hermanito -pensé yo-; una propinilla. ¿Qué es una propina?»

Yo estaba horriblemente cansado: así que me detuve con objeto de descansar un poco, y luego seguí camino adelante. Ahora lo miraba yo todo deliberadamente, con la idea de encontrar alguna cosa en la que detener el pensamiento para

distraer la imaginación y recrearme; pero no le encontré; y por si era poco el no poder detener en nada el pensamiento, me había puesto de barro hasta un punto que me daba vergüenza. Por último, divisé a lo lejos una casa amarilla, de madera, con un frontispicio: una especie de villa. «Ahí es

-me dije-: ésa es la casa que Yemelia Ivánovich me describió... La casa de Márkov.» (Así se llama ese individuo que presta dinero a rédito.) Bueno; en aquel instante acudieron a mi imaginación todos los pensamientos juntos; yo sabía que aquélla era la casa de Márkov; pero, sin embargo, pregunté al vigilante de la Comisaría de quién era realmente esa casa; es decir, quién vivía en ella. Pero el vigilante, un grobiano, me respondió de mala gana, ni más ni menos que si estuviera disgustado conmigo, y refunfuñó entre dientes: «¡Esa casa es propiedad de un tal Márkov!» Esos guardias son todos hombres tan faltos de sentimientos...; pero a mí, después de todo, ¿qué más me daba? Sin embargo, me hizo aquello una impresión mala y desagradable. En una palabra: que la decoración cambió para mí por completo. En todo se encuentra algo que corresponde exactamente a la situación en que uno se halla o que uno siente en cierto modo relacionada con ella; siempre sucede así... Yo pasé por delante de la casa tres veces; pero cuanto más la rondaba, tanto peor. «No -pensaba-; no me va a dar nada ese hombre; decididamente, no me va a dar nada. ¡De fijo que nada me da! Yo soy para él un extraño, un individuo

totalmente desconocido; el asunto es muy engorroso, y mi aspecto no es nada recomendable.» «Bueno... -me decía-; que sea lo que Dios quiera; por lo menos, no tendré después que lamentarme de no haber intentado el remedio.

¡El intentarlo no me va a costar la cabeza!» Y en esos dimes y diretes conmigo

mismo, abrí muy suavemente la puerta de la casa. Pero entonces me ocurrió otra desdicha: no bien había penetrado en el portal, cuando se abalanzó a mí un estúpido perrillo, que se puso a ladrar como un desesperado, con tal furia, que le atronaba a uno las orejas. Y mire usted: incidentes de tan poca trascendencia como aquél son siempre, hija mía, los que lo desconciertan a uno y vuelven a llenarlo de timidez, aniquilando en un instante toda aquella resolución que habíamos podido formarnos. Yo entré en la casa más muerto que vivo... Pero allí hube de tropezar con otra calamidad nueva, y fue que no veía bien por dónde iba, y cuando estaba parado un momento junto al umbral..., vine a tropezar inesperadamente con una mujer, puesta en cucullas, que estaba llenando cántaros de leche, tomándola de una cuba de ordeñar, y fue tal el envite que le di, que se vertió toda la leche. La sandía de la mujer empezó a gritar y a gruñir y a apostrofarme, diciendo: «Pero ¿es que no ve usted bien por dónde va, hombre? ¿Por qué no abre bien los ojos? ¿Qué es lo que se le ha perdido a usted aquí?», y otras muchas cosas por el estilo, sin parar. Le escribo a usted todo esto, hija mía, se lo escribo a usted, porque a mí, en casos como

el de marras, siempre me ocurre algún tropiezo por el estilo; se diría que me lo tiene así deparado la suerte. Siempre he de chocar con alfo secundario que se me atraviesa en el camino.

A los gritos de la mujer llegó una vieja bruja, una finlandesa. Inmediatamente me volví hacia ella y le pregunté si vivía allí el señor Márkov:

-No -me contestó con malos modos; pero se quedó allí plantada, y luego, a

su vez, me preguntó displicente-: ¿Para qué lo quiere usted ver?

Yo entonces se lo expliqué todo: que tal y que cual, que Yemelia Ivánovich...; en fin, que se lo conté todo... «Sintetizando; vengo para asuntos de negocios.» Al oír esto, llamó la vieja a una hija suya..., la cual acudió al punto: una muchachona descalza.

-Llama a tu padre. Está con los arrendadores... Acérquese, haga el favor.

Yo me acerqué. El cuarto era..., bueno, como son, por lo general, tales cuartos: en las paredes, cuadros, en su mayoría retratos de generales; un sofá, una mesa redonda, tiestos de reseda y balsamina. Yo no hago más que pensar:

«¿No debería retirarme todavía, que es tiempo?» Y en verdad lo digo, hijita, que estuve ya a punto de tomar las de Villadiego.

Yo pensaba: «Será mejor que venga mañana, mañana, que hará mejor tiempo. ¡Aguardaré hasta mañana! Hoy le he vertido

a esa mujer la leche, y esos generales me miran con muy malos ojos...» Y ya me encaminaba, se lo confieso, a la puerta, cuando hubo de presentarse él... Un tipo enteramente vulgar, un tío pequeñito, canoso, con unos ojillos, ¿sabe usted?, un poco atravesados, embutido en una bata pringosa, ceñida por un cordón en torno a la cintura.

Se informó de mi deseo y en qué podía servirme; y yo le hice presente, pues, que tal y cual, y que Yemelia Ivánovich...

-Total, unos cuantos rublos que me hacen falta -le dije. Pero no terminé de hablar, pues en sus ojos comprendí que había errado el golpe.

-No -me dijo él-; lo siento mucho, pero no dispongo de dinero. ¿Cuenta usted con alguna garantía?

Yo empecé a explicarle que, verdaderamente, no disponía de ninguna, pero que Yemelia Ivánovich me había dicho... En una palabra: le expliqué todo lo que había de explicar. Él me oía en silencio.

-Ya, sí -dijo-. Yemelia Ivánovich no sirve aquí de nada. No tengo dinero.

«Claro -pensé yo-: eso ya me lo sabía, ya lo veía venir, ya lo tenía tragado.» En verdad, Várinka, que habría sido mejor que la tierra me hubiera tragado en ese instante, pues tenía los pies helados y me corrían escalofríos por la espalda. Yo le miraba a él y él me miraba a mí, como diciendo: «Bueno; vete ya, rico; no

sé qué guardas aquí»; de suerte que, en otras circunstancias, habría yo sentido una vergüenza mortal.

-¿Y para qué quería usted ese dinero? -¡me preguntó de veras esto, Várinka! Yo abrí la boca sólo para no estar de pasmarote; pero él ni siquiera se dignó escucharme-. No -dijo-, no tengo dinero; en otro caso, tendría mucho gusto en...

Yo me puse a porfiarle, le hice presente que no era tanto el dinero que

necesitaba, que estaba decidido a pagárselo religiosamente en el plazo convenido, que podía encargarme el interés que quisiese, y que yo, repetíle, estaba dispuesto a pagárselo todo. En aquel instante pensaba yo en usted, hijita, en sus contratiempos y sus apuros, y pensaba también en sus cincuenta copeicas.

-No -dijo él-. ¿Quién habla aquí de interés? Pero si tuviera usted una garantía... Yo, de momento, no dispongo de dinero; Dios es testigo de que no lo tengo; en otro caso, tendría mucho gusto en...

¡Sí hasta por Dios me lo juraba el muy bandido!

Bueno; en resumidas cuentas, hija mía, que no sé cómo salí de allí y me volví a encontrar en el puente de Vosnesenskii.

Estaba horriblemente cansado y muerto también de frío, arrecido del todo, y serían ya las diez cuando llegué a la oficina.

Yo quería limpiarme algo la ropa, quitarme el barro de encima; pero el ordenanza se empeñó en negarme el cepillo, diciendo que lo iba a echar a perder y que los cepillos eran propiedad del Estado. ¡Para que vea usted, hija mía, qué trato le merezco ahora a esa gente! ¡Peor que si fuera una esterilla vieja en la que todo el mundo puede limpiarse los pies! ¿Qué es lo que así me deprime, Várinka?... No es el dinero que me falta, sino esos sinsabores y el tenerme que rozar con los hombres; todos esos chismorreos, y esas risitas y esas burletas... ¡Y diz que a cada instante puede Su Excelencia dirigirse a mí casualmente o fijarse en mi exterior! ¡Ay hijita, pasó ya mi edad de oro! Hoy he vuelto a releer todas sus cartas... ¡Qué pena, hijita! ¡Adiós, palomita mía, que Dios la guarde!

M. Dievuschkin.

P. S. - Quería, hijita, contarle a usted medio en broma mis desdichas; pero veo que no se me ha logrado, quiero decir, la broma. Yo aspiraba a distraerla. Ya iré a visitarla, ya iré.

11 de agosto.

¡Varvara Aleksiéyevna! ¡Palomita mía! ¡Estoy perdido, perdidos estamos los dos; irremisiblemente perdidos! Mi buena reputación, mi honor... ¡Todo perdido! ¡Yo soy la causa de la perdición, hijita! Me hace todo el mundo blanco de sus desprecios y sus burlas, y la patrona me insulta ya a gritos y delante de la gente. Hoy se puso otra vez a gritar y a alborotar

y a llenarme de injurias, ¡cual si fuera yo un don nadie! Y por la tarde un individuo de la tertulia de Ratasayev se puso a leer en voz alta una de mis cartas dirigidas a usted: una carta que yo no había acabado de escribir y me guardé en el bolsillo, de donde se me debió de caer luego. Y ¡cómo les ha hecho reír esa

carta, hijita! ¡Cómo nos han puesto y las cosas que decían de nosotros los muy traidores! Yo no pude contenerme, y me fui hacia ellos, y acusé a Ratasayev de desleal, y le dije que era un falso. Pero Ratasayev me contestó que el falso era yo y que no me dedicaba a otra cosa que a hacer conquistas. Según él, yo les había dado chasco a todos, porque, en el fondo, era un Don Juan. ¡Y ahora, hija mía, todo el mundo aquí me llama el Don Juan, y no hay quien me nombre de otro modo! Mire, angelín mío; mire usted... Se han enterado de lo concerniente a nosotros; están al tanto de todo, y también de todo lo suyo están enterados. ¡Pobrecita mía! ¡De todo lo que a usted se refiere!... Y hasta Faldoni se ha puesto de su parte. Yo quise mandarlo hoy a la tienda para que me trajese un trozo de salchicha, y fue y me dijo con toda frescura que no podía ir, que tenía mucho que hacer.

-Eso, sin embargo, es obligación tuya -le dije.

-Bueno, bueno... ¡Obligación mía! -murmuró-. Usted no le paga a mi ama; así que yo no tengo obligación ninguna.

Yo, hija mía, no puedo soportar tales ofensas de parte de un sujeto ignaro e insolente como ése; así que le dije:

-¡Animal!

Pero él me contestó muy tranquilo:

-Vaya una cosa. ¡Eso me lo dice aquí todo el mundo!

Yo pensé a lo primero si estaría bebido, y así se lo di a entender, preguntándole:

-Pero ¿es que estás borracho? A lo que él me replicó:

-¿Acaso me ha dado usted para que me emborrache? ¡Cuando ni siquiera tiene usted para echarse un vaso! -y luego refunfuñó todavía-. ¡Vaya un señor!

Ya ve usted, hijita, hasta dónde hemos llegado. ¡Siente uno vergüenza de vivir, Várinka! ¡Estoy perdido, sencillamente perdido! ¡Irremisiblemente perdido!

13 de agosto.

M. D.

Querido Makar Aleksiéyevich: A nosotros nos persigue la desdicha, y no sé ya qué hemos de hacer. ¿Qué va a ser de nosotras? Con mi trabajo no puedo ya contar. Hoy me he quemado con la plancha la mano izquierda; la solté inadvertidamente, y me lastimé y me quemé, ambas cosas a un tiempo. De

modo que no puedo trabajar, y Fiodora lleva también tres días enferma. ¡Oh, cuántos apuros y sobresaltos!

Le envió a usted treinta copeicas; esto es casi todo cuanto tenemos. Bien sabe Dios cuánto querría poder ayudarle en sus apuros. ¡Me dan ganas de llorar!

¡Quede con Dios, amigo mío! Me proporcionaría usted una gran tranquilidad si viniese hoy a vernos.

14 de agosto.

V. D.

Makar Aleksiéyevich: ¿Qué le sucede a usted? ¿Es que ha perdido ya el temor de Dios? Y a mí me hace usted perder el juicio. ¿No le da a usted vergüenza? Usted va derecho a su ruina. ¡Piense usted en su reputación! Es usted un hombre honrado, respetable, laborioso... ¿Qué dirá la gente cuando se vaya enterando? Y usted mismo, Makar Aleksiéyevich, usted mismo se morirá de vergüenza. ¿O es que no hace usted ya aprecio de sus canas? ¡Pues tema usted siquiera a Dios!

Dice Fiodora que ya no le ayudará más a usted, y tampoco yo, en esas condiciones, le enviaré más dinero. ¿Qué ha hecho usted de mí, Makar Aleksiéyevich? ¡Usted se figura que me es indiferente el que usted se conduzca tan mal!

¡No sabe usted todavía lo que por usted he soportado yo! No puedo ya asomarme a la escalera, pues todos me miran y me señalan con el dedo, y dicen unas cosas... Sí; para que usted lo sepa: dicen que yo estoy liada con un borracho. ¿Cree usted que a mí puede sentarme bien oír esas cosas? Y cuando viene usted a vernos, todo el mundo dice despectivamente: «Ya está otra vez ahí el empleado.» Pero yo... Yo me abochorno mentalmente por su culpa. Le juro que me mudo del cuarto. Y aunque tenga que ponerme a servir..., ¡lo que es aquí no sigo!

Le escribí a usted diciéndole que lo esperaba; pero usted no vino. ¿Tan indiferente le son a usted, Makar Aleksiéyevich, mis llantos y mis súplicas? Pero dígame usted una cosa: ¿de dónde saca el dinero para eso? ¡Por amor de Dios, téngase usted en más! De otro modo, puede ya darse por perdido, ¡seguramente perdido! Y ¡qué bochorno, qué asco! Ayer no le dejó a usted entrar la patrona y se pasó la noche en la escalera... Estoy enterada de todo. ¡Si usted supiese qué dolor es el mío cuando me cuentan esas cosas de usted...!

Venga usted a vernos; aquí siempre lo pasará mejor; podremos leer juntos y hablar de los tiempos pasados. También Fiodora nos contará cosas de su

vida, Makar Aleksiéyevich; haga usted por no perderse, que me pierda también a mí, ¡créalo! Yo sólo vivo para usted: sólo por usted continúo en esta casa. Y usted se porta de ese modo. Sea usted una persona decente, tenga carácter y genio aun en la desgracia. Usted sabe de sobra que ser pobre no es una vergüenza. Y ¿por qué entonces desesperar? Todo esto es pasajero. ¡Dios nos ayudará, y se arreglará todo con sólo que usted ponga algo de su parte!

Le envío a usted veinte copeicas; cómprese usted con ellas tabaco o lo que quiera; pero, por Dios, no las gaste usted en nada malo. Vuelva usted en sí.

¡Venga a vernos sin falta! Quizá volverá usted a sentir vergüenza, como la última vez... Pero no haga usted caso, que eso es falsa vergüenza. ¡Si usted se arrepintiese sinceramente...! Tenga confianza en Dios. Ya verá cómo todo se arregla.

V. D.

V. D.

Varvara Aleksiéyevna, palomita mía: Avergonzado estoy, lucerito mío, avergonzado estoy. Aunque, después de todo, ¿qué hay en ello, hijita, de particular? ¿Por qué no hemos de poder alegrarnos un poco el corazón? Mire usted: yo ya no me acuerdo para nada de las suelas de mis botas. Una suela no es nada, y nunca pasará de ser un simple suela, vulgar y sucia. ¡Ni tampoco son nada las botas! Los sabios griegos andaban descalzos. ¿Por qué nosotros nos hemos de preocupar por una

cosa tan poco importante? ¿Por qué me han de ofender y menospreciar a mí por eso? ¡Ay, hijita, por fin se le ocurrió algo que escribirme!... Pero esa Fiodora dígame usted que es una loca y una sin juicio, con la cabeza a pájaros, y, por añadidura, estúpida, ¡increíblemente estúpida! Por lo que se refiere a mis canas, se equivoca usted rica, pues todavía no soy ningún viejo como usted se figura.

Yemelia le envía a usted mis saludos. Me escribe usted que al leer mi carta le entraron ganas de llorar, y yo le digo a usted que también yo me he llevado un gran disgusto y he llorado. Para termina le deseo a usted salud completa, y soy siempre, angelín mío, con mis mejores saludos, su amigo,

Makar Dievuschkin.

21 de agosto.

Distinguida señorita y querida amiga Varvara Aleksiéyevna:
Siento que soy culpable; siento que tiene usted que perdonarme muchas cosas; pero, a mi juicio nada se adelanta, hijita, con que yo sienta todo eso. Todo eso lo sentía yo ya ante mi conciencia, sólo que hasta ahora no me he dado cuenta cabal de

mi culpa.

Hija, hijita mía, yo no soy duro de corazón ni malo. Pero para poder desgarrarle a usted su corazoncito, palomita mía, sería preciso ser un tigre sediento de sangre. Mientras que yo tengo el tierno corazón de un corderillo y, como usted debe saber, no siento inclinación alguna a hacer de fiera voraz. Por lo que, en rigor, no soy yo, angelín mío, verdaderamente culpable ante mi conciencia, como tampoco son culpables mi corazón ni mis pensamientos. Siendo esto así, yo mismo no sé a punto fijo quién es aquí el verdadero culpable. ¡Es ésta una cosa muy embrollada, hijita!

Me envió usted treinta copeicas primero, y después veinte; mi corazón vertía lágrimas, en tanto tenía yo en mis manos ese dinerillo suyo, de una huérfana. Se había usted quemado las manecitas y lastimádoselas, y no tardaría en sentir las punzadas del hambre. Y, no obstante, me escribía usted diciendo que me comprase ya, con ese dinero, tabaco. Pero dígame usted: ¿qué había de hacer yo? Sencillamente, como un bandido, y sin remordimientos de conciencia, ¿ponerme a despojarla a usted, pobre huerfanita?

A mí me faltó el valor para ello, hijita; es decir, al principio sólo sentí, involuntariamente, que no valgo para nada y que, a lo sumo, soy un poquito mejor que la suela de mi zapato. Bueno; a mí me pareció indecoroso tenerme por algo de importancia, por modesto que fuese, y comencé a descubrir en mí algo de indigno y hasta cierto punto de vulgar y vil. Bueno; pues habiendo ya perdido de ese modo la legítima propia

estimación, y entregádome a la negación de mis buenas cualidades y a desmentir mi dignidad de hombre, podía ya darlo todo por perdido y podía sobrevenir la ruina, ¡lo irremediable! Pero yo no tengo la culpa de eso. Salí de casa con la sola intención de tomar un poco el aire. Pero resultó que éramos tal para cual; y es que también el tiempo estaba lluvioso y frío. Y, de pronto, vea usted, voy y me tropiezo con Yemelia. Este se había gastado ya, Várinka, todo lo que tenía, y llevaba dos días de no probar la gracia de Dios; de modo que estaba dispuesto a empeñar cosas que no pueden venderse, porque nadie las toma.

Bueno, Várinka; que le acompañé, más por compasión a la Humanidad que por propio gusto. Y así caímos en aquella culpa, hijita. ¡Nosotros llorábamos los dos, Várinka! ¡Hablabamos de usted! Él es muy bueno, todo corazón, y muy sensible. Todo esto lo comprendía yo, hijita, y por eso precisamente ocurrió aquello; por comprenderlo yo todo.

¡Ya sé, muchas gracias, hijita, que estoy en culpa con usted! Al conocerlo, empecé yo a conocerme mejor a mí también, y a tomarle a usted cariño. Pero hasta ahora, angelín mío, yo viví siempre solo, y llevé una vida oscura, y no viví en este mundo como los demás hombres. Esos individuos malos que siempre estaban diciendo que yo tenía un aspecto ruin y se avergonzaban de

llevarme a su lado, hicieron en mí tanta impresión, que yo mismo concluí por encontrarme ruin y avergonzarme de mí mismo. Decían que yo era romo de entendimiento, y yo pensaba serlo verdaderamente. Pero, desde que usted surgió en mi vida, me la llenó usted de claridad, de suerte que tanto en mi corazón como en mi alma se hizo la luz. Pude, por fin, empezar a gustar algo así como la paz del alma y a comprender que no era inferior a los demás. Que soy como soy, que no brillo por nada, que carezco de garbo y no tengo formas sociales: todo eso es la pura verdad. Pero con todo y con eso, ¡soy un hombre, todo un hombre, en cuanto a razón y pensamiento! Ahora bien: al darme cuenta de que me perseguía el sino, al permitirme yo, humillado por la suerte, rebajar mi propia dignidad de hombre; al ceder bajo el peso de mis desdichas, estaba demostrando que había perdido el valor, ¡y ésa era la verdadera desgracia!

Pero, puesto que ya lo sabe usted todo, hijita, con lágrimas en los ojos le ruego que no me pregunte nunca nada relativo a ese incidente ni me hable de ello siquiera, pues no necesito eso para tener el corazón desgarrado y para que la vida me resulte dura y amarga.

Le presento mis respetos, hijita, quedo su fiel amigo.

3 de septiembre.

Makar Dievuschkin.

Dejé sin terminar, Makar Aleksiéyevich, mi carta anterior, porque me costaba trabajo escribir. A veces tengo ratos en que me alegra estar sola para poder abandonarme a mis anchas, a mis penas, y saborear yo sola mi tortura; tales estados de espíritu son cada vez para mí más frecuentes. Perdura en mis recuerdos algo misterioso, que a mí, sin resistencia por mi parte, me cautiva, y verdaderamente, hasta el punto que me estoy las horas muertas insensible para cuanto me rodea, y olvidada por completo del presente, de todo lo presente. Sí: no hay en mi vida actual impresión alguna, de la clase que fuere, que no me recuerde algo semejante de mi vida anterior, sobre todo de mi infancia, de mi dorada infancia. Pero, después de tales ratos, me entra siempre una melancolía indecible. Me siento totalmente sin fuerzas, agotada por mis desvaríos, y cada vez peor de salud.

Pero esta mañanita de otoño, tan fresca, clara y brillante, como ya van siendo raras, me ha infundido hoy nueva vida y comunicado a mi alma una alegría total. ¡Oh, cómo me gustaba a mí el otoño en el campo! Claro que en aquel tiempo era yo una chiquilla: pero lo sentía y percibía todo con gran intensidad. Verdaderamente, me gustaban más las tardes de otoño que las mañanas. Me acuerdo todavía. A dos pasos no más de nuestra casa, al pie de la

montaña, estaba el lago. Ese lago... A mí me parece ahora que lo estoy viendo... ¡Tan claro y puro como cristal! Estaba la tarde muy serena, todo se reflejaba en el lago. Ni una hoja se movía en los árboles de la orilla; el lago, terso e inmóvil, asemejaba un espejo. ¡Limpio y frío! En la hierba destellaba el rocío. En una choza, lejos, humeaba ya una fogata pastoril, y los pastores aguijaban el rebaño... Yo me escapaba secretamente de casa y me iba a la orilla del lago, y me ponía a mirar, y a mirar, y me olvidaba de todo, hasta de mí misma. Un montón de ramas ardía junto a los pescadores, junto a la orilla, y el fuego se prolongaba en una larga raya en el agua, en mi dirección. Azul pálido y frío se mostraba el cielo, y al Oeste, en el horizonte, extendíanse rojas bandas ígneas, que poco a poco se iban tornando más pálidas, hasta perder, finalmente, todo color. Salía la luna. El aire es tan diáfano, tan sereno y plácido... Pronto levanta un pájaro su vuelo o susurran los juncos quedamente, estremecidos por un soplo del aire... Todo, hasta el

más leve rumor, se percibe claramente. Por sobre el agua azul elévase, lenta, una blanca neblina, leve y transparente. A lo lejos está oscureciendo; es decir, parece como si todo lo envolviese la niebla; pero, de cerca, ¡qué bien se ve todo!... La barca, la orilla, la isla... Un tonel viejo que quedó olvidado en el bote, apenas si hace algún gorgoteo perceptible en el agua; una rama de sauce con las hojas secas, está caída no lejos de allí, entre los juncos. Una gaviota rezagada revolotea, roza las aguas y vuelve a remontar el vuelo, hasta desaparecer en la niebla... Y yo me estaba así mirando y escuchando todo aquello, ¡tan maravilloso! ¡Y, sin embargo, era yo por aquel tiempo una chiquilla!

A mí me encantaba el otoño, sobre todo el final del otoño, cuando ya se segó el trigo, terminaron las faenas del campo y los labradores se recogen en sus chozas y se preparan ya para el invierno. Entonces se vuelven más oscuros los días, cúbrese de nubes el cielo, tórnanse amarillos los bosques, cae la hoja de los árboles, y éstos se quedan pelados y negros..., especialmente al caer la tarde cuando se levanta todavía una bruma más húmeda, y luego se dejan ver como oscuros e informes gigantes, como pavorosos espectros. Y cuando nos hemos rezagado en el paseo y nos hemos quedado detrás de los demás..., ¡qué prisa nos damos por alcanzarlos y qué miedo nos entra tan grande! Temblamos como la hoja del álamo. ¡Quién sabe si... detrás de aquel tronco de árbol... no se esconderá algún monstruo que, al pasar nosotros, se nos

abalanzará! Y a todo esto, el viento corre por el bosque, y ruge, y silba, y a veces creemos oír voces que aúllan y se quejan, y las hojas revolotean por los aires y se arremolinan en el viento, y de pronto pasa, zumbando con estridente chillido, un bando entero de aves de rapiña. El miedo aumenta a pasos agigantados, y nos parece que... le oímos decir a alguien, que escuchamos una voz extraña que murmura: «¡Corre, corre, criatura; no te rezagues, que de un momento a otro va a llenarse esto de espanto; hijo mío, corre! ...» y el susto se apodera de nuestro corazón, y corremos y corremos hasta llegar a casa desolados. Pero en

casa encontramos la vida y la alegría; a los niños nos han encomendado una tarea: la de mondar guisantes o sacar de sus cápsulas los granos de adormidera. En el horno chispea el fuego; madre mira riendo nuestra alegre labor, y la vieja solterona, Uliana, nos cuenta historias medrosas de brujos y bandoleros. Y nosotros, los chicos, nos acercamos más unos a otros; pero la risa no se nos cae de los labios. Y de pronto todo queda en silencio... «Pero, oye: ¿pues no parece que llaman a la puerta?» ¡Ca, no! Es el ruido que hace la rueda de la tía Frolovna. ¡Y hay que ver cómo se ríen todos! Pero luego viene la noche, y el miedo no nos deja dormir, y pavorosas visiones y pesadillas ahuyentan el cansancio. Y nos despabilamos y no nos atrevemos a movernos y nos estamos despiertos y temblando hasta que apunta la aurora, con la cabeza metida

bajo la sábana. Pero cuando ya el sol entra en el cuarto nos levantamos despejados y alegres, y miramos curiosamente por la ventana, y en la rastrojería reluce una argéntea banda otoñal, y todos los árboles y arbustos están llenos de escarcha. El hielo ha formado como un tenue disco cristalino sobre el lago, y los pajarillos gorjean contentos. Y el sol, por doquiera el sol, rompe cual cristal el fino hielo con sus calientes rayos. ¡Qué claridad, cuánta luz..., qué delicia!

En el horno vuelve a chispear el fuego; nos sentamos a la mesa, en la que ya murmura el samovar, y al través de la ventana mira hacia adentro nuestro negro perro Polkan, y nos mueve la cola adulator. Un campesino pasa por delante de la casa con dirección al bosque, en busca de leña. ¡Qué contentos y de buen humor están todos!... En los hórreos hay apiladas montañas de trigo, y al sol rebrilla, con destellos de un amarillo oro, la cubierta de paja de los almiarés de heno... ¡Es un verdadero deleite contemplar todo eso! Y todos están tan tranquilos, tan felices; todos sienten la bendición de Dios, que los hizo partícipes de la cosecha; todos saben que en el invierno no pasarán apuros, y podrán darles a sus hijos pan para que coman de él hasta hartarse. Por eso se escuchan por la tarde las canciones de las mozas, que alegres danzan en rueda, y por eso se les ve a todos, el domingo, darle gracias a Dios en la iglesia con sus oraciones... ¡Ah, y qué maravillosa, qué maravillosa fue mi infancia!...

Aquí me tiene usted llorando como una chiquilla. Y de ese llanto tienen la culpa mis recuerdos. Lo he visto todo con tanta claridad y tanta vida delante de mí, revivía de tal modo el pasado, que ahora el presente se me aparece doblemente turbio y oscuro... ¿Cómo acabará esto?, ¿qué será de nosotros? Mire usted: tengo el raro presentimiento o, mejor dicho, la convicción, de que he de morir este otoño. Me siento enferma, muy enferma. Pienso a menudo en mi muerte; pero, verdaderamente, no quisiera morir así... No quisiera descansar en esta tierra... Quizá vuelva a caer enferma, como ya lo estuve esta primavera, pues enteramente de aquella enfermedad todavía no me he repuesto.

Fiodora salió hoy; así que estoy yo sola. Hace algún tiempo que le temo a quedarme sola; me parece siempre que hay alguien conmigo en la casa, que me habla alguien, y, especialmente, cuando me abandono a estas ensoñaciones en que se sumen los recuerdos, haciéndome olvidar la realidad; de pronto me despierto y miro en torno mío. Entonces siento la misma impresión que si hubiera algo siniestro escondido en la casa. Mire usted: por eso le escribo a usted con tanta extensión; porque cuando estoy escribiendo me olvido de todo... Quede usted con Dios, amigo mío. Ha hecho usted muy bien en darle dos rublos a la patrona; con eso, una temporada lo dejará tranquilo... Pero procure usted, sea como sea, ponerse mejor de ropa. Bueno; adiós, que estoy cansada... No me explico cómo

puedo estar tan débil. El menor esfuerzo me rinde. Si Fiodora me trae labor..., ¿cómo podré trabajar? Esto es lo que me quita los ánimos.

5 de septiembre.

V. D.

Palomita mía, Várinka: Hoy, angelín mío, he recibido yo muchas impresiones. Todo el día me ha dolido la cabeza. Y para ver si se me pasaba la jaqueca, decidí echarme a la calle; por lo menos, tomaría un poco el aire a lo largo de la Fontanka. Hacía una tarde nublada y húmeda. ¡Y ahora oscurece ya a las seis! No llovía; pero el cielo estaba cubierto de nubes, lo que suele ser todavía más desagradable que una lluvia franca. Corrían las nubes por el cielo en largas y anchas fajas. Había mucha gente en el muelle. Eran rostros claros, espantosos, los que yo veía;

caras como para ponerlo a uno triste: tíos borrachos, mujeres finlandesas, y de narices romas, con botas de hombre y los cabellos despeinados; artesanos y cocheros, paseantes de todas edades, algún aprendiz de cerrajero con su blusa manchada, entre ellos un chico delgadito y paliducho, de cara morena y brillante de tizne y una cerradura en la mano, o algún soldado cumplido, de colosal estatura, que ofrecía a los paseantes cortaplumas y anillos falsos a bajo precio... Ese era el público. ¡Debía de ser precisamente la hora en que sólo se encuentran allí esos tipos!

Es la Fontanka un canal ancho y profundo por el que pueden navegar incluso barcos. Hay allí lanchas de transporte en tal número, que no se explica uno cómo hay sitio para tantas... Pues, al fin y al cabo, no pasa la Fontanka de ser un canal y no un río. En el puente había mujeres sentadas, unas mujerucas viejas y sucias, con alfajores mojados y manzanas podridas. ¡Ahí es nada, salir a pasear por la Fontanka! El granito húmedo; las casas, altas y oscuras; por abajo, los pies hundidos en la niebla; por arriba, niebla también sobre la cabeza... ¡Qué triste, qué turbia, qué oscura la tarde de hoy!

Al desembocar yo en la calle próxima, la Gorojovaya, ya era totalmente de

noche. Empezaban a encender las luces de gas. Hacía mucho tiempo que no iba yo por la Gorojovaya..., y ojalá no lo hubiera

hecho hoy. ¡Qué calle tan ancha y populosa! ¡Cuánto comercio, cuánto escaparate!... Todo muy alumbrado y brillante... Telas y trajes de sedas y flores entre cristales... Y ¡qué sombreros con cintas y lazos! Parecele a uno que todo aquello está allí para adorno de la calle; pero no, que hay hombres que compran esas cosas para regalárselas a sus mujeres. ¡Sí; hermosa calle! Tienen allí sus panaderías muchos alemanes... Debe de ser gente opulenta. Y ¡cuántos coches están continuamente pasando por allí!... ¡Cómo podrá resistirlo el pavimento! Y

¡qué lindos los tales coches, con las ventanillas como espejos, y por dentro todo de terciopelo y seda, y con los cocheros y lacayos tan orgullosos, con trencillas y galones en los uniformes y espadín al costado! Yo miraba al pasar a todos aquellos coches, y siempre veía en ellos señoras sentadas, muy lujosas y huecas. ¡Quién sabe si serían princesas y condesas! Era precisamente la hora en que se trasladan en sus coches a los bailes, comidas y saraos. Debe de ser algo muy especial eso de ver de cerca alguna vez en la vida a una señorona. Sí; debe ser una cosa muy agradable. Yo jamás vi a ninguna de cerca; lo más así, yendo ella en coche y de paso. ¡Cuánto tuve que acordarme hoy de usted, Várinka! ¡Ay palomita mía, angelín mío! ¿Es usted quizá más mala que ellas? No; usted es buena, linda, instruida. ¿Por qué le ha de haber tocado a usted esa suerte? ¿Por qué están arregladas las cosas de este mundo en forma que un hombre de bien haya de vivir pobre y miserable, en tanto a otros la felicidad se les entre ella sola por las

puertas? Ya sé, ya sé, hijita, que no está bien pensar así; eso se llama librepensamiento. Pero, hablando honradamente y con franqueza, cuando reflexionamos sobre la justicia de las cosas..., ¿por qué, sí, por qué unos están destinados a ser felices ya desde el vientre mismo de su madre para toda la vida, mientras que otros pasan de la Inclusa al mundo de Dios? Y, sin embargo, así es la vida, y es lo más frecuente que la suerte le toque a un poco Ivanuschka.

«Tú, loco Ivanuschka, mete la mano cuanto quieras en el bolso de tu padre; come, bebe, refocílate. ¡Pero tú, y tú, y tú, relameos los labios, pues no habéis merecido otra cosa que ser lo que sois!»

Es pecaminoso, hijita, es pecaminoso, ya lo sé, pensar de este modo; pero, cuando se reflexiona, se le introducen a uno, sin querer, los pecados en el pensamiento. Sí; ¿por qué no habíamos de ir también nosotros, angelín mío, en un cochecito? Encopetados generales y funcionarios del Estado se disputarían una mirada benévola de sus ojos de usted..., no de los míos. No iría usted entonces vestida con un traje viejo de algodón, sino que vestiría de seda y luciría piedras preciosas en su cuerpo. No estaría usted tampoco tan delgadita y enfermucha como ahora, sino que parecería una pepona de fresca y sonrosada y sanota. Pero yo sería también dichoso con sólo poder mirar desde la calle sus ventanas iluminadas y distinguir alguna vez su sombra. Sólo de

imaginármela a usted así de feliz y contenta, a usted, mi pajarita encantadora, me pongo yo también feliz y contento. Pero ahora... ¡No basta que la mala gente la haya hecho desgraciada, sino que es menester todavía que un grosero venga a insultarla! Pero, sencillamente, por ser su traje de un corte elegante y por poderla él mirar a usted con unos impertinentes de cerco de oro, sólo por esto le es permitido al muy desvergonzado todo cuanto quiera, y sólo por eso viene usted obligada a escuchar con paciencia sus insolentes palabras. ¿Dónde está, pues, la justicia? Y ¿por qué ha de ser esto? Pues porque es usted una huérfana, Várinka; porque no tiene quien la defienda; porque no cuenta usted con ningún amigo de poder, capaz de salir en su defensa y asegurarle a usted amparo y protección.

Pero ¿qué clase de hombre es ése, qué hombres son éstos que no tienen reparo alguno en ofender a una huérfana?... No son ni siquiera hombres; son hampones, sencillamente rufianes, gentecilla despreciable que sólo pesa algo junta, como un concepto, como un vago no se sabe qué, que es lo que es realmente, no valiendo nada cuando se la descompone en sus individuos... De eso no me cabe la menor duda. Mire usted: ¡eso es lo que es esa gente! Y a mi juicio, hijita, el mendigo que vi esta tarde en la Gorojovaya es más digno de estimación de los hombres que esa canalla. El tal mendigo se arrastraba por allí penosamente en busca de unas cuantas copeicas con que proveer a su manutención; pero, en el fondo, es señor de sí

mismo y se busca él solo la pitanza. Ni pide, sin más ni más, limosna, sino que toca el organillo para distraer a la gente, y se está toca que toca, como una máquina a la que le han dado cuerda... Es decir, que es útil a los demás con lo que puede. Es un pobre, es un mendigo, cierto; y pobre sigue; pero es por esto mismo un hombre honrado; está cascado y decrepito, y transido de frío; pero, no obstante, trabaja y aun cuando su trabajo no sea igual al de los otros, con todo eso, trabaja. Y de esta clase hay muchos hombres honrados, hija mía, muchos que, en relación con la índole de trabajo que hacen, ganan muy poco; pero que, sin embargo, no necesitan por ello inclinarse ante nadie, ni saludar humildemente al prójimo, ni pedirle a nadie tampoco un pedazo de pan por caridad. Y como ese mendigo soy yo también; es decir, yo soy, por naturaleza, algo totalmente distinto. Pero, en sentido figurado, yo soy exactamente igual que él, pues también yo hago lo que mis fuerzas me permiten. No será mucho; pero, de todos modos, es más que nada.

Me he extendido a hablarle de aquel mendigo, hijita, porque, merced a su encuentro, sentí agravada mi pobreza. Me había quedado parado mirándole. Cruzáronme por la cabeza unos pensamientos tan peregrinos..., que me estaba allí tan embobado y lo miraba para ahuyentar aquellas ideas. Y también se habían parado allí algunos cocheros, y luego se detuvo también una mocita, y después otra, más jovencita,

horriblemente sucia. El mendigo se había colocado al pie de una ventana. Y, entre la gente, hube de fijarme en un

muchacho como de unos diez años, que habría sido un chico guapo de no tener aquel aspecto enfermizo, de no estar tan flaco y con aquella apariencia de famélico. Llevaba puesta algo así como una camisilla y unos pantaloncillos muy finos. Así, y descalzo por añadidura, estaba oyendo, con la boca abierta, la música... ¡Los niños son siempre niños! Al parecer, tenía concentrada toda su atención, con pueril asombro, en los muñecos que bailaban sobre el organillo del mendigo; pero tenía las manecitas y los piecitos amoratados de frío, y tiritaba con el cuerpo todo, y mascaba un jirón de la manga que retenía entre los dientes... En la otra mano tenía un papel... Pasó por allí un señor y le echó una monedilla al mendigo, que fue a caer precisamente sobre la tabla donde bailaban los muñecos. Apenas oyó el chico el retintín de la moneda, salió al punto de su ensimismamiento, miró con timidez en torno suyo, y se figuró que era yo quien había arrojado la moneda... Y, temblándito todo él, llegóse a mí corriendo, y mostrándome el papel, con vocecilla que temblaba, díjome: «¡Una limosnita, señor!»

Yo tomé el papelito, lo desdoblé y lo leí... Bueno; decía lo de siempre:

«Almas caritativas, etc... Tres niños muertos de hambre, la madre a punto de morir. ¡Tened piedad de nosotros! Cuando me encuentre delante del trono de Dios, no olvidaré jamás en mis oraciones a aquellos que ayudaron a mis pobres hijos.»

No hay que ponderar el caso, que es claro y corriente. ¡Pero... sí! ¿Qué iba yo a darle? Pues no le di nada. Y, sin embargo, ¡me inspiraba tanta compasión...! ¡De modo que aquel pobre chico estaba completamente amoratado de frío y con aspecto de sufrir hambre, y, sin embargo, nadie le daba nada! ¡Vive Dios, nadie lo socorría...! ¡Lo que esto es lo sé yo! Lo malo es que aquella madre no pudiese mantener a sus hijos y hubiese de echarlos a la calle a pedir, medio en cueros y con aquel frío. Seguramente su madre sería una imbécil que no sabe cumplir con su deber; quizá nadie se preocupa de ella, y así se está sentadita en su casa sin hacer nada... Pero ¡puede que también sea verdad que esté enferma! Sí; pero, de todos modos, ya podía dirigirse a una institución de Beneficencia o presentarse a la Policía, como se procede en tales casos. Quizá se trate, sencillamente, de una embaucadora que echa a la calle a un niño hambriento y enfermo para darle el timo al público, hasta que el pobre chico coja una enfermedad y reviente. Y ¿qué es lo que el chico aprende en esta vida de mendigues? Su corazón se le volverá duro y cruel. Desde por la mañana hasta la noche no hace más que ir de acá para allá pidiendo. Muchos son los transeúntes que pasan junto a él; pero nadie repara en su personilla. La gente tiene el corazón duro y el hablar cruel.

-¡Largo, vete de aquí, golfo! -esto es todo lo que llega a escuchar, y el corazón se le encoge al pequeño, y en vano tiritita el pobre, asustado, arrecido de frío. Tiene manos y pies entumecidos. Mucho tiempo aún, y, miren..., ya

tose... Le rondará la enfermedad como un gusano sucio y horrible, en el pecho, y antes que pueda advertirlo se abalanzará a él la muerte, y el pobre chico irá a caer herido mortalmente en algún lóbrego, sucio y hediondo tabuco, sin cuidado ni asistencia..., ¡y se habrá terminado su vida! Sí; así suele ser con frecuencia... una vida humana. ¡Ay Várinka, y qué doloroso resulta oír un «Por el amor de Dios», y no poder dar nada y tenerle que decir al hambriento: «¡Que Dios le ampare!»

Cierto que de más de un «Por el amor de Dios» no tiene uno por qué conmoverse. (¡Hay muchas clases de «Por el amor de Dios», hijita!) Los unos son un pedigüeño rutinario, en un tono arrastrado, salmodiante, indiferente. Pasar junto a esos mendigos sin darles nada, piensa uno que no es tan malo; ése es el mendigo de profesión, que saldrá adelante siempre, pues sabe ya cómo se medra. Pero hay otros «Por el amor de Dios» que formulan voces inexpertas, atormentadas, exaltadas, y que le producen a uno un siniestro escalofrío por la espalda y por las piernas... Y así me ocurrió a mí hoy con el chico del papelito, que, por cierto, según dijo uno que estaba allí..., no se dirigía a todo el mundo... «¡Una limosnita, caballero, por el amor de Dios!»; así dijo, con una voz tan vacilante y hueca, que yo, sin

querer, me estremecí... por efecto de una impresión de espanto. Y, sin embargo, no le di limosna, pues no tenía un ochavo. Y eso que hay gente rica que no quiere que los pobres se quejen de su mala suerte..., diciendo que son una vergüenza pública y unos molestos, nada más que molestos. ¿Será que el quejido de los hambrientos no deja dormir a esos hartos?

Quiero confesarle, amor mío, que si le he escrito todo esto ha sido en parte para desahogar mi corazón y en parte también, a decir verdad, en grandísima parte, para darle a usted una muestra de mi buen estilo. Pues seguramente habrá notado usted ya, hijita, que en los últimos tiempos ha ido mejorando mi estilo de un modo considerable. Pero en vez de desahogar así mi corazón, lo que me ha pasado es que me ha entrado tal pena en tanto escribía, que empiezo realmente a sentir, desde el fondo, desde el mismísimo fondo de mi corazón, piedad de mis propios pensamientos, aunque harto sé, hijita, que con esta piedad nada se consigue... ¡Pero por lo menos se hace uno a sí mismo justicia, en cierto modo!...

Sí, efectivamente, amor mío; se humilla uno a sí mismo completamente sin razón; se considera uno como si ni siquiera valiese una copeica, se estima en menos que a una simple viruta. Pero eso quizá se deba, metafóricamente hablando, a que nos asustamos y achicamos exactamente lo mismo que aquel niño que hoy me pidió limosna.

Seguiré hablándole en metáfora, hijita, poniéndole una parábola, vamos al decir. Escúcheme, pues:

Suele sucederme, cariño mío, que cuando yo me levanto por las mañanas temprano para ir a la oficina, me olvido en el trayecto, contemplando el aspecto de la ciudad, viendo cómo ésta se despierta y poco a poco se va levantando, y empieza a echar humo, a bullir, a murmurar y barbotar; me olvido, repito, de mí mismo, y ante ese espectáculo me siento todo pequeñito e insignificante, cual si alguien me hubiera dado en las curiosas narices un papirotazo... ¡Y voy y me escurro muy encogidito y sin armar ruido y sin atreverme ya ni siquiera a pensar nada! Pero considere usted una vez siquiera lo que sucede en el interior de esas grandes y renegridas casas, intente usted imaginárselo, y luego juzgue usted misma si está bien que nos tengamos a nosotros mismos en tan poco y nos dejemos acoquinar tan indignamente... No olvide usted, Várinka, que yo hablo en sentido figurado, solamente en parábola.

Pero veamos ahora qué es lo que sucede en el interior de esas casas.

Allí, en el mohoso rincón de un húmedo sótano, que sólo la necesidad pudo convertir en vivienda humana, acaba de despertarse un obrero. Todo el tiempo que estuvo dormido no hizo más que soñar con un par de botas, que ayer, por descuido, cortó de un modo defectuoso... ¡Como si un hombre sólo debiese soñar en tales pequeñeces!... Bueno..., es que ese obrero es un zapatero; en él se explica ese sueño. Tiene el tal zapatero hijos pequeñitos y una mujer famélica. Por lo demás,

no crea usted, hijita, que sólo a los zapateros les ocurren esas cosas. Esto, de por sí, no sería nada y no valdría la pena detenerse en ello; pero vea usted, hija mía, lo que tiene, sin embargo, de notable. En la misma casa, sólo que en otro piso más alto y en un dormitorio lujosísimo, ha estado esa misma noche cierto caballero soñando todo el tiempo con otro par de botas, el mismo par de botas, sólo que de otra clase naturalmente, de otra hechura más elegante, pero en fin, un par de botas. Pues... según el sentido de mi parábola todos somos algo zapateros. Pero tampoco esto tendría nada de particular en sí mismo, siendo lo malo que no haya junto a ese ricacho ningún hombre, ni uno solo, que pudiera susurrarle al oído: «Déjate de eso, no pienses en ello; piensa sólo en ti mismo, en ti, que no eres un pobre zapatero y tienes a tus hijos con perfecta salud y una mujer que no se queja de hambre; mira en torno tuyo a ver si no encuentras algo distinto, algo más noble y elevado por qué preocuparte que no un par de botas.»

Vea usted, Várinka: eso era lo que yo quería explicarle mediante una parábola. Puede que esto sea librepensamiento, pero a veces se le ocurre a uno esta idea y entonces se le escapa del corazón una palabra fuerte. Y por esto digo también yo que hacemos mal en apocarnos de ese modo tan sin motivo, toda vez que sólo se asusta uno de rumores y runrunes. De lo cual deduzco yo, hija mía, que usted no debe pensar que sea ninguna insinuación maligna la que aquí expongo, ni que la he copiado de ningún libro. ¡No, hijita; no es nada de

eso!; tranquilícese usted; yo no sé pintar con negros colores las cosas, ni tampoco cojo grillos, ni, finalmente, lo he copiado esto de libro alguno...,

¡para que usted lo sepa!

Yo volví muy triste a casa, me senté a la mesa, puse a calentar un poco de agua, y me disponía a echar en ella una tacita de té, cuando de pronto, ¿qué es lo que veo? Pues que Gorschkov, nuestro pobre compañero de hospedaje, entra en mi cuarto. Ya me había asaltado por la mañana la sospecha de que el tal Gorschkov andaba a lo largo del pasillo, atisbando las puertas de los otros cuartos, y hasta una vez parecióme que tenía intenciones de dirigirse a mí. Dicho sea de pasada; hija mía, su situación es peor, mucho peor que la mía.

¡No es posible establecer comparación entre ambas! Él tiene mujer e hijos que mantener... Así que si yo fuera Gorschkov... Bueno... ¡No sé qué es lo que haría en su caso!... Pues como iba diciendo, entra el bueno de Gorschkov en mi cuarto, me saluda... Como de costumbre, le cuelga una lágrima del ojo... Y hace así como un ruido con la boca, pero sin articular palabra alguna. Yo le brindo una silla, por cierto rota, pues es la única que tengo. También le ofrecí té. Él se disculpó, se disculpó muy largamente, pero al cabo aceptó la taza de té. Luego empeñóse en que se lo había de tomar sin azúcar... Volvió a excusarse una vez y otra, al decirle que se lo había de tomar con azúcar...

Insistió en sus pretextos y disculpas, me dio las gracias, tornó a disculparse... Echó por último el terroncito de azúcar en su taza y me aseguró que el té resultaba empalagoso de puro dulce. ¡Ya ve usted, Várinka, adónde puede la miseria conducir a un hombre!

«-Bueno, ¿y qué hay de nuevo, padrecito? -preguntéle.

-Pues tal y cual etc. Es preciso que sea usted nuestro protector, Makar Aleksiéyevich; ayúdeme usted, sea usted el amparo de una familia que se halla en la miseria. ¡Mis hijos y mi mujer...! ¡No tenemos absolutamente nada que llevarnos a la boca!... Pero yo, como padre que soy... ¡Póngase usted en mi lugar, comprenda lo que sufro! ...»

Yo me disponía a contradecirle, pero él me interrumpió:

«-Yo les tengo miedo aquí a todos, Makar Aleksiéyevich; es decir, no es precisamente que les tenga miedo, pero ya lo comprende usted, me da vergüenza... ¡Son todos tan orgullosos y estirados! Tampoco a usted lo molestaría, padrecito -añadió- si no fuera... Yo sé que usted ha tenido contratiempos, y también sé que no puede usted darme gran cosa, pero quizá pueda usted, por lo menos..., prestarme alguna cantidad... Sólo esto me atrevo a suplicarle, porque conozco su buen corazón y sé que usted también sabe lo que es necesidad, que es usted también un pobre..., y por eso es capaz de sentir compasión...»

Y, por último, me rogó que le perdonase su atrevimiento y desvergüenza.

Yo le respondí que con el alma y la vida estaba dispuesto a ayudarlo, pero que no tenía nada que darle o poco menos que nada.

«-Padrecito Makar Aleksiéyevich -díjome-, no crea que voy a pedirle mucho -y se puso encarnado hasta la frente-, pero es que mi mujer..., mis hijos tienen hambre... ¿No tendría usted diez copeicas solamente, Makar Aleksiéyevich? ...»

¡Qué iba a decirle, Várinka! El corazón me sangraba al escuchar aquella petición de las diez copeicas. ¡En comparación con él resultaba yo opulento! En realidad, sólo poseía yo veinte copeicas, con las que contaba para el otro día, a fin de ir tirando hasta el día de cobrar. Así que le contesté que realmente no podía... Y le expliqué la situación.

«-Diez copeicas, diez copeicas nada más, padrecito, que nos morimos de hambre, Makar Aleksiéyevich...»

Entonces fui yo y saqué el dinero del cajón y le entregué mis últimas veinte copeicas, hijita... Siempre era aquella una buena obra. Sí, la miseria...

¡Quién la conoce! Luego se entabló entre nosotros una breve conversación y yo le pregunté de pasada cómo era que había venido a verse en tanto apuro, y cómo, además, vivía en un cuarto cuya renta mensual era de cinco rublos de plata, nada menos.

Entonces fue el hombre y me explicó su situación. Había tomado el cuarto por seis meses y pagado tres por adelantado. Pero luego se pusieron sus cosas tan malas, que no pudo pagar ya los otros tres meses ni tampoco reunir el dinero necesario para mudarse de habitación. Entre tanto, aguardaba inútilmente el desenlace de su expediente. ¡Pero un expediente es cosa tan complicada, Várinka! Sepa usted que nuestro hombre aparece complicado en las irregularidades de cierto comerciante que en los suministros a la Corona cometió no sé qué abusos. Estos abusos se descubrieron, y el comerciante dio con sus huesos en la cárcel, pero entonces buscó modo de complicar a Gorschkov en el asunto. Verdaderamente, sólo se puede acusar a Gorschkov, en todo caso, de cierta negligencia, de no haber inspeccionado los intereses de la Corona. Pero sea como fuere, el asunto lleva ya dos años tramitándose y todavía no se ha hecho plena luz en él, por lo que no acaban tampoco de reconocer la inocencia de Gorschkov. «Pero del deshonor que me atribuyen - dice el propio Gorschkov- y del engaño y encubrimiento no soy culpable, en absoluto.» Lo cual no ha sido óbice en modo alguno para que lo dejaran cesante por esa razón, no obstante no podersele demostrar, como ya dije, concretamente su culpabilidad. Tampoco ha podido recuperar una cantidad, no despreciable, de dinero que le pertenece y que el comerciante le reclama ahora, siendo esto tanto más de sentir cuanto que al mismo tiempo se le dilata también la hora de reconocer su inocencia.

Yo creo lo que él me dice, Várinka; pero el Tribunal piensa de otro modo. Es ése, como digo, un asunto tan enrevesado, que no se podrá desembrollar en cien años. En cuanto se ha aclarado un poquito, va el comerciante y vuelve a arrojar en él nueva oscuridad, con lo que otra vez cambia el cariz de todo. Yo compadezco de todo corazón la desdicha de Gorschkov, cariño mío; yo me identifico en esto con él. Un hombre sin colocación no la encuentra nunca, pues ya se corrió la voz de su ineptitud. Lo que el pobre Gorschkov tenía ahorrado ya se lo ha comido. El asunto se puede dilatar aún quién sabe cuánto..., Pero ellos tienen que vivir... Y de pronto, en circunstancias tan poco propicias, se le ocurre venir al mundo a un nene... Lo cual, naturalmente, causó gastos. Luego el niño se puso enfermo y se murió... Nuevos gastos. También la mujer está enferma, y él mismo padece no sé qué mal contagioso. En una palabra: que su suerte es muy triste, muy triste. Por lo demás, dice él, la cosa tiene que resolverse dentro de unos días, y seguramente a favor suyo, de esto no hay que dudar. Sí; me da compasión, pero mucha compasión, hijita mía. Yo lo he tratado en términos de la mayor afectuosidad. El pobre se ha vuelto la mar de tímido, anhela una palabra de aliento, algo bueno y afectuoso. Yo, como digo, le he tratado en términos de la mayor afectuosidad.

Bueno: quede usted con Dios, hija mía; Cristo sea con usted y consérvese buena. ¡Palomita mía! Cuando pienso en usted me parece cual si vertiese bálsamo sobre mi alma dolorida, y

cuando por usted me preocupo, esos desvelos mismos me resultan un placer.

Su sincero amigo,

9 de septiembre.

Makar Dievuschkin.

Mi querida hijita Varvara Alesksiéyevna: Le escribo a usted completamente fuera de mí, como estoy. Este incidente me ha excitado, tanto me ha excitado como para perder el sentido. En la cabeza todo me da vueltas aún. Siento realmente que todo gira en torno mío. ¡Ay nena mía, cómo podré contárselo todo! ¡Si ni siquiera pudiéramos haberlo soñado! ¡Aunque... yo creo haberlo presentido todo, sí; haberlo presentido todo! Me lo daba

el corazón tal y como ha ocurrido... ¡Y verdaderamente hace poco tuve un sueño en el que vi algo semejante!

¡Ahora oiga usted lo que me ha sucedido!... Se lo contaré todo, sin cuidar esta vez del estilo; con toda sencillez, según me inspire Dios.

Bueno; pues esta mañana me dirigí, como de costumbre, a la oficina. Voy allí, me siento y me pongo a escribir. Ya sabe usted, hijita, que también escribí ayer. Precisamente ayer fue cuando se acercó a mi mesa Timofei Ivánovich y

me dijo: «Aquí tiene usted un importante documento que ha de copiar a la carrera. Así que póngase a ello enseguida... ¡Buena letra y mucho cuidado! Su Excelencia quisiera tenerlo hoy mismo a la firma...» Empezaré por advertirle, hijita, que ayer no estaba yo como es preciso estar... Es decir, yo no dejaba traslucir nada, pero me abrumaban el dolor y la pena. Sentía frío en el corazón y tinieblas en el cerebro. Pero mis pensamientos iban todos hacia usted, palomita mía. Bueno; pues voy y me pongo a copiar..., a copiar con buena letra y con mucho cuidado, cuando... No sé verdaderamente cómo explicárselo a usted exactamente, si fue que él..., ¡alabado sea Dios!, en persona me condujo la mano o cualquiera otra fuerza misteriosa, o si sencillamente no tenía más remedio que ocurrir aquello..., lo cierto es que al copiar me salté todo un renglón. De lo que Dios sabe el desatino que se originó en el texto,

probablemente un absurdo. Pero el documento quedó listo ayer a última hora, y esta mañana fuéle presentado a Su Excelencia a la firma.

Bueno; pues hoy por la mañana... voy, como de costumbre, y ocupo mi sitio junto a Yemelia Ivánovich. Debo hacerle observar, hija mía, que desde hace algún tiempo siento más vergüenza y tiendo más que antes a esconderme. Sí; en estos últimos tiempos ya he perdido el valor para mirar a la gente a la cara. Apenas oigo moverse una silla, cuando ya me tiene usted más muerto que vivo. Pues en ese estado de ánimo me encontraba hoy: yo me hacía un ovillo, y me estaba muy quietecito en mi sitio, como un erizo, de suerte que Yefim Akímovich (el tío más burlón que hay bajo la capa del cielo), de repente fue y me dijo en voz alta, de modo que todos lo oyeran: «-Hombre, Makar Aleksiéyevich, ¿por qué estás sentado de ese modo, que pareces una U?»

Y al decir esto hizo un mohín tal, que todos los presentes se caían de risa, naturalmente, a mi costa, no a la suya. Bueno; ¡pues así me dijo el tío! Yo me apreté las orejas y me tapé los ojos y no hice el menor movimiento. Eso es lo que hago siempre cuando los otros empiezan con sus bromas; y así es como le dejan a uno más pronto en paz. Pero de pronto oigo unas voces excitadas, unos pasos presurosos, carreras y voces. Oigo..., ¿pero no será que se engañan mis oídos?... Oigo que me llaman, que me llaman por mi nombre, que llaman a Dievuschkin. ¡El corazón me palpita y siento que por el cuerpo todo se me mete

un miedo como nunca lo he pasado en mi vida! Continúo sentado en mi silla, cual si hubiera brotado de ella..., ¡sin moverme, yo no era yo! Pero los gritos siguen cada vez más cerca, encima mismo. «¡Dievuschkin! Pero ¿dónde anda Dievuschkin? ¡Dievuschkin!» Yo abro los ojos; delante de mí está Yevstafii Ivánovich..., y yo le oigo decir todavía: «Makar Aleksiéyevich, que le llama Su Excelencia, pronto. ¡Nos ha proporcionado con su copia un trastorno terrible!» Esto fue todo lo que me dijo, pero era bastante. ¿No es verdad, hijita, que era suficiente? Yo me quedé tieso, muerto; sencillamente,

no sentí nada más, y fui hacia el despacho del ministro... ¡Es decir, iban mis pies, porque lo que es yo estaba más muerto que vivo! Me condujeron por una habitación, luego por otra y otra más..., hasta el despacho de Su Excelencia... Y entonces fue cuando me di cuenta de dónde estaba. No puedo decirle a usted nada en absoluto sobre lo que yo pensase en aquel momento. Sólo veía que allí estaba Su Excelencia en pie, y, a su alrededor, todos los demás. Creo que ni siquiera le hice una reverencia; se me olvidó hacérsela. Tan emocionado estaba, que me temblaban los labios y las piernas. ¡Pero no me faltaba motivo para ello, hijita! En primer lugar, porque sentía mucha vergüenza, y luego, que al volver casualmente la vista a la derecha y verme en un espejo, tuve motivo sobrado para haberme desplomado en tierra. Añádase a eso que yo he procurado siempre conducirme de un modo cual si no existiera,

por lo que no era ni remotamente de suponer que Su Excelencia tuviese noticia alguna de mí. Puede que alguna vez Su Excelencia hubiese oído de pasada que allí, en la sala cuarta, tiene su mesa un empleado que se llama Dievuschkin, pero de ahí no habría pasado la referencia.

Bueno; pues de pronto exclamó Su Excelencia muy enojado:

«-Pero ¿se puede saber qué desatino ha puesto usted aquí, hombre? ¿En dónde tenía usted los ojos? ¡Un documento tan importante, que hay que enviarlo urgentemente! ¡Y va usted y pone en él semejante despropósito! ¿En qué estaba usted pensando, hombre?»

Y al mismo tiempo volvíase Su Excelencia a Yevstafii Ivánovich.

Yo sólo cogía palabras sueltas que parecían venir del más allá:

¡Descuido!

¡Negligencia!... ¡Sólo sirve para dar desazones!...

Yo abrí la boca, pero no dije nada. Quería disculparme, pedir perdón, pero no podía. Echar a correr... En eso no había que pensar; pero... bueno, de pronto ocurrió algo..., algo, hijita, que aun ahora mismo me avergüenzo de referir..., y fue que mi botón..., ¡el diablo se lo lleve!..., mi botón, que se sostenía pendiente de un hilo, fue y saltó de pronto (probablemente le tocaría yo ni sé cómo) y dio en el suelo y, rodando, rodando, fue a caer en los mismos pies de Su Excelencia, rodando, rodando, en medio del silencio sepulcral que allí imperaba. ¡Aquella fue toda mi justificación, toda mi disculpa, todo cuanto tenía que

decir a Su Excelencia! Las consecuencias fueron inmediatas. En seguida, Su Excelencia fue y se fijó atentamente en mi aspecto y en mi traje. Yo pensé que me miraba en el espejo... Con esto está dicho todo... Y de repente, me agaché para coger el botón y de nuevo colocar en su sitio al desertor inoportuno. ¡Yo había perdido de todo punto el juicio! Me agaché y tendí la mano para coger el botón, pero éste seguía rodando como una peonza, siempre en redondo, y yo, por más que hacía, no podía alcanzarlo... ¡De suerte que, hasta en punto a habilidad, me estaba luciendo! Y de pronto sentí que me abandonaban mis últimas energías y que todo estaba perdido. ¡Toda dignidad

había desaparecido: el hombre estaba aniquilado en mí! Al mismo tiempo empezaron a zumbarme los dos oídos y me parecía como si por detrás de la pared escuchara los insultos de Teresa y Faldoni, según los estoy oyendo siempre insultarme en la cocina. Finalmente, logré atrapar el botón, me incorporé... Pero en vez de reparar entonces en cierto modo mi necesidad y mantenerme con el cuerpo rígido y las manos en la costura del pantalón..., en vez de eso, voy y me pongo a querer sujetar el botón en el sitio de donde se había desprendido y de donde ahora sólo colgaban dos hilachos, ¡como si pudiera adherirse allí!, y todavía me reía yo del lance, sí, señor; ¡tenía la frescura de reírme!

Su Excelencia se volvió primero a un lado, pero luego tornó a reparar en mí... y yo le oí decir a Yevstafii Ivánovich:

«-Hombre..., mire usted... ¡Fíjese qué facha!... ¿Cómo es que va así? ¿Qué le sucede?»

¡Ay cariñito mío!, ¿qué más se podía pedir? Su Excelencia me había caracterizado de un modo insuperable. Yo oí a Yevstafii Ivánovich contestarle:

«-No hay motivo para culparlo de nada, Excelencia; hasta ahora siempre observó una conducta modelo... Tiene buena letra... Cobra su sueldo...

«-Bueno..., pues entonces vea usted la forma de ayudarle - repuso el ministro-. Déle usted algún anticipo...

-Es el caso que ya se le ha dado ese anticipo con exceso; tiene ya cobrado el sueldo de no sé cuántos meses. Por lo visto se halla ahora en unas condiciones especiales... Pero, por lo demás, su conducta, como digo, es ejemplar, irreprochable...»

Yo me sentía, angelín mío, como si estuviera en el centro de un círculo de llamas infernales, ¡que me quemaban y achicharraban vivo! Yo... Nada, sencillamente había exhalado el último suspiro, sí; me había muerto y muerto estaba.

«-Bueno -dijo de pronto Su Excelencia en voz alta-, esto hay que volver a copiarlo. Dievuschkin, venga acá; va usted a copiar me esto otra vez, sin una falta; y ustedes, señores...»

Al decir esto volvióse Su Excelencia a los demás y empezó a encargarles distintas cosas, después de lo cual se fueron ellos retirando. Pero apenas había salido el último, cuando de pronto

sacó Su Excelencia su cartera y de ella extrajo un billete de cien rublos.

«-Mire, esto es todo lo que puedo... Tómelo usted... Acéptelo...» Y así diciendo, me ponía el billete en la mano.

Yo, angelín mío, me estremecí con el alma toda conmovida; no sé decir más de aquello. Intenté cogerle la mano para besársela, pero él se puso encarnado, palomita mía, y... no me aparto en esto ni un pelo de la verdad, hijita..., y me cogió esta mano indigna y me la estrechó; nada, que me la cogió sencillamente y me la estrechó exactamente cual si hubiera sido la mano de un su igual, de algún personaje empingorotado como él.

«-Bueno, retírese ya -dijo-. En lo que pueda servirle... Cópieme esto otra vez, pero procure no cometer ninguna falta. Y esta otra copia se puede ya romper...»

Bueno; pues ahora, hijita, escúcheme usted lo que he pensado: rogarles a usted y a Fiodora, como se lo ordenaría a mis hijos, si los tuviera, que al dirigirse en sus oraciones a Dios no le pidan por su padre carnal, sino por Su Excelencia; pero que por éste le recen todos los días, hasta el último de su existencia. Y aún tengo algo que decirles, y se lo voy a decir solemnemente... Así que esté atenta, hija mía, pues le juro que yo..., por grande que fuera mi necesidad y por mucho que me hiciese sufrir nuestra falta de dinero, cuando pensaba en su necesidad, y en los

apuros de usted y, por ende, en mi humildad de condición y mi inutilidad..., no obstante todo eso, le juro que estos cien rublos no tienen para mí tanto valor como ese rasgo de Su Excelencia al darme a mí, al borracho, ruin entre los ruines, su mano y dignarse estrechar esta indigna mano mía. ¡Con este rasgo me ha restituido Su Excelencia en mi verdadero ser! ¡Con eso me ha resucitado de entre los muertos, me ha endulzado para siempre la vida, y estoy firmemente convencido de que por pecador que yo pueda resultar a los ojos del Altísimo..., han de llegar hasta el trono de Dios y han de ser oídas mis preces por la dicha y la prosperidad de Su Excelencia!...

¡Cariñito mío, hija mía! Estoy ahora en una gran excitación, cual nunca la experimenté. El corazón me palpita y da saltos, y me siento tan rendido cual si fueran a abandonarme todas mis fuerzas.

Le incluyo 45 rublos; 20 le he dado a la patrona y los otros 35 me los reservo; 20 para emplearlos en comprarme algunas piezas de ropa, y los otros 15 para seguir tirando. Bueno; todas esas impresiones de esta mañana me han dejado tan rendido, que me encuentro muy débil. Tendré que acostarme. Estoy ahora, por lo demás, completamente tranquilo, absolutamente tranquilo. No tengo más que cierto peso en el corazón, y allá, no sé dónde, en lo hondo, siento como si el alma me temblase y aleteara. Ya iré a verla a usted. Estoy aún como trastornado por todas esas impresiones... ¡Dios lo ve todo, hijita; todo!

Su digno amigo,

Makar Dievuschkin.

10 de septiembre.

Mi queridísimo Makar Aleksiéyevich: Me alegro infinitamente de su dicha, y sé estimar en cuanto vale la ayuda de su superior. Así podrá usted, por fin, respirar y descansar de sus preocupaciones. Pero he de hacerle ahora una súplica: ¡Por Dios, no vuelva usted a gastar el dinero en cosas inútiles! ¡Haga usted una vida tranquila y ordenada, lo más económica posible, y, se lo ruego, empiece usted desde mañana a apartar todos los días algún dinerillo para que no vuelva usted a encontrarse en tanto apuro! De nosotras, a decir verdad, no tiene usted que preocuparse. Nosotras ya nos arreglaremos ¿Por qué nos ha mandado usted tanto dinero, Makar Aleksiéyevich? ¡Si no nos hace falta!... Tenemos bastante con el que ganamos. Cierto que dentro de poco necesitaremos alguna cantidad para la mudanza; pero Fiodora espera que, de aquí para entonces, le habrán pagado una deuda antigua. De todos modos, me reservo, por si acaso, veinte rublos, y le devuelvo a usted lo demás. ¡No considere usted el dinero como cosa superflua, Makar Aleksiéyevich!

¡Adiós, amigo mío! Viva usted tranquilo y consérvese sano y alegre. Por mi gusto, prolongaría más esta carta; pero me siento muy cansada. Ayer estuve en cama todo el día. Está muy

bien eso que dice de visitarnos. No tarde en hacerlo, Makar Aleksiéyevich. Mire que le espero.

Suya,

11 de septiembre.

V. D.

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: le suplico, cariñito mío, no vaya a olvidarme ahora que soy completamente feliz y todo lo hallo a medida de mi deseo. ¡Palomita mía, no haga caso de Fiodora! Yo le prometo a usted hacer todo cuanto quiera. Yo me conduciré bien en adelante, pues aunque sólo fuere por atención a Su Excelencia, me he portar de una manera digna y decorosa. Volveremos a escribirnos cartas alegres y a

comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos y también nuestras alegrías y preocupaciones..., si es que hemos de tener estas últimas..., y de nuevo volveremos a vivir una vida feliz y en buena armonía... Nos dedicaremos a la literatura... ¡Angelín mío! Todo en mi vida tiende ahora hacia lo mejor. Mi patrona vuelve a admitirme al diálogo. Teresa se ha puesto mucho más inteligente, y hasta Faldoni es ya más servicial. Me he reconciliado con Ratasayev. La alegría que experimentaba me llevó a él de nuevo. Es un chico realmente bueno, hijita, y todo lo malo que de él han dicho es un puro error y un disparate: ahora he podido comprobar muy bien que todo era una odiosa calumnia. No es verdad que pensase nunca en

hacer una sátira a costa nuestra. Él mismo me lo ha asegurado. Me ha leído su nueva obra. Y respecto a eso de que me hubiese puesto el apodo de Tenorio, bueno..., pues eso no es nada malo, ni tampoco ninguna denominación ofensiva. Él ha explicado su significación. Eso de Don Juan es una palabra extranjera, y viene a significar, poco más o menos: un chico listo, o, para expresarnos en un lenguaje más pulido, más literato, por decirlo así: un bravo caballero. Eso es, para que usted vea lo que significa, y no nada... ¡distinto! De modo que no pasaba de ser una broma suya inofensiva, ¡angelín mío! ¡Y yo, ignorante de mí, que lo había tomado por una ofensa! Bueno; pero ya le he dado hoy mis excusas...

¡Qué tiempo tan hermoso el que hace hoy, Várinka! Verdad que por la mañana hemos tenido su poquito de hielo; pero eso no importa: así está más fresco el aire. Yo fui y me compré un par de botas..., unas botas verdaderamente lindas, irreprochables, las que me he comprado... Luego fui a darme un paseo por la Nevskii. Después me leí el periódico. Eso es, ¡y me olvidaba de contarle a usted lo más importante!

Pero escúcheme usted, que voy a contárselo:

Sabrán usted que esta mañana me enredé en conversación con Yemelia Ivánovich y con Aksentii Mijaílovich; hablamos de Su Excelencia. Sí, Várinka; porque Su Excelencia no me ha hecho a mí sólo objeto de sus bondades. Se las ha prodigado a otros también, y su bondad de corazón es a todo el mundo notoria. Muchos, muchos son los individuos que ensalzan esa bondad suya y vierten lágrimas de agradecimiento al recordar el bien que les hizo. Su Excelencia se hizo cargo de una huérfana y le dio educación en su casa, y luego la casó con un alto empleado que pertenece al número de los que trabajan bajo sus inmediatas órdenes, y no contento con eso, le señaló también Su Excelencia una buena dote. Además, Su Excelencia ha colocado en una cancillería al hijo de una pobre viuda, y no paran aquí todas las cosas buenas que se pueden contar de Su Excelencia. Yo consideré deber mío, hijita, meter baza en la conversación, y saqué a relucir lo que por mí había hecho Su Excelencia, y lo conté todo, sin omitir detalle. Me guardé mi timidez en el bolsillo. ¡Qué timidez ni qué miramientos,

tratándose de una cosa así! Yo lo conté todo en voz alta, de modo que todos pudieran oírlo; sí, muy alto, a fin de pregonar a los cuatro vientos las nobles acciones de Su Excelencia. Hablé con celo y entusiasmo, y no se me subieron los colores a la cara, sino que, muy al contrario, me sentía orgulloso de poder contar un episodio semejante.

Y lo referí todo (de quien, por fortuna, no dije palabra fue de usted, hijita; a usted la pasé por alto muy discretamente), todo lo concerniente a la patrona, y a Faldoni, y a Ratasayev, y Márkov, y lo de mis botas... Todo eso conté con todos sus detalles... Algunos se burlaron de mí un ratillo, o, por mejor decir, todos me tomaron el pelo... Pero, por lo menos, ¡todos reían! Por lo visto

encontrarían en mí algo risible. Quizá se rieran solamente de mis botas... ¡Sí; seguramente que sólo se reían de mis botas! Pero, desde luego, no es posible que se riesen con mala intención, pues son incapaces de hacerlo. Lo más probable es que riesen por ser jovencillos..., o porque andan bien de fondos. Pero repito que no hay que pensar que con ninguna mala y hostil intención... se rieran de mí ni de mis palabras. Porque creo que Su Excelencia... No; de Su Excelencia en ningún caso se habrían propasado a burlarse... ¿No digo bien, Várinka?

Todavía no he vuelto en mí del todo, hijita. ¡Me han trastornado tanto todos estos acontecimientos! ¿Tiene usted leña para la

lumbre? ¡Procure usted; hijita, no enfriarse, cual con frecuencia ocurre! Yo le pido a Dios, hija mía, que vele por usted y la proteja. ¿Tiene usted, por ejemplo, medias de lana o esas otras prendas de abrigo que durante el invierno se necesitan? Ande usted con cuidado, ¡angelín mío! Si le faltase a usted algo de eso, no ofenda a este pobre viejo; acuda a mí en seguida. ¡Ya pasaron para nosotros los tiempos malos, y la vida se nos muestra radiante y hermosa!

¡Pero fueron muy tristes aquellos tiempos, Várinka! Aunque, ¡a qué hablar de ellos, puesto que ya pasaron!...

Cuando se haya cumplido el año podremos recordar esos tiempos sonriendo. ¿No es verdad, lo mismo que hoy recordamos nuestra infancia?

¡Cuánto pasamos entonces! A veces no tenía uno ni una sola copeica en el bolsillo. Pasaba frío y hambre; pero siempre estaba contento.

Por la mañana se iba uno a la Nevskii, se tropezaba con una cara bonita..., y ya se le habían acabado las penas para todo el día. ¡Hermosos tiempos, maravillosos tiempos, a pesar de todo, hija mía! ¡Da gusto vivir en este mundo, Várinka! Sobre todo en Petersburgo. Ayer hice acto de contrición delante de Dios, con lágrimas en los ojos, para que me perdone todos los pecados que en esta temporada lamentable cometí, y que se condensan en pensar libre, aturdimiento y juego. Y de usted también, hija mía, me acorde con emoción en mis oraciones. Usted, angelín

mío, ha sido mi único consuelo, y mi única energía; usted, la única criatura que me ha dado buenos consuelos y ayudándome a salir con bien de todos los apuros. ¡Esto, hija mía, no lo olvidaré nunca! ¡Hoy he besado sus cartas, una por una, palomita mía, angelín mío! ¡Pero, bueno...; adiós!

He oído decir que por estos alrededores hay quien vende un uniforme. Bien; pues me adecentaré también por fuera. ¡Adiós, angelín mío; consérvese buena; hasta más ver!

Su devotísimo,

Makar Dievuschkin.

15 de septiembre.

Mi querido Makar Aleksiéyevich: Estoy en un estado de agitación espantoso. Diga usted lo que me ocurre. Me da el corazón algo fatal. Juzgue usted por sí mismo, mi mejor amigo: ¡el señor Bukov está en Petersburgo!

Fiodora se lo ha encontrado. Él pasó en coche junto a ella; la reconoció, mandó en seguida parar, se dirigió a ella y le preguntó dónde vivía. Fiodora, naturalmente, no se lo dijo. Y entonces él insinuó, sonriendo, la observación... que él ya sabía quién vivía con ella (Por lo visto se lo ha contado todo Anna Fiodórovna.) Fiodora, al oír aquello, se puso furiosa y empezó a hacerle cargos en plena calle, diciéndole que era un inmoral y

que él solo tenía la culpa toda de mi desgracia. A lo que él contestó que, cuando no se tiene una copeica, fuerza es ser desdichado.

Dice Fiodora que ella le explicó que yo me gano muy bien la vida con mi trabajo; que puedo casarme o, en último caso, buscar una colocación; pero que mi felicidad la perdí para siempre; que estoy muy enferma y no tardaré en morir.

A esto respondióle él que todavía era yo muy joven, que aún tengo la cabeza a pájaros y que mis buenas cualidades se habían enturbiado un poquito (así mismito lo dijo).

Fiodora y yo creíamos que él ignoraba dónde vivíamos, cuando, de pronto, ayer..., apenas había yo salido a comprar algunas casillas en el Gostinyi Dvor,

¡paf!, va y se presenta en casa. ¡Por lo visto, no quería encontrarse aquí conmigo! Empezó a hacerle a Fiodora un sinfín de preguntas relativas a nuestro género de vida, observándolo todo con mucha atención, incluso mis labores. Y luego, de pronto, preguntó:

-¿Y quién es ese empleado amigo vuestro?

En aquel crítico instante cruzaba usted el portal, y Fiodora fue y se lo indicó; él se asomó en seguida a la ventana, y luego se echó a reír. A la intimación de Fiodora de que se fuese, pues yo ya sin eso estaba bastante delicada de salud a causa de mis penas, y no me sería nada agradable encontrármelo en casa al volver, no dijo nada, permaneció un instante silencioso,

manifestando luego que había ido a casa por ir, porque no tenía nada que hacer, y, finalmente, se empeñó en darle a Fiodora veinticinco rublos, que ella, naturalmente, no aceptó.

¿Qué querrá decir todo esto? ¿Por qué y para qué habrá venido a nuestra casa? No acabo de explicarme cómo ha podido enterarse de dónde vivimos. Me pierdo en conjeturas. Dice Fiodora que Axinia, su cuñada, que nos visita

de cuando en cuando, es muy amiga de Nastasia, la lavandera, la cual tiene un primo colocado en la misma oficina en que lo está uno de los más íntimos amigos del sobrino de Anna Fiodórovna. ¿No habrán llegado hasta él por ese conducto los chismorreos? Nosotras no sabemos a qué carta quedarnos.

¿Volverá a poner los pies en nuestra casa? ¡El solo pensamiento me subleva! Al contarme ayer Fiodora lo ocurrido me entró tal susto, que casi me desmayé... de angustia. ¿Qué querrá de mí ese hombre? ¡Yo, que no quiero saber nada de toda esa gente! ¿Qué les importo yo a ellos? ¡Ay, si usted supiera con qué temores vivo! A cada instante me parece que Bukov va a presentarse ante mi vista. ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué es lo que me aguarda?

¡Por el amor de Dios, venga usted en seguida, Makar Aleksiéyevich! ¡Se lo suplico; venga usted!

18 de septiembre.

Mi querida Varvara Aleksiéyevna:

Hoy ha ocurrido en nuestra casa algo infinitamente triste, inexplicable y de todo punto inesperado. Pero yo voy a contárselo a usted todo por su orden:

Lo primero fue que a nuestro pobre Gorschkov le declararon inocente en el proceso. Hace ya tiempo que se había fallado aquél; pero hasta hoy no ha sido firme la sentencia. El asunto concluyó, por tanto, de un modo muy favorable para él. Todas aquellas cosas de que lo acusaban...: descuido, negligencia, etcétera, han resultado sin fundamento. El Tribunal reconoció su honorabilidad absoluta y condenó al comerciante a pagarle a Gorschkov aquella importante cantidad que le dije, de suerte que de un golpe mejoró su situación extrema, ya que el dinero se lo sacarán, seguramente, por la vía judicial, al comerciante. Pero lo más importante, naturalmente, es que el pobre se veía ya libre de aquella mancha en su honra que la denuncia le había echado. En una palabra: que se le habían logrado todos sus deseos.

A eso de las tres de la tarde vino a casa. Trabajo costaba conocerlo. Venía con la cara blanca como la pared. Le temblaban los labios y, al mismo tiempo, se sonreía..., y así fue abrazando a su mujer y a los chicos. Nosotros, todos, formando una piña, nos dirigimos a él para felicitarle. Creo que nuestra actitud le conmovió mucho, pues se deshacía dándonos las

gracias y nos estrechó la mano a cada uno varias veces. Sí; hasta parecía que había crecido, pues por lo menos se mantenía más estirado que de costumbre, y tampoco le lagrimeaban ya los ojos, sino que materialmente le resplandecían. ¡Qué emocionado estaba el pobre! No se estaba quieto ni dos minutos en el mismo sitio; cogía una cosa para soltarla en seguida, y tan pronto se apoyaba en el respaldo de la silla, sonreía y daba las gracias, como se sentaba y volvía a levantarse y a sentarse de nuevo, y murmuraba no sé qué. Una vez dijo: «Mi honra, sí, mi honra, una

buena reputación... puedo dejarles ya a mis hijos...» ¡Y había que ver cómo lo decía! Tenía los ojos llenos de lágrimas, y también a nosotros nos faltaba poco para llorar. Ratasayev quiso disimular, y por eso fue y dijo:

«-¡Bah, la honra! ¿Qué importa la honra, padrecito, cuando no hay qué comer? ¡Dinero, padrecito, dinero; eso es lo principal! ¡Por el dinero, por eso es por lo que debe usted darle gracias a Dios!»

Y le sacudió una palmadita en el hombro.

A mí me pareció que aquello le había ofendido en cierto modo a Gorschkov. No es que él pusiera semblante de haberse resentido; pero miró de un modo muy particular a Ratasayev y, por toda contestación, apartó de su hombro la mano del literato. Antes no hubiera hecho eso, hijita. Por lo demás, no

todos los caracteres son iguales. Yo, por ejemplo, en medio de mi alegría, no me la había dado de orgulloso. A veces, cariñito mío, a veces dice uno cosas de todo punto innecesarias, y las dice sin motivo alguno, simplemente por un exceso de ternura o en una efusión de cordialidad... Pero esto no se refiere a mí...

«-Sí -dijo Gorschkov después de una pausa-; también el dinero está bien...

¡Gracias a Dios!... ¡Gracias a Dios! ...»

Y repitió varias veces para su capote: «¡Gracias a Dios!...

¡Gracias a Dios!

...» Su mujer le sirvió una comida algo más abundante y mejor que de costumbre. Nuestra patrona misma la había aderezado. Hay que reconocer que, en el fondo, nuestra patrona es buena. Hasta la hora de comer no pudo Gorschkov estarse sentado un momento. Daba vueltas por la habitación de acá para allá, acercándose a todos nosotros como si lo hubiéramos llamado. Se acercaba sencillamente, sonriendo a su manera; se sentaba en una silla, decía cualquier cosa, o no decía nada..., y luego se iba. En la habitación de nuestro marino, donde estaban jugando a la sazón, tomó los naipes en la mano, y los otros lo admitieron al juego. Y allí se estuvo, juega que te juega, pero de un modo que a todos los demás los trastornaba: gracias que a las tres o cuatro rondas volvió a dejar los naipes.

«-No, yo sólo tengo esto -dicen que dijo-; yo sólo tengo esto.» Y se salió del cuarto.

Yo me encontré con él en el pasillo. Me cogió las dos manos y me miró largo rato a los ojos, pero de un modo muy especial. Luego me apretó las manos y se fue, sin dejar de sonreír, con aquella sonrisita tan extraña, tan impasible y deprimente como la sonrisa de un loco. Su mujer lloraba de alegría. El día de hoy ha sido para ellos una verdadera fiesta. No tardó en terminarse la comida. Y entonces, después de comer, díjole de pronto a su esposa:

«-Ahora quisiera descansar un poco...» Y fue y se acostó en el lecho.

Al poco rato llamó a su hijita, púsole las manos en la frente y empezó a acariciarla. Luego volvióse de nuevo a su mujer:

«-¿Dónde está Pétinka? ¿Nuestro Pétinka? -preguntó-. Nuestro Pétinka...» La mujer se santiguó y díjole que Pétinka se había muerto.

«-Sí, es verdad; ya lo sé. ¡Pétinka está en el cielo!»

La mujer notaba que no era el mismo de antes; que los acontecimientos de aquel día habían hecho en él honda impresión, y por esto aconsejóle que hiciera por dormirse y descansar.

«-Sí..., sí... Voy a ver si duermo... sólo un poquito...»

Y al decir esto echóse de costado, estuvo así un ratito e hizo ademán de querer decir algo. La mujer le preguntó;

«-¿Qué es ello, hombre?»

Pero él ya no le contestó. «Se habrá dormido», pensó la mujer, y se salió del cuarto para decir algo a la patrona. Al cabo de una hora volvió a la habitación... Su marido no se había despertado todavía, seguía durmiendo a pierna suelta, sin moverse. Ella se dijo: «Bueno; que duerma bien para que cobre bríos para el trabajo.»

Dice que estuvo sentada a su cabecera más de media hora, pero que no puede precisar en qué pensaba, aunque estaba sumida en reflexiones; pero que sí puede decir que se había olvidado por completo del marido. Pero de pronto volvió en sí, despabilada de su ensimismamiento por cierta intranquilidad, y que entonces sorprendióla el silencio sepulcral que había en la habitación.

Miró a la cama, y vio que su marido seguía acostado como hacía hora y media. Entonces acercóse a él y lo tocó... Pero lo encontró ya frío, porque estaba muerto, hijita; se había muerto Gorschkov de repente, como herido del rayo ¡Sólo Dios sabe cuál habrá sido la causa de su muerte!

Este acontecimiento me ha hecho tanta impresión, Várinka, que aún no me he dado cuenta cabal de él. No puedo creer que un hombre pueda morir así...

¡tan sencillamente! ¡Pobre desdichado Gorschkov! ¿Por qué había de morir hoy, que precisamente era para él un día de alborozo? ¡Sí; el sino, el sino! Su mujer está casi deshecha en

llanto, toda trastornada todavía por efecto de la espantosa impresión. Pero la nena se ha acurrucado en un rincón, asustada. En su habitación hay ahora un ir y venir constante. Hay que practicar ahora una inspección facultativa... No sé si se llama así... ¡Qué pena, hijita, qué pena! Es muy triste pensar que de un momento al otro... ¡se muere uno sin más ni más,

y se acabó!...

Suyo,

19 de septiembre.

Makar Dievuschkin.

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: Me apresuro a comunicarle, hija mía, que Ratasayev me ha proporcionado trabajo, trabajo

de un escritor... Hoy vino uno a verle y le trajo un manuscrito enorme... Gracias a Dios, mucho trabajo. Sólo que están las cuartillas escritas de un modo tan ilegible, que no sé cómo voy a descifrar la letra, y, además, quiere el trabajo en seguida. Por si fuera poco, se trata de cosas difíciles, tanto, que cuesta mucho entenderlas. Cuanto al precio, nos hemos puesto de acuerdo ya: cuarenta copeicas por pliego. Le escribo a usted todo esto, hija mía, para hacerle saber más pronto que ahora ya cuento con un extraordinario sobre mi sueldo. Y ahora quede con Dios, angelito mío. Voy a poner en seguida manos a la obra.

Su fiel,

23 de septiembre.

Makar Dievuschkin.

Mi fiel amigo Makar Aleksiéyevich: Llevo tres días sin escribirle, amigo mío, y, sin embargo, no me han faltado preocupaciones e inquietudes en este tiempo.

Hace tres días estuvo aquí Bukov. Me encontraba sola, pues Fiodora había salido.

Le abrí la puerta, y me asusté al verle, de tal modo, que no podía moverme del sitio. Me sentía palidecer. Él entró en casa, riendo, según costumbre; cogió, sin más cumplimientos, una silla y se sentó, yo tardé un rato en recobrar la serenidad. Por último, volví a sentarme junto a la ventana a trabajar. Cuanto a él, dejó bien pronto de reírse. Por lo visto hubo de sorprenderle mi aspecto. Me he desmejorado mucho en los últimos tiempos: tengo hundidos los ojos y las mejillas, y estaba, además, pálida como una muerta... Sí; debe de darles mucha pena verme a los que me vieron hace un año...

Él me estuvo observando largo rato con mucha atención, y, por último, se le alegró el semblante. Hizo no sé qué observación..., a lo que yo ni siquiera recuerdo lo que contesté... Y volvió a sus risas. Una hora entera se estuvo ahí sentado junto a mí, mareándome a preguntas y charlando con toda desenvoltura. Finalmente, antes de irse, me cogió la mano y me dijo

(reproduciré textualmente sus palabras):

«-Varvara Aleksiéyevna, voy a decirle en confianza una cosa: Anna Fiodórovna, su parienta de usted y mi antigua amiga, es una mujer sumamente vulgar. (La calificó, además, con una palabra indecentísima.) Ahora ha apartado a su prima del camino recto, y también a usted quiso conducirla a la perdición. Sí; pero yo también me porté en esta ocasión como un infame; pero, en fin, no perdamos el tiempo en hablar de cosas inútiles, que ése es el pan nuestro de cada día, cosas que la vida trae consigo...»

Y volvió a reír alto. Luego hizo observar que no tenía nada de orador brillante; que lo único que tenía que decir era lo que su decoro le impedía sencillamente callar, y eso ya lo había dicho, y que, por tanto, se limitaría a explicar el resto en dos palabras. Y así lo hizo: explicóme que seguía solicitando mi mano, que consideraba deber suyo devolverme mi honra, que es rico, y, después de la boda, me llevaría consigo a sus posesiones de la región esteparia. Allí pensaba él cazar liebres; pero tenía propósito de no volver nunca a Petersburgo, pues le repugnaba la vida en las grandes capitales. Además, que tiene aquí un sobrino, un holgazán que nada bueno promete, según él dice, y se ha jurado a sí mismo dar al traste con sus esperanzas de heredarlo. Por todo lo cual ha resuelto contraer matrimonio, es decir, que quiere dejar herederos directos. Luego extendióse en consideraciones sobre nuestro cuarto; dijo que no tenía nada de particular que yo estuviera enferma viviendo en tal tugurio, y me profetizó una muerte próxima si seguía viviendo aquí. «En

Petersburgo todas las viviendas son malas», dijo, y luego preguntóme si no sentía yo ningún deseo de alguna cosa.

Yo estaba tan sobrecogida por su proposición, que, de pronto..., sin yo misma saber por qué..., rompí a llorar. Él atribuyó aquellas lágrimas a mi agradecimiento, y salió diciendo que hacía tiempo estaba convencido de que yo era una buena chica, sensitiva e ilustrada; pero que no se había decidido hasta entonces a hacerme aquella proposición, pues había querido antes informarse al pormenor de mí y de mi género de vida. Añadió que usted era un hombre de bien y que él no quería quedarle debiendo nada... ¿Se contentaría usted con quinientos rublos por todo cuanto por mí ha hecho? Al contestarle yo que usted había hecho por mí cosas que no se pagan con dinero, díjome que eso era absurdo; que esas cosas están bien en las novelas; que yo soy joven todavía y miro la vida al través de los libros; pero que las novelas sólo sirven para inculcarles a las muchachas ideas extravagantes, y, en general, según él, los libros sólo conducían a corromper las costumbres, por lo que él no podía sufrirlos. Me aconsejó aguardarse a tener sus años para poder juzgar a los hombres: «Sólo entonces -dijo- podrá usted decir que los conoce.»

Luego invitóme a meditar sobre su proposición y pesar maduramente todas las razones, pues no le parecía bien que yo diese, sin reflexionarlo bien, paso

tan importante, y añadió todavía que el aturdimiento y las resoluciones precipitadas suelen ocasionar la pérdida de las jóvenes inexpertas; y que, a pesar de todo, era su mayor deseo obtener de mí una respuesta afirmativa, ya que en otro caso se vería en la precisión de casarse con la hija de cierto comerciante de Moscú, porque, como ya dijo, había hecho juramento formal de no dejarle sus bienes a aquel sobrino tan inútil. Después de todo esto, se levantó y puso quinientos rublos en mi bastidor para alfileres, según dijo, y, casi valiéndose de la fuerza, me obligó a no levantarme del asiento. Para terminar, díjome todavía que allá en sus posesiones del campo habría de ponerme como una torta de gorda y sanota, y que allí podría dormir cuanto quisiese. Según parece, tiene aquí muchísimo que hacer; los negocios le llevan casi el día entero, por lo que sólo había venido a verme unos minutos... Y diciendo esto, se fue...

Yo he reflexionado mucho ya sobre todo esto, y le he dado vueltas en todos sentidos, y, por último, amigo mío, he tomado mi resolución: sí, me casare con él; debo aceptar su proposición. Si alguien puede salvarme de mi vergüenza, devolverme mi honra y tenerme en lo por venir a cubierto de la pobreza y los apuros y la desdicha, es él únicamente. ¿Qué otra cosa puedo esperar del porvenir ni pedirle al Destino? Dice Fiodora que no hay que gastar bromas con la suerte; sólo que se pregunta, sollozando, si a esto puede llamarse suerte. Yo tampoco encuentro otra solución para mí, amigo mío. ¿Qué debo hacer?

Con la labor he perdido ya la salud. Trabajar sin interrupción... es cosa superior a mis fuerzas. ¿Servir a extraños? Me moriría de pena, y tampoco satisfaría a ningún amo. Soy enfermiza por naturaleza, y por eso sólo sería una carga para los extraños. Claro que no es ningún paraíso a donde voy a ir ahora; pero ¿qué debo hacer, amigo mío, qué debo hacer? ¿Por qué decidirme?

No le he pedido a usted consejo, porque quería meditarlo bien todo yo sola. Mi resolución, que ya le he comunicado, se mantiene firme, y voy en seguida a escribirle a Bukov, que estará impaciente aguardando mi respuesta, participándole que acepto. Él me dijo que sus negocios apenas le dejaban tiempo libre, que tenía que partir, y por estas minucias no podía diferir su marcha. Sólo Dios, en su sagrado e inescrutable Poder sobre mi destino, sabe si voy a ser feliz; pero mi resolución está ya tomada. Dicen que Bukov es buena persona; si es así, me cobrará afecto, y puede que yo también se lo tome a él. Y ¿qué más se puede esperar de nuestra boda?

Se lo comunico a usted todo, Makar Aleksiéyevich, porque sé que podrá comprender mi dolor. No intente usted disuadirme de mi propósito. Sus esfuerzos serían infructuosos. Pese usted más bien en su corazón todas las razones que me han conducido a dar este paso. A lo primero pasé yo gran agitación; pero ya estoy más tranquila. Lo que me aguarde... lo ignoro. Lo que haya de ser, será, según Dios disponga...

En este momento llega Bukov, y no puedo terminar esta carta. Tenía aún muchas cosas que decirle. Ya está aquí Bukov.

23 de septiembre.

Mi muy estimado Makar Aleksiéyevich:

Hija mía Varvara Aleksiéyevna: Me apresuro a contestarle. Sí, hijita, me apresuro a explicarle que..., que no salgo de mi asombro. Todo esto, supongo, será seguramente algo distinto... Ayer dimos sepultura a Gorschkov. Sí; ésta es la verdad, Várinka, la pura verdad; Bukov se ha portado muy honradamente; pero dígame sólo una cosa, hijita: ¿Le dio usted ya el sí? Naturalmente que en todo esto se manifiesta la voluntad de Dios. Es así, y así tiene que ser sin remisión, es decir, aquí..., también aquí tiene que cumplirse irremisiblemente la voluntad de Dios. La providencia del Divino Hacedor, aunque inescrutable, no tiene nunca más objeto que la felicidad de los mortales, y la suerte procede exactamente, exactamente igual que Dios.

Fiodora toma también parte en sus sentimientos. Claro; como que ahora va usted a ser feliz, hijita; a vivir en la riqueza y la abundancia, palomita mía, lucerito mío; no me harto de nombrarla, angelín mío... Pero dígame una cosa, sólo una, Várinka: ¿Por qué tan pronto?... ¡Ah, sí, los negocios!... El señor Bukov tiene negocios... Naturalmente... ¿Quién no tiene negocios? También él puede tenerlos, Yo tuve ocasión de verlo

al salir de su casa de usted. Es un hombre imponente, incluso excesivamente imponente, es decir, que impone con su presencia, que tiene un aspecto la mar de imponente. Sólo que todo eso..., no, no es de lo que se trata. Yo, mire usted, yo no soy ya el mismo.

¿Cómo vamos a poder escribirnos en el futuro? Y yo..., sí, yo..., ¿cómo voy a poder seguir aquí tan solo? Yo, mire usted, angelín mío, yo lo peso todo, como usted me decía, en mi corazón; es decir, peso las razones, etcétera. Llevo ya copiados cerca de veinte pliegos, cuando surge de pronto ese acontecimiento.

¡Hijita, hijita! Si usted se va a de aquí, tendrá que comprarse antes una porción de cosas; varios pares de zapatos y varios trajes, ¿no es verdad? Bueno; pues yo me he acordado de que conozco un buen almacén en la Gorojovaya...

¿Recuerda usted la descripción que le hice de esa calle?... Pero, no. ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué se le ocurrirá a usted, qué pensará usted, hija mía? No; usted no debe, es completamente imposible; usted no puede ponerse en camino sin más ni más. Usted tiene que hacer compras importantes; tiene usted que alquilar un coche. Además, ¡hace ahora tan mal tiempo! Ya lo ve usted: no hace más que llover a cántaros, sin parar un momento, y, además..., que va a hacer frío, angelín de mi alma, y va a enfriársele el corazoncito, se le va a helar a usted. ¡Y dice usted que le teme a la gente extraña y quiere usted viajar ahora con ese señor desconocido! ¡Cómo es posible que me deje aquí solo a

mí! ¡Sí! Dice la Fiodora que la aguarda a usted una gran suerte... Pero esa Fiodora es una desalmada y quiere arrebatarme lo último que me queda. ¿Irá usted hoy al templo, a la misa de la tarde? Yo también iré allá, hijita, con tal de verla un poquito.

Es verdad, es verdad, hija mía, que es usted una joven buena, culta, sensitiva, sólo que, mire usted..., mejor sería que ese tío se casara con la hija del comerciante. ¿Qué le parece, hijita? ¡Que se case con esa señorita de Moscú!... Yo iré a verla a usted, Várinka, en cuanto oscurezca; de aquí a una hora me tienen ahí... Ahora ya oscurece muy pronto, y en seguidita voy.

¡Dentro de una hora sin falta! Ahora está Bukov ahí, ya lo sé; pero en cuanto se vaya... Así que usted espéreme, nena, que sin falta voy...

Makar Dievuschkin.

27 de septiembre.

Mi muy estimado Makar Aleksiéyevich:

Querido Makar Aleksiéyevich: Dice el señor Bukov que debo llevar allá, por lo menos, tres docenas de camisas de Holanda. Así que necesito buscar a toda prisa costureras de blanco que me hagan dos docenas, pues tenemos el tiempo tasado. El señor Bukov se lamenta de no haber tenido presente las molestias que los dichosos trapos ocasionan.

Nuestra boda se celebrará de aquí a cinco días, y al otro partimos. El señor Bukov tiene mucha prisa y dice que no se debe perder tanto tiempo en estas fruslerías. Yo estoy tan cansada de todo este trajín, que apenas me puedo tener en pie. Tengo todavía que despachar una montaña de trabajo y, sin embargo, sabe Dios si sería preferible que no hiciesen falta tantas cosas. Y no es eso todo: no tenemos encajes bastantes y hemos de comprar algunos más, pues dice el señor Bukov que no quiere que su mujer vaya vestida como una cocinera y que es menester que deje en pañales a todas las señoras de los propietarios vecinos; éstas son sus palabras.

De suerte que, querido Makar Aleksiéyevich, es preciso que vaya usted a casa de madame Chiffon (ya sabe usted, en la Gorojovaya) y le diga que me envíe lo antes posible algunas costureras, esto lo primero; y, en segundo lugar, que también usted despache a toda prisa mi encargo, para lo cual tomará usted un coche. Yo estoy malucha. En este nuestro piso hace tanto frío y está todo en un desorden que mete miedo. La tía del señor Bukov apenas si puede respirar de puro vieja y achacosa. Mucho me temo que exhale el último suspiro antes de emprender nosotros el viaje de bodas. Pero el señor Bukov dice que no es de temer tal cosa, que ya se repondrá.

En casa anda todo, lo que se dice, manga por hombro. Como el señor Bukov no vive aquí, las criadas van de un lado para otro y hacen lo que se les antoja. A veces sólo contamos con Fiodora

para nuestro servicio. El ayuda de cámara del señor Bukov, que es quien debe meter aquí en cintura a la servidumbre, lleva tres días sin aparecer. El señor Bukov viene en coche todas las mañanas y se indigna, y ayer le sentó la mano al criado, por lo que ha tenido sus dimes y diretes con la Policía... No tengo de momento aquí a nadie con quien enviarle a usted esta carta. Así que la echo al correo. ¡Ah, como siempre, se me olvidaba lo más importante! Dígale a madame Chiffon que cambie los encajes y busque otros nuevos que le vengan bien a la muestra que elegí ayer y que luego venga a verme para enseñarme los que haya escogido. Y dígale usted también que, con respecto a la guarnición, he mudado de idea: la quiero también bordada. ¡Ah!, y encárguele usted también que las iniciales de los pañuelos las hagan caladas y no sencillas... ¿Comprende? ¡Caladas! ¡No se le olvide a usted: caladas! ¡Ah, y todavía se me olvidaba a mí otra cosa! Dígale usted que las hojitas que lleva la pelerina deben estar muy bien cosidas, los pámpanos en cordoncillo, y que a la gorguera le ha de poner encaje o un falbalá ancho. ¡Que se lo explique usted bien todo, Makar Aleksiéyevich!

Suya,

V. D.

P. S. - Me da vergüenza volverlo a molestar a usted con mis encargos. Anteayer lo tuve a usted corriendo de acá para allá toda la tarde. ¡Pero qué le voy a hacer! En nuestra casa no hay pizca de orden, y a mí me coge enferma.

¡Así que no se enfade usted conmigo, Makar Aleksiéyevich! ¡Si viera qué pena me da! ¿Qué va a ser de mi amigo, de mi bueno y querido amigo Makar Aleksiéyevich? Miedo me da de sólo pensar en el futuro. Me acometen mil presentimientos malos y tengo la cabeza como atontada.

PP. S. - Por Dios, amigo mío, no olvide usted nada de cuanto le encargo diga a madame Chiffon. Temo que todo lo hagan al revés. Así que fijese usted bien: ¡calados y no bordado sencillo!

27 de septiembre.

V. D.

Mi querida Varvara Aleksiéyevna: He cumplido a conciencia sus encargos. Dice madame Chiffon que ya había pensado en hacer las letras caladas; que así es más distinguido o... No sé si fue esto exactamente lo que me dijo, pues no lo entendí bien, pero sí fue algo por el estilo. Bueno; usted me hablaba algo de un falbalá; pues también ella me ha hablado de él. Sólo que, por desgracia, se me ha olvidado ya lo que me dijo de tal falbalá. Sólo recuerdo que me dijo

muchas cosas de él. ¡Qué mujer tan torpe! ¿Qué fue lo que me dijo? Pero, en fin, ya se lo dirá ella misma hoy. Yo estoy, hijita, yo estoy completamente fuera de mí. Esta mañana no he ido a la oficina. No se preocupe usted, hijita; no ha sido por nada grave. Con tal de procurarle a usted paz y sosiego, estoy yo dispuesto a visitar todas las tiendas de Petersburgo. Me escribe usted que le da miedo mirar al porvenir o pensar en él.

Pues hoy, a las siete, ha de salir usted de dudas. Madame Chiffon va a ir a verla a usted personalmente... Así que tenga usted paciencia. Piense que quizá todo acabe en bien. Ese dichoso falbalá es el que no se me quita de la cabeza, y los oídos me zumban... ¡Falbalá, falbalá, falbalá!...

Dentro de un ratito iré a verla, angelín mío; tengo que pasar, sin falta, un ratito a echar con usted un párrafo; ya por dos veces me he aproximado a su puerta; pero Bukov, es decir, el señor Bukov, tiene muy mal genio y no le haría mucha gracia...

¿Verdad? Suyo,

28 de septiembre.

Makar Dievuschkin.

>Mi querido Makar Aleksiéyevich: Por el amor de Dios, dese usted prisa a ir a la joyería. Dígale usted al dueño que no me haga ya los pendientes con perlas y esmeraldas. Dice el señor Bukov que son muy caros y van a abrir brecha en su bolso. Está muy enfadado. Dice que sin eso ya le estoy saliendo por un ojo de la cara y que lo estamos desplumando. Y ayer fue y dijo que si hubiera podido presumir estos gastos no habría precipitado tanto las cosas. Dice que inmediatamente después de la boda tenemos que emprender el viaje, y que no vaya a hacerme ilusiones: que a la boda no ha de haber invitados ni se ha de bailar en ella, que las fiestas se han de celebrar allá en el campo, pero que no imagine que vaya poder bailar en seguida. ¡Así mismo me lo soltó! Y Dios sabe hasta qué punto pienso yo en esas cosas. El señor Bukov es quien todo lo ha dispuesto. Yo no me atrevo a contradecirle en nada: ¡es tan vivo de genio! ¿Qué va a ser de mí, Dios mío?

28 de septiembre.

V. D.

Palomita mía, mi querida Varvara Aleksiéyevna: Yo, es decir, el joyero, dice que... está bien. Yo, por mi parte, sólo quería decirle que estoy malo y que no puedo tenerme en pie. Precisamente ahora que hay que hacer tantas cosas y tanto necesita usted de mi ayuda, tenía yo que coger este enfriamiento. ¿No es esto un absurdo? Tengo también que participarle que, para colmo de desdicha,

a Su Excelencia le ha dado el naipe por estar hoy de muy mal humor; se enfadó con Yemelia Ivánovich y le regañó mucho, tanto, que a lo último parecía rendido, de forma que a mí me inspiraba la mar de compasión. Ya ve usted cómo se lo cuento todo.

Quería escribirle más; pero temo quitarle a usted tiempo, que puede dedicar a otras cosas. Yo, hijita, soy un hombre lerdo, sin instrucción, un ignorante que escribe a la pata la llana, según se le ocurre, de suerte que usted a veces notará algo... No sé qué quiero decir... ¡Ah sí; con tanto como ahora tenemos que hablar!

Suyo,

28 de septiembre.

Makar Aleksiéyevich.

Varvara Aleksiéyevna, corazoncito mío; hoy he visto a Fiodora y he estado hablando con ella, palomita mía. Me ha dicho que mañana es su boda de usted y que pasado mañana se marcha. El señor Bukov ha encargado ya los caballos.

Le hablaba a usted ayer de Su Excelencia, hijita. Bueno; he repasado las cuentas de madame Chiffon y están bien, sólo que resulta todo muy caro. Pero

¿por qué se enfada el señor Bukov con usted? Bueno; que sea usted muy feliz, hija mía. Yo me alegro mucho de su suerte. Sí; me alegraré siempre de su felicidad, hija mía. Yo iría mañana a la iglesia; pero no puedo, hija mía; me pesa mucho mi cruz.

Pero ¿qué vamos a hacer de nuestras cartas?... Insisto otra vez en ello...

¿Cómo vamos a seguir escribiéndonos, quién se va a encargar de entregárnoslas, vida?

Sí; eso era lo que yo quería decir; ¡se ha portado usted muy espléndidamente con Fiodora! Ha hecho usted así una buena

obra, digna de usted. El Señor nos bendice por cada buena acción que realizamos. Nada queda sin recompensa, y la virtud está siempre segura de recibir el galardón divino.

¡Hija, hija mía! Le escribiría a usted todavía muchas cosas; pero temo me pasaría los minutos, las horas todas, escribiéndole; por mi gusto, le estaría escribiendo siempre. Tengo aquí todavía un librito de su propiedad: los Cuentos de Bielkin, que olvidé devolverle. Pero mire usted, hijita: déjemelo usted, no me lo quite usted, regálemelo, ¡palomita mía! No es que yo vaya a tener gusto en leer otra vez esas historias, sino que, ya sabe usted, hijita, se echa encima el invierno; las tardes serán largas; se pondrá uno triste..., y entonces me hará mucho bien tener un libro que leer... Yo, hija mía, voy a

mudarme de este cuarto al de ustedes, donde Fiodora me alquilará una habitación. De esta honrada viejecita no habrá en adelante quien me pueda separar. Además, ¡es tan trabajadora!... Ayer estuve yo revistando la habitación que usted deja. Allí estaba todavía su bastidorcito con la labor empezada; todo lo hemos dejado intacto, según estaba. También estuve viendo sus bordados. Han quedado allí algunos zurcidillos. En un trocito de una de mis cartas había usted empezado a liar hilo. En su mesita encontré aún un pliego de papel de cartas en el que usted había escrito: «Mi querido Makar Aleksiéyevich: Me apresuro...» Y nada más. Por lo visto, no había hecho usted más que empezar la carta cuando alguien

vino a interrumpirla. En el rincón, detrás del biombo, está su camita... ¡Angelín mío!

Bueno, hijita; que lo pase usted bien, muy bien. Por lo que más quiera, escíbame algo como respuesta a mi carta, ¡y pronto!

30 de septiembre.

Makar Aleksiéyevich.

Amigo, querido amigo Makar Aleksiéyevich: ¡Ya está todo! ¡Se decidió mi suerte! No sé lo que me reservará el porvenir; pero desde ahora me remito a la voluntad de Dios. Mañana partimos.

Por última vez me despido de usted, mi único, mi fiel, querido y buen amigo. ¡Usted es mi único pariente, el único que me ha ayudado en mis apuros!

¡No se inquiete por mí, viva dichoso, recuérdeme alguna vez y que Dios lo bendiga! Yo pensaré mucho en usted y no lo olvidaré en mis oraciones. ¡Ya pasaron aquellos tiempos! Pocos

son los recuerdos gratos que del pasado llevo a mi vida futura; pero, por eso mismo, me es más y máspreciado el recuerdo de usted y más estimable todavía usted mismo para mi corazón. Usted es mi único amigo, usted quien únicamente me ha tenido aquí afecto. Yo no soy ninguna ciega, he podido ver cuánto me quería usted. Mi sonrisa bastaba para hacerlo a usted feliz, y una línea mía lo reconciliaba a usted con todo. Ahora va a tener usted que acostumbrarse a pasarse sin mí. ¿Cómo va usted a poder vivir ahí tan solo? ¿Quién estará a su lado, mi bueno, inestimable y único amigo?

Le regalo a usted el libro, el bastidor y la carta iniciada. Al leer esos renglones empezados, siga usted leyendo, hágase cuenta que lee en mi pensamiento, que lee todo aquello que hubiera leído o escuchado de mí con gusto, todo lo que yo hubiera podido..., ¡y ahora ya no podré escribirle! No olvide usted a su pobre Várinka, que sincera y cordialmente le ha querido. Sus cartas las tiene todas Fiodora en la cómoda, en el gavetín.

Me escribe usted que está malo. De buena gana iría a verlo; pero el señor Bukov no me deja salir hoy. Le escribiré a usted, amigo mío; se lo prometo; pero sólo Dios sabe lo que puede ocurrir. Así que despedámonos para siempre, amiguito mío, palomito mío, como usted me llama a mí, rico mío. ¡Para siempre!... ¡Ay, qué abrazo le daría yo ahora! Siga usted bien, amigo mío; que sea muy feliz; mucho, mucho, ¡mucho! Que se conserve con salud. No olvidaré nunca rezar por usted. ¡Oh, si

usted supiera qué pena tengo, qué doloridamente agobiada tengo el alma!

El señor Bukov me está llamando. La que siempre lo querrá.

V.

P. S. - Tengo el alma tan llena, tan llena, tan llena de lágrimas...

¡Amenazan con ahogarme, con destrozarme! ¡Siga usted bien, Makar Aleksiéyevich! ¡Adiós! ¡Qué tristeza!

No me olvide, no olvide nunca a su pobre Várinka.

V.

Hija mía, Várinka; palomita mía, corazoncito mío: Se la llevan a usted, se va. Sí, sería preferible que me arrancasen a mí el corazón del pecho antes que quitármela a usted. ¿Cómo es posible que esto sea? ¿Cómo puede usted consentirlo? Acabo de recibir ahora mismo su carta, que en muchos sitios está salpicada de lágrimas. ¿Es que por su gusto no viajaría usted? ¿Acaso se la llevan a usted por la fuerza? ¿Es que siente compasión de mí? Sí, pero...

¡entonces es que me tiene cariño! ¡Cómo puede ser! ¡Entonces...! ¿Qué va a suceder hora? Su corazoncito no va a poder resistir aquello; allí todo es feo, horrible, frío. La nostalgia la va a enferma la pena va a acabarla. Allí se morirá usted, la enterrarán en la tierra húmeda y no habrá nadie que la llore. El señor Bukov estará siempre cazando liebres... ¡Ah hija mía! ¿Qué

resolución tomó usted? ¿Cómo pudo usted avenirse a nada semejante? ¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho usted contra sí misma? La llevarán a usted al sepulcro, hija mía; sencillamente, darán cuenta de usted, ¡angelín mío! ¡Usted es una niña, tierna y débil como una pluma! Pero ¿dónde estaba yo, hombre? ¡Yo, torpe de mí, dormía con los ojos abiertos! ¡No veía yo que una cabecita de niña se había propuesto algo imposible, no sabía yo que a la niña solamente le faltaba juicio! Yo habría debido, sencillamente... ¡Pero no! Yo me he portado como un verdadero idiota; no pensaba ni veía nada, como si eso fuera lo justo, como si a mí no me interesase el asunto, y hasta me bebía los vientos en busca de falbalás... No, Várinka; yo despertaré; hasta mañana puede que continúe dormido; pero luego me despertaré sencillamente. ¡Y entonces iré, sin más ni

más, a arrojarme bajo las ruedas de su coche! ¡No la dejaré a usted partir!

¿Cómo, qué es eso, adónde conduce? ¿Con qué derecho ocurre todo esto? ¡Yo partiré con usted! ¡Correré a la zaga de su coche, si no quiere usted admitirme en su interior, y correré, correré hasta que no pueda más, hasta que me falte el aliento y exhale el último suspiro!

Pero ¿sabe usted bien, hija mía, lo que le aguarda allí a donde la llevan?

¡Pues si no lo sabe, pregúntemelo a mí, que sí lo sé! Allí sólo la aguarda la estepa, angelín mío, la estepa llana, pelada e infinita, ¡tan desnuda como mi mano! Allí sólo verá usted campesinos brutales, sin sentimiento, y rústicos, zafios y borrachines. Ahora, ya por este tiempo, no encontrará allí árbol con hoja, estará lloviendo y hará frío... hará frío... ¡Ahí tiene adónde la llevan!

Desde luego, el señor Bukov tendrá en qué entretenerse: va a cazar liebres. Pero ¿y usted? ¿Qué va usted a hacer allí? ¿Es que le gusta eso de ser propietaria rural? Pero ¡hija mía! Pero ¿es que eso la atrae, que está lampando por serlo?

¿Cómo es posible, Várinka? ¿A quién voy a escribirle en lo sucesivo? ¡Eso es! Reflexione y pregúntese a sí misma solamente una cosa: ¿a quién va ahora el pobre a escribirle cartas? ¿Y a quién voy a poder llamar desde ahora hija mía; a quién podré, en adelante, darle este tierno nombre; a quién podré dirigirle esa dulce invocación? ¿Dónde volveré a encontrarla a usted, angelín mío? ¡Me moriré, Várinka; de fijo que me moriré! ¡No; mi corazón no podrá sufrir tal desdicha!

Yo la he querido a usted como a la luz del sol, como a una verdadera hija mía la he querido, y he querido todo lo suyo, ¡palomita mía! Sólo por usted vivía yo. He trabajado y escrito, he pasado y reflejado después mis impresiones en mis cartas, sólo porque usted, nena, era mi vecina. ¡Usted, quizá no lo comprendiera; pero era así, era realmente como se lo digo!

Pero hágame caso, hija mía; reflexione usted y considere, palomita mía, si está bien que ahora me abandone... ¡No, hija mía; esto no es posible y no lo será! ¡Eso no hay ni que pensarlo! Está lloviendo y usted está tan delicada...

¡No tendrá más remedio que coger un enfriamiento! ¡Se mojará el coche en que viaje, que un coche no es una casa..., y usted también se calará, y apenas haya salido de la población se le romperá al coche una rueda, o se hará trizas todo él! ¡Aquí, en Petersburgo, hacen unos coches muy malos! Yo conozco a todos los constructores de coches; los hacen de relumbrón, muy bonitos, sí, pero de solidez no hablemos. Créame usted, se lo juro: esos cochecitos no valen absolutamente nada.

Yo me echaré, hija mía, a los pies del señor Bukov y se lo diré lodo, todo.

¡Y también usted, hijita, tratará de convencerlo! Se lo contará usted todo, discretamente, y lo convencerá. Dígale, sencillamente, que usted se queda

aquí, que no puede acompañarle en su viaje... ¡Ah! ¿Por qué no se habrá casado con la hija de aquel comerciante de Moscú? ¿Por qué no habrá optado por eso? Habría sido mejor para todos, y más propio para él, ¡me consta! Entonces usted habría continuado aquí, a mi lado. Pero ¿qué relación tiene con usted ese señor Bukov? ¿Cómo es que tan de repente se enamoró de usted y le tomó tanto cariño? ¿Quizá la trastornó a usted con

esos falbalás que le regaló..., o por qué, en suma? Pero ¿para qué sirven, después de todo, esos falbalás? Un falbalá, al fin y al cabo, hija mía, no es más que un pedazo de tela. Lo que aquí se ventila es la vida de un hombre, hija mía, y esos falbalás son sencillamente trapos..., trapos sin importancia alguna, y nada más. Aunque yo también puedo regalarle a usted falbalás de éstos; sólo necesito esperar a la próxima paga y entonces ya verá hijita, cómo se los compro, que ya sé dónde los venden y conozco la tienda: ¡sólo que ha de tener usted paciencia hasta que cobre mi sueldo, angelín mío, Várinka!

¡Dios mío, Dios mío! ¿De modo que se va usted de veras con el señor Bukov, a la estepa, para siempre? ¡Ay hija mía!... ¡No, usted tiene que volver a escribirme, aunque sólo sea por una vez, contándomelo todo, y si es que ya emprendió la marcha, entonces me escribe desde allí! ¡De otra suerte, hija mía, ésta sería la última carta, y eso no es posible, no puede ser que ésta sea la última carta! ¿Cómo, cómo podría ser eso, tan de pronto?... ¡La última, verdaderamente la última! Pero no; yo he de escribirle a usted muchas cartas todavía, y usted a mí también... ¡Si ahora es cuando empiezo a tener estilo!...

¡Ah hija mía!, pero ¿qué hablo de estilo? Yo le escribo a usted al tuntún, sin saber lo que escribo porque no lo sé, no, señor, y no repaso lo que escribo, ni lo enmiendo, ni nada. ¡Yo escribo únicamente por escribir, por escribir cada vez más!... ¡Oh palomita, mi nena, mi hijita, mi Várinka!...

InfoLibros.org

